

N.º 670

GUEVAS y RICO
la as y piosos
* Paseo Tios. - 32 *

75

MALAGA

GUEVAS y RICO
la as y piosos
* Paseo Tios. - 32 *



BIBLIOTECA GENERAL

OBRA DONADA POR:

J. L. ESTRADA

I/6566

D/1603



CUEVAS Y RICO
Pasas y Pimientos
Paseo de las...

a investigacion de lo absoluto.

LUIS CUEVAS LECIAGA
MALAGA

La casa de Claes.

E670

CUEVAS Y RICO
Pasas y Pimientos
75

Existe en Douai, en la calle de Paris, una casa cuyo aspecto, distribución interior, y demas particularidades han conservado, mucho mas que las de los otros edificios, todo el carácter de las antiguas construcciones flamencas, apropiadas siempre con la mayor sencillez á las costumbres patriarcales de aquel buen pais. Pero antes de describirla, conviene tal vez explicar, en interés de los escritores, la necesidad de estas preparaciones didacticas contra las cuales pro-

X-61-133481-5

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



610441589X

testan ciertas personas ignorantes y ansiosas que quisieran sentir emociones sin tener que pasar por los principios generadores, la flor sin la semilla, el niño sin la gestacion. ¿Está acaso obligado el arte literario á ser mas fuerte que la naturaleza misma?

Los acontecimientos de la vida humana, pública ó privada, se hallan tan íntimamente ligados á la arquitectura, que la mayor parte de los observadores pueden reconstruir las naciones ó los individuos en toda la verdad de sus costumbres, segun los restos de sus monumentos públicos, ó examinando sus reliquias domésticas. La arqueología es á la naturaleza social, lo que la anatomía comparada es á la naturaleza organizada; un mosaico revela toda una sociedad, como un esqueleto de ichthyosauro deja adivinar toda una creacion; de una y otra manera, todo se deduce, se encadena todo; la causa hace adivinar un efecto; cada efecto permite llegar á una causa, y el sabio resucita de este modo los mas impenetrables misterios de las antiguas edades. De esto proviene, sin duda, el gran interés que inspira toda descripcion arquitectónica cuando la fantasía del escritor no viene á desnaturalizar de un

modo sensible los verdaderos elementos. Cualquiera puede relacionarla con el pasado, sirviéndose de severas deducciones; y para el hombre, el pasado tiene una extraordinaria semejanza con el porvenir; referirle lo que fué, ¿no es casi siempre decirle lo que será? Difícil es que la descripción de los sitios en que la vida se desarrolla, deje de recordar à cada uno sus ilusiones perdidas ó sus esperanzas en flor. De modo que la comparación entre un presente que defrauda nuestros íntimos deseos y el porvenir que puede realizarlos, es un manantial inagotable de melancolía ó de dulces satisfacciones.

Es casi imposible no dejarse llevar de una especie de enternecimiento ante la descripción de la vida flamenca, cuando esta descripción se hace exacta y concienzudamente. ¿Y por qué? Tal vez por que entre las diferentes existencias, es la que termina mejor las incertidumbres del hombre. Ella va acompañada siempre de todas las fiestas y de todos los vínculos de la familia, de un verdadero desahogo que atestigua la continuidad del bienestar, y de una calma que se asemeja mucho à la beatitud; pero representa sobre todo la tranquilidad y la

monotonía de una dicha sencillamente sensual, en que el goce ahoga el deseo. Por mucha importancia que el hombre apasionado quiera conceder á los tumultos de los sentimientos, nunca ve, sin conmoverse, la imagen de esa naturaleza social en que los latidos del corazón están tan bien arreglados, que las gentes superficiales la acusan de frialdad. Las gentes prefieren generalmente la fuerza anormal que se desborda, á la fuerza igual que persiste; no tienen tiempo ni paciencia para juzgar el inmenso poder oculto bajo una apariencia uniforme; así es que para sorprender á esas gentes arrebatadas por la corriente de la vida, el gran artista y la pasión no tienen más remedio que ir más allá de su objeto, como han hecho Miguel Ángel, Blanca Capello, la señorita de Lavalliere, Beethoven y Paganini. Los grandes calculadores son los únicos que creen que no hay necesidad de ir más allá del objeto, y solo respetan la virtualidad sujeta á un perfecto acabamiento que da á toda obra esa profunda calma cuyo encanto fascina aun á los hombres más desordenados. El género de vida adoptado por ese pueblo esencialmente económico, llena perfectamente las condiciones de feli-

cidad que quieren la mayor parte de los hombres en una vida modesta y arreglada. Todas las costumbres llevan en sí el sello de la materialidad mas esquisita. La comodidad inglesa ofrece tintas secas y tonos duros, en tanto que el interior antiguo del hogar flamenco alegra la vista con sus suaves colores y representa la verdadera honradez, implica el trabajo sin fatiga; la pipa donota una feliz aplicacion del *dolce far niente* napolitano y revela un sentimiento pacífico del arte; su condicion mas indispensable, la paciencia; y el elemento que hace mas duradera toda creacion, la conciencia. El carácter flamenco es, en dos palabras, paciencia y conciencia, que parece excluir los ricos matices de la poesía y hacer las costumbres de este país tan llanas como sus inmensas llanuras, tan frias como su cielo siempre encapotado; pero no sucede así; la civilizacion ha desplegado allí su poderío y todo lo ha modificado, sin exceptuar siquiera los efectos del clima.

Si se observan atentamente los productos de los diferentes países del globo, se vé desde luego, y con sorpresa, que los colores oscuros afectan especialmente á

las producciones de las zonas templadas, mientras que los colores mas brillantes distinguen á las de los países cálidos; las costumbres tienen que sujetarse necesariamente á esta ley de la naturaleza. Flandes, que en otro tiempo era esencialmente oscuro y propenso á los tonos unidos, ha hallado el medio de llevar un rayo de luz á su atmósfera fuliginosa, gracias á las vicisitudes políticas, que lo han sometido sucesivamente á los Borbones, á los españoles y á los franceses, y le han hecho fraternizar con los alemanes y con los holandeses. De España, ha conservado el lujo de la escarlata, el brillante raso, los tapices de fuerte claro oscuro, las plumas, las guitarras y las formas cortesanas. De Venecia, ha tenido, en cambio de sus telas y de sus encajes, esa cristalería fantástica en que el vino brilla y parece mejor. Del Austria, ha conservado esa pesada diplomacia que, según una frase popular, anda tres pasos dentro de un celemín. El comercio con las Indias, le ha dejado las invenciones grotescas de la China y las maravillas del Japón. Sin embargo, á pesar de su paciencia para amontonarlo todo, para no devolver nada, y para soportarlo todo, Flandes no podía apenas ser

considerado mas que como el almacén general de Europa, hasta el momento en que el descubrimiento del tabaco vino à soldar con el humo los esparcidos rasgos de su fisonomía nacional. Entonces, á despecho de las subdivisiones de su territorio, el pueblo flamenco existió gracias á la pipa y á la cerveza. Entonces, despues de haberse apropiado, por la constante economía de su conducta, las riquezas y las ideas de sus señores ó de sus vecinos, este país, tan deslucido y falto de poesía, creó para sí una vida original y unas costumbres características, sin que hubiera de motejársele de servilismo. El arte quedó despojado de todo idealismo para reproducir únicamente la forma. De modo, que no pidais á esa pátria de la poesía plástica, ni la verbosidad de la comedia, ni la acción dramática, ni la atrevida inspiración de la epopeya ó de la oda, ni el génio musical; pero es fecunda en descubrimientos útiles y en discusiones doctorales que exigen mucho tiempo y mucho quinqué. Todo se elabora en aquel rincón de la dicha temporal. El hombre ve allí exclusivamente lo que es, y su pensamiento se ciñe escrupulosamente á satisfacer las necesidades de la vida, que en ninguna

se ha remontado mas allá de los límites de este mundo. La única idea del porvenir, concebida por este pueblo, fué una especie de economía en política; y su fuerza revolucionaria provino del deseo doméstico de poder sentarse con holgura á la mesa. La afición al bienestar y el espíritu de independencia que inspira la fortuna; engendraron allí, mas que en ninguna otra parte, esa necesidad de libertad que se despertó despues en toda la Europa. La constancia de sus ideas y la tenacidad que la educacion da á los flamencos, los convirtieron en otro tiempo en hombres temibles, siempre que trataron de defender sus derechos. En este pueblo nada se hace á medias, ni las casas, ni los muebles, ni los diques, ni la cultura, ni las insurrecciones; de este modo sabe guardar el monopolio de todo cuanto emprende. La fabricacion de encajes, modelo de paciencia bajo todos conceptos, y la de sus telas, son hereditarias como sus bienes patrimoniales. En fin, si fuera preciso pintar la constancia bajo la forma humana mas pura, no andaríamos tal vez muy descaminados eligiendo el retrato de un burgo maestro de los Países-Bajos, capaz, como otros muchos, de morir oseuramen-

te y sin aparato de ningún género, à fin de no gravar los fondos del coman.

Pero la dulce poesía de esta vida patriarcal se halla naturalmente en la descripción de una de las últimas casas que, en la época en que se da comienzo esta historia, conservaba su primitivo aspecto en Douai, porque de todas las ciudades del departamento del Norte, Douai es la que mas ha cambiado à la moderna, y en ella ha hecho mas rápidas conquistas el espíritu innovador, y se ha desarrollado mas el amor al progreso. Allí desaparecen de dia en dia los antiguos edificios y las antiguas costumbres, y sólo dominan las modas y los usos de París. Dentro de poco sólo quedarán allí, de la antigua vida flamenca, los buenos hábitos hospitalarios, la cortesía española y la riqueza y el aseo de Holanda. Los palacios de piedra blanca reemplazarán las casas de ladrillo, y los usos sencillos y peculiares del país cederán ante la elegancia de las novedades francesas.

La casa en que se verifican los sucesos de esta historia, se halla próximamente situada en el centro de la calle de París, y es conocida en Douai, hace mas de doscientos años, con el nombre de la

CASA DE CLAES. Los Van Claes fueron en otro tiempo una de las mas célebres familias de artesanos á quienes debieron los Países Bajos, en diferentes producciones, la supremacía comercial que aun conservan. Los Claes fueron durante mucho tiempo en la ciudad de Gante, y de padres á hijos, los jefes del poderoso gremio de tejedores. Cuando la sublevacion de esta gran ciudad contra Carlos V, que queria suprimir sus privilegios, el mas rico de los Claes se comprometió en ella de tal modo, que previendo una catástrofe, pero obligado á compartir la suerte de sus compañeros, envió secretamente á Douai y bajo la proteccion de Francia, su familia y sus bienes, antes de que las tropas del emperador cercasen la ciudad. Los temores del Síndico de los Tejedores eran fundados. El, lo mismo que otros muchos ciudadanos, fué exceptuado de la capitulacion y ahorcado como rebelde, cuando solo era en realidad el defensor de la independencia de Gante. La muerte de Claes y de sus compañeros produjo sus frutos. Estos suplicios inútiles costaron al rey de las Españas la mayor parte de sus posesiones en los Países Bajos, porque, de todas las semillas confiadas á la tie-

rra, la sangre derramada por los mártires es la que dá una cosecha mas segura é inmediata. Cuando Felipe II, que castigaba á los sediciosos hasta la segunda generacion, extendió hasta Douai su cetro de hierro, conservaron los Claes su inmensa fortuna, uniéndose á la muy noble familia de Molina, cuya rama primogénita, pobre entonces, llegó á ser bastante rica para poder rescatar el condado de Nourho, en el reino de Leon, que solo poseía á título honorífico.

A principios del siglo XIX, y despues de mil vicisitudes, cuya enumeracion sería poco interesante, la familia Claes estaba representada en la rama establecida en Douai, por Baltasar Molina, conde de Nourho, el cual prefería á estos nombres el de Baltasar Claes. De la inmensa fortuna reunida por los antecesores, dueños de mil telares, quedaban aún á Baltasar una renta de cerca de quince mil francos en fincas rusticas en el distrito de Douai y la casa de la calle de Paris, cuyo mobiliario solamente, representaba una fortuna. Las posesiones del reino de Leon habian dado márgenes á un litigio entre los Molinas de Flandes y la rama de esta familia que se habia establecido en España. Los Mo-

linas de Leon quedaron por dueños de todas las propiedades y tomaron el título de conde de Nourho, título que de derecho correspondía á los Claes; pero la vanidad de la burguesía belga era superior á la gravedad castellana; así es que al instituirse el estado civil, Baltasar Claes dejó los harapos de su nobleza española por su ilustre ascendencia de Gante.

El sentimiento patrio se halla tan desarrollado en las familias desterradas, que hasta los últimos dias del siglo XVIII habian permanecido las Claes fieles á sus tradiciones y á sus usos y costumbres. Sólo se aliaban con las familias de la mas pura burguesía; necesitaban que la novia contase cierto número de regidores ó burgomaestres en su ascendencia para ser admitida en la familia, é iban á buscar sus mujeres á Brujas, á Gante, á Lieja ó á Holanda, á fin de perpetuar las costumbres de su hogar doméstico. A fines del siglo pasado, su sociedad, reducida á los mas pequeños límites, constaba solamente de siete ú ocho familias de nobleza parlamentaria. Los habitantes de la ciudad profesaban cierto respeto religioso á esta familia, que era para ellos como

una especie de preocupacion. La reconocida probidad, la lealtad intachable de los Claes y su constante virtud, hacian de ellos una supersticion tan inveterada como la de la fiesta de Gayant, supersticion designada con este nombre: *la casa de Claes*. El espíritu de la antigua Flandes reinaba por completo en aquella morada que ofrecía á los aficionados á antigüedades burguesas, el tipo de las modestas casas construidas en la Edad Media por los burgueses acaudalados.

Constituía el principal adorno de la fachada una puerta de roble guarnecida de clavos formando cuadros, en cuyo centro la vanidad de los Claes habia hecho esculpir dos lanzaderas. El hueco de esta puerta, construido de piedra asperon, terminaba en una cimbra puntiaguda de la que pendía una linterna adornada con una cruz, viéndose en ella una estatua de Santa Genoveva hilando con una rueca. Aunque el tiempo habia impreso sus huellas en los delicados trabajos de esta puerta y de la linterna, el extremado cuidado de los criados de la casa permitía á los transeuntes distinguir perfectamente todos sus detalles; el dintel compuesto de varias columnitas

reunidas, conservaba, sobre todo, un color gris oscuro, cuyo brillo hacia creer que estaba barnizado.

En el piso bajo, á uno y otro lado de la puerta, habia dos ventanas semejantes á todas las de la casa. El cerco de las mismas, de piedra blanca, terminaba en la parte baja con una cochera ricamente adornada, y en la parte superior formaban dos arcos separados por el montante de la cruz que dividia la vidriera en cuatro partes desiguales, porque el travesaño colocado á la debida altura para que figurase una cruz, daba á las dos partes inferiores un tamaño casi doble que el de los dos lados superiores redondeados por sus cimbras. Servian de adorno á los dos arcos, tres órdenes de ladrillos colocados en forma de greca. Los cristales, pequeños y en forma de romboide, estaban sujetos por tiras de hierro sumamente delgadas y pintadas de rojo.

Las paredes, construidas de ladrillos, unidos con argamasa blanca, estaban reforzadas de trecho en trecho y en los ángulos por varias secciones de piedra. El primer piso tenía cinco ventanas, el segundo sólo tenía tres, y la guardilla recibia la luz por una gran abertura redonda dividida en cinco compartimien-

tos, llena de labores, y situada en el centro del fronton triangular que formaba el remate de la fachada, como el roseton de la portada de una catedral. En la parte superior del edificio se elevaba, á guisa de veleta, una rueca cargada de lino. Los dos lados del gran triángulo que formaba el remate de la fachada, formaban una especie de escalones hasta el coronamiento del primer piso, y allí, á uno y otro lado de la casa, caian las aguas llovedizas arrojada por la boca monstruosa de un animal fantástico. En la parte baja de la casa, una hilada de piedra asperon simulaba un escalon. En fin, como último vestigio de los antiguos usos, á cada lado de la puerta, y entre las dos ventanas, veíase una especie de escotillon de madera guarnecido de grandes listones de hierro, por los cuales se bajaba á los sótanos.

Esta fachada, desde su construccion, se limpiaba cuidadosamente dos veces al año; si desaparecia la argamasa de alguna juntura se remediaba enseguida la falta; las ventanas, los soportes, las piedras, todo se limpiaba con mas cuidado del que se tiene en París con los mármoles mas preciosos; de modo que la fachada de esta casa no dejaba ver ningun

deterioro, y excepto el tinte oscuro debido á la vetustez de los ladrillos, se hallaba tan perfectamente conservada como un cuadro ó un libro antiguo en manos de un aficionado inteligente. El cielo nebuloso, la temperatura húmeda de Flandes y las sombras producidas por la poca anchura de la calle, quitaban con frecuencia á este edificio el lustre que debía á su exquisita limpieza, que, dicho sea de paso, la hacia fria y la daba un aspecto triste. Un poeta hubiera por ferido ver algunas yerbecillas en la linterna y un poco de musgo en las junturas de las piedras; hubiera deseado que aquellos ladrillos estuviesen desquebrajados, y que bajo los arcos de las ventanas hubieran posado sus nidos las golondrinas. El extremado cuidado y la limpieza exagerada de esta fachada le daban un aspecto tan prosáico, que seguramente hubiera tenido que cambiar la habitacion cualquier romántico que hubiese vivido en la casa de enfrente.

Cuando un forastero tiraba del cordón de hierro trenzado de la campanilla que colgaba á lo largo de uno de los lados de la puerta, y la oriada venía á abrir una de las hojas, en medio de la cual habia una rejilla, cerrábase ésta á impulsos de

un gran peso, haciendo retumbar en el interior de la casa un sonido grave y pesado como si la puerta hubiese sido de bronce. La galería del piso bajo, imitando marmol, siempre fresca y cubierta de una capa de menuda arena, conducía á un gran patio cuadrado cubierto de grandes ladrillos barnizados de color verdoso. A la izquierda, estaban situados el lavadero, las cocinas y la sala de los criados; á la derecha, la leñera, el depósitos de carbon y las habitaciones de los dependientes y criados, cuyas puertas, ventanas y paredes, estaban adornadas de dibujos conservados con el mayor esmero. La luz del dia, proyectándose entre cuatro paredes encarnadas sembradas de trozos bien blancos, reflejaba un tinte rosa que daba á las caras y á los mas insignificantes detalles una gracia misteriosa y cierto aspecto fantástico.

Otra casa, absolutamente igual, exceptuando la puerta, se elevaba en el fondo de este patio y servia exclusivamente para habitacion de la familia. En el piso bajo, la primera habitacion era un recibimiento alumbrado por dos ventanas que daban al patio, y por otras dos con vistas á un jardin tan grande como la

casa. Dos puertas vidrieras paralelas conducian, una al jardin y otra al patio, y correspondian con la puerta de la calle; de modo que desde esta podia verse el conjunto de esta morada y admirar el follaje que tapizaba el fondo del jardin. La habitacion exterior, destinada á las recepciones, contenía, sin duda, muchos objetos de arte y grandes riquezas acumuladas á fuerza de tiempo; pero ninguno de ellos podia compararse, á juicio de los Claes y de los inteligentes, con los tesoros que encerraba esta habitacion, habitada durante dos siglos por la misma familia.

El Claes, muerto en defensa de las libertades de Gante, el artesano de quien las gentes de nuestra siglo formarían un concepto mezquino, si el historiador no les dijera que poseía cerca de cuarenta mil marcos de plata, ganados en la fabricacion de las velas necesarias á la poderosa marina veneciana, tuvo por amigo al célebre escultor en madera Van Huysium, de Brujas: Muchas veces el artista habia tenido que recurrir á la bolsa del artesano. Poco tiempo antes de la sublevacion de Gante, Van Huysium, que se habia hecho ya rico, habia esculpido secretamente para su amigo un

revestimiento de ébano macizo representando las principales escenas de la vida de Artevelde, aquel cervecero que fué por un momento rey de Flandes. Este trabajo, compuesto de setenta tableros, contenia cerca de novecientos personajes y era, sin duda, la obra maestra de Van Huysium. El capitán encargado de custodiar á los ciudadanos que Carlos V habia mandado ahorcar el dia de su entrada en su ciudad natal, propuso á Van Claes, segun se dijo, que le permitiria evadirse si le regalaba la obra de Van Huysium. El tejedor la habia remitido á Donai. Esta habitacion, enteramente cubierta con estos tableros que, por respeto á la memoria del martir, vino á colocar el mismo Van Huysium en marcos de madera pintada de azul con listas de oro, era pues la obra sublime del célebre escultor, cuyos trabajos mas insignificantes se pagan hoy á peso de oro.

Encima de la chimenea, Van Claes, retratado por el Ticiano, con su traje de presidente del tribunal de los *Parchons*, parecia conducir aun á esta familia que le consideraba como su gran hombre. La chimenea, que fué primeramente de piedra, habia sido reconstruida de mármol blanco en el siglo pasado, y soste-

nia dos candelabros de muy mal gusto, pero de plata maciza. Las cuatro ventanas estaban adornadas con grandes cortinas de damasco encarnado con flores negras, forradas de seda blanca; y los muebles, tambien de damasco, habian sido contruidos en la época de Luis XIV. El entarimado, mucho mas moderno, estaba compuesto de grandes piezas de madera blanca ensambladas con listones de roble. El techo, lleno de multitud de adornos, entre los cuales figuraba un mascarón cincelado por Van Haystum, habia sido respetado y conservaba los tonos oscuros del roble de Holanda. En los cuatro ángulos de esta habitacion se elevaban unas columnas truncadas, que sostenian otros tantos candelabros iguales á los de la chimenea; una mesa redonda ocupaba el centro; á lo largo de las paredes estaban, simétricamente colocadas, varias mesas de juego; y encima de dos consolas doradas, cubiertas de mármol blanco, se hallaban, en la época en que comienza esta historia, dos esferas de cristal llenas de agua, en las cuales nadaban sobre un lecho de arena y concha algunos pecillos de diferentes y vistosos colores.

Esta sala era á la vez brillante y

sombria. El techo absorbía necesariamente la claridad, y no reflejaba nada; si por la parte del jardín entraba alguna luz y venía á herir las esculturas de ébano, las ventanas del patio que daban poca luz, apenas podían lograr que brillasen los listones de oro impresos en el testero opuesto. Esta habitacion, magnífica en un día despejado, estaba, pues, casi siempre falta de las tintas suaves y de los tonos rojos y melancólicos que el sol esparce sobre la cima de los montes durante el otoño.

Creemos inútil continuar la descripción de la casa Claes, por mas que en otra parte de la misma ocurriran necesariamente varias escenas de esta historia.

En los últimos dias del mes de Agosto del año 1812, un domingo, despues de vísperas, hallábase sentada una mujer en su mecedora delante de una de las ventanas que daban al jardín. Los rayos del sol caian entónces oblicuamente sobre la casa, atravesaban el salon que acabamos de describir, espiraban en caprichosos reflejos sobre los tableros que cubrían las paredes por la parte del patio, y envolvian á aquella mujer en la zona purpúrea proyectada por la cortina de da-

masco recogida á lo largo de la ventana. Por mediano que hubiera sido el pintor que la hubiese sorprendido en aquel momento, hubiese producido seguramente una obra admirable al copiar aquella cabeza llena de dolor y de melancolia. La actitud general del cuerpo y la manera con que los piés se hallaban colocados hácia adelante, revelaban el abatimiento de una persona affigida que pierde la conciencia de su sér físico bajo la poderosa concentracion de sus fuerzas interiores al preocuparle una idea fija cuyas irradiaciones sigue, como muchas veces, á orillas del mar, se mira un rayo de sol que atraviesa las nubes y traza en el horizonte una línea luminosa. Las manos de aquella mujer, despedidas por los brazos de la mecedora, pendían hácia fuera, y su cabeza, como demasiado pesada, descansaba, sobre el respaldo. Un vestido muy ancho de percal blanco impedía apreciar bien las proporciones, y la cintura estaba oculta bajo los pliegues de un chal colocado diagonalmente y rodeado á la misma. Aun cuando la luz no hubiese puesto en relieve su rostro, que ella parecia complacerse en exhibir con preferencia al resto de su persona, hubiese sido imposible dejar de fijarse exclusiva-

mente en él. Su expresion, que hubiese llamado la atencion aun del niño mas indiferente; era una estupefaccion persistente y fria, á pesar de las lágrimas abrasadoras que surcaban por sus mejillas. No puede verse nada más terrible que ese dolor extremado que no puede desbordarse sino á raros intervalos, pero que permanecia en aquel rostro como la lava fria alrededor de un volcán. Parecia una madre moribunda obligada á dejar á sus hijos en la miseria más espantosa, sin poder legarles ninguna proteccion humana.

La fisionomia de aquella señora, cuya edad frisaba en los cuarenta años, mucho menos léjos entouces de la belleza que en los tiempos de su juventud, no ofrecia ninguno de los caractéres de la mujer flamenca. Una espesa cabellera negra caia en bucles sobre sus hombros y á lo largo de sus mejillas. Su frente, muy arqueada y estrecha, era amarillenta; pero bajo aquella frente brillaban dos ojos negros que despedian llamas. Su cara, enteramente española, de color moreno, poco sonrosada, y ajada por las viruelas, atraia las miradas por la perfeccion de su forma ovalada, cuyos contornos conservaban, á pesar de la alteracion

de las líneas, una completa y magestuosa elegancia, realizada á veces cuando un esfuerzo del alma les restituía su primitiva pureza.

Lo que daba mayor distincion á aquella cara varonil, era una nariz encorvada como el pico de un águila, y que demasiado convexa hácia el centro, parecia interiormente mal conformada; pero habia en ella una finura indescriptible, y las fosas nasales eran tan pequeñas que su transparencia permitia que la luz las colorease fuertemente. Las sinuosidades de la boca cuyos lábios algo grandes estaban muy recogidos, retrataban el orgullo inspirado por una noble cuna y una bondad natural, aumentada por una dicha constante y pulimentada por la educacion. Era una cara vigorosa al par que femenil, cuya belleza era discutible, pero que excitaba la atencion. Aunque aquella mujer pasaba por fea, muchas veces, siendo aun soltera, volvíanse los hombres para mirarla y admirar el ardor apasionado que revelaba su cabeza y los indicios de una inagotable ternura, quedando como fascinados á pesar de los defectos físicos; porque era pequeña, coja y jorobada, y todo el mundo le atribuía por entónces muy poco talento. Pa-

reciase extraordinariamente á su abuelo el duque de Casa Real, grande de España. En aquel instante, el encanto que en otro tiempo se apoderaba despóticamente de las almas ansiosas de poesía, brillaba en su cabeza con mas vigor que en ninguna otra época de su vida, y se ejercitaba, por decirlo así, en el vacío, expresando una voluntad fascinadora y poderosa sobre los hombres, pero sin fuerza ya para el porvenir. Cuando su mirada se apartaba del globo de cristal que se hallaba á su lado, y cuyos pecelillos miraba sin verlos, alzaba los ojos con aire desesperado como invocando al cielo, porque parecia que sus sufrimientos eran de los que deben ser ignorados en la tierra, sufrimientos que sólo á Dios deben confiar las mujeres. Reinaba el mas profundo silencio, turbado unicamente por el canto de los grillos y de las cigarras del jardin, del cual se escapaba un calor sofocante, y por el sordo ruido de la vagilla de plata y de los platos y sillas que removia, en la habitacion contigua, un criado ocupado en servir la comida.

En aquel momento prestó atento oido la afligida señora, y pareció reconcentrar su atencion; luego cogió su pañuelo, en

jugó sus lágrimas, procuró borrar la expresión de dolor gravada en su semblante y trató de sonreír; un momento después, parecía hallarse en ese estado de indiferencia en que nos deja una vida exenta de inquietudes. Bien sea porque el hábito de vivir en aquella casa en que sus achaques la tenían como confinada, la hubiesen permitido reconocer en ella algunos efectos naturales, imperceptibles á otras personas, ó ya porque la naturaleza hubiese compensado las imperfecciones físicas con que la había agobiado, dándole sensaciones mas delicadas que á otros seres mejor organizados aparentemente, aquella mujer había oído los pasos de un hombre en una galeria situada encima de las cocinas y de las salas destinadas al servicio de la casa, y cuya galeria servia de comunicacion á la parte exterior é interior del edificio. En efecto, el ruido fué cada vez más perceptible é inmediato. Sin tener el poder con que una criatura apasionada como aquella mujer sabe prescindir del espacio para unirse á su otro yo, hubiera podido muy pronto distinguir cualquiera los pasos de aquel hombre en la escalera que conducia de la galeria al salon. Sin duda alguna, al ruido de aquellos

pasos, las persona mas distraida se hubiese sobrecogido, porque era imposible escucharlos friamente. Un andar precipitado ó demasiado fuerte, asusta. Cuando un hombre grita *¡fuego!* sus piés hablan tan recio como su voz. Y siendo esto así, un andar distinto, no debe causar menores emociones. La grave lentitud, el paso tardió de aquel hombre hubiese impacientado tal vez á las personas irreflexivas; pero un observador ó cualquier persona nerviosa hubiera experimentado una emoción parecida al terror, al escuchar el ruido acompasado producido por aquellos piés que parecían carecer de vida, y que hacian resonar el pavimento como si fuese golpeado por dos pesas metálicas. Era el paso vacilante y pesado de un anciano, ó el andar magestuoso de un hombre pensador que revuelve mundos enteros en su imaginacion.

Cuando aquel hombre bajó el último escalon, descansó un momento en el gran vestíbulo que comunicaba con el corredor que conducia á la sala de los criados y por el cual se entraba tambien al salon por una puerta secreta, idéntica á la que daba acceso al comedor. Entonces un ligero estremecimiento, semejante á la sensacion producida por una chispa

eléctrica. se apoderó de la mujer sentada en la mecedora; pero al mismo tiempo apareció en sus labios una dulcísima sonrisa. y su rostro, como movido por la proximidad de un placer, resplandeció como el de una hermosa Madona italiana. Halló de pronto fuerzas bastantes para ahogar en el fondo de su alma todo sentimiento de terror; volvió la cabeza hacia la puerta que iba á abrirse en el ángulo del salón, la cual fué empujada tan bruscamente que aquella pobre criatura no pudo por ménos de estremecerse.

Baltasar Claes apareció de improviso, se adelantó algunos pasos, sin mirar aquella mujer, ó mirándola sin verla, y permaneció de pié en medio del salón sosteniendo con su mano derecha la cabeza, ligeramente inclinada. Un horrible sufrimiento, al cual no podía acostumbrarse aquella mujer por mas que le experimentase diariamente, le oprimió el corazón, ahuyentó su sonrisa, arrugó su entrecejo, esa línea impresa por la frecuente expresion de las sensaciones fuertes, y sus ojos se llenaron de lágrimas, las cuales enjugó en seguida al mirar á Baltasar.

Era imposible, en verdad, no sentirse fuertemente impresionado al aspecto de

jefe de la familia Claes. Debió parecerse cuando jóven al sublime mártir que amenazó à Carlos V con imitar á Artevelde; pero en aquel momento, parecia tener más de sesenta años, aunque sólo tenía unos cincuenta, y su vejez prematura habia borrado aquella noble semejanza. Era de elevada estatura y ligeramente cargado de espaldas, ya porque la índole de sus ocupaciones le obligasè á permanecer encorvado, ó bien porque la espina dorsal hubiese adquirido aquella curvatura bajo el peso de su cabeza. Tenía el pecho ancho y un busto cuadrado; pero las partes inferiores de su cuerpo eran raquílicas aunque nervudas. Esta desproporcion en una organizacion que sin duda alguna habia sido perfecta en otro tiempo, hubiera desconcertado al que intentase explicar el origen de aquella forma fantástica.

Su espesa cabellera rubia, poco cuidada, caía sobre sus hombros, al uso flamenco; pero en un desórden que cuadraba perfectamente con el extraño aspecto de su persona. Su frente ancha ofrecia las protuberancias en que Gall ha colocado los mundos poéticos. Sus ojos, de un azul claro y brillante, tenían la in-

quieta vivacidad que se observa en los de las personas dedicadas á profundas meditaciones. Su nariz, que sin duda habia sido perfecta, se habia prolongado, y las fosas nasales, parecian abrirse gradualmente por una involuntaria tension de los músculos olfatorios. Sus mejillas eran velludas y prominentes; su boca, llena de gracia; parecia como escondida entre la nariz y la barba, corta, por muy saliente; sin embargo, la forma de su cara era más bien larga que ovalada, y el sistema científico que atribuye á cada rostro humano una semejanza con la cara de algun animal, hubiese hallado seguramente en la de Baltasar Claes una nueva prueba de sus asertos, comparándola con la de un caballo. Su piel estaba adherida á los huesos, como si algun fuego secreto la secase incesantemente; y muchas veces, cuando contemplaba el espacio como queriendo hallar en él la realizacion de sus esperanzas, hubiérase creído que arrojaba por sus fosas nasales el fuego que consumia su alma. Efectivamente, el sentimiento profundo que anima á los grandes hombres, se reflejaba en aquel rostro pálido, surcado por las arrugas y excesivamente flaco, y otro tanto sucedia en su frente ceñuda como

la de un rey octogenario lleno de pesares y en sus brillantes ojos cuyo fuego parecía avivado por la castidad que enjendra la tiranía de las ideas, y por el calor interno de una vasta inteligencia. Sus ojos, profundamente escondidos en sus órbitas, parecían haber sucumbido á las vigiliás y á las terribles reacciones de una esperanza siempre fallida y siempre renaciente.

Por otra parte, el exajerado fanatismo que inspira el arte ó la ciencia, se revelaba en aquel hombre por una extraña y constante distracción, como demostraban su trage y su aspecto, perfectamente relacionados con la magnífica monstruosidad de su fisonomía. Sus grandes y velludas manos estaban súcias, y las uñas tenían en sus extremidades unas líneas negras fuertemente marcadas. Sus zapatos no estaban limpios y carecían de cordones. Era el único habitante de la casa que podía permitirse la extraña licencia de estar desaseado. Su pantalon de paño negro lleno de manchas, su chaleco desabrochado, su corbata torcida, y su levita verdosa, siempre descosida, completaban un fantástico conjunto de pequeñeces y sublimidades, que en otra persona cualquiera hubiese sido indicio de la

miseria que enjendran los vicios, pero que en Baltasar Claes era el abandono del génio que revelaban sus facciones. Nada se parece tanto al vicio como el génio. ¿No es éste un constante exceso que devora el tiempo, el dinero y el cuerpo, y conduce al hospital mucho mas pronto que las malas pasiones? El génio es, entre todos los vicios, el único á quien los hombres rehusan facilitar recursos y elementos, y el único tambien á quien no perdona nunca la desgracia: y es que sus beneficios son siempre demasiado tardios para que el estado social pueda liquidar sus cuentas con el hombre de génio en vida aún de éste.

A pesar de su continuo olvido del presente, si Baltasar Claes abandonaba sus misteriosas contemplaciones, si alguna idea tranquila y sociable animaba aquel rostro pensador, si sus ojos, siempre fijos, perdian su extraño brillo para reflejar una sensacion, y si miraba á su alrededor, volviendo á la vida real y prosáica, habia que reconocer involuntariamente la belleza seductora de aquel rostro y la graciosa vivacidad que en él se reflejaba. Al verle en uno de estos momentos hubiera sentido cualquiera que aquel hombre no perteneciese al mundo,

y hubiese exclamado:—¡Ha debido ser hermoso en sus buenos años! Se hubiera engañado, sin embargo. Baltasar Claes no había tenido nunca un aspecto mas poético que en aquel momento. El mismo Lavater no hubiera sabido qué pensar de aquella cabeza llena de paciencia, de lealtad flamenca, de grave firmeza y de cándida moralidad, en que la pasión parecía tranquila, porque era fuerte. Las costumbres de aquel hombre debían ser puras, sagrada su palabra, constante su amistad é ilimitada su abnegación; pero el deseo de emplear estas cualidades en provecho de la patria, del mundo ó de la familia, había realmente desaparecido. Aquel ciudadano, obligado á velar por la dicha doméstica, á administrar una fortuna y á preparar á sus hijos un risueño porvenir, parecía vivir alejado de sus deberes y de sus afecciones. Un sacerdote le hubiese saludado como un gran maestro; y un entusiasta le hubiese tomado por un profeta de la iglesia de Swedenborjista.

En aquel momento, el traje deteriorado y semisalvaje que llevaba aquel hombre, contrastaba singularmente con el gracioso aliño de la mujer que tan dolorosamente le contemplaba. Las personas

contrahechas que tienen talento ó un alma delicada, emplean en su tocado un gusto exquisito, y, ó se visten sencillamente, comprendiendo que todos sus atractivos son puramente morales, ó saben hacer olvidar la deformidad de su cuerpo con una especie de elegancia en los detalles, que distrae la mirada y fija la imaginacion. Aquella mujer, no solamente tenia un alma generosa, sino que ademas amaba á Baltasar Claes con ese instinto de la mujer que dá una idea de la inteligencia de los ángeles. Educada en el seno de una de las mas ilustres familias de Bélgica, hubiese adquirido el buen gusto, si no hubiera ya nacido con él, pero llevada del deseo de agradar constantemente al hombre á quien amaba, sabia vestirse admirablemente sin que su elegancia contrastase con sus dos vicios de conformacion. Miró por las ventanas al patio interior y al jardin, como para serciorarse de que estaba sola con Baltasar, y le dijo con voz dulce, mirándole con esa sumision que distingue á las flamencas:—Baltasar, tú debes andar muy ocupado! Ya hace treinta y tres domingos que no has ido á misa ni á visperas.

Claes no contestó. Su mujer bajó la

cabeza, juntó las manos y esperó. Sabia perfectamente que aquel silencio no significaba desprecio ni desden, sino tiránicas preocupaciones. Baltasar era uno de esos seres que conservan durante mucho tiempo en el fondo del alma su delicadeza juvenil, y hubiera considerado como un crimen ofender en lo mas mínimo á una mujer agobiada por el sentimiento de su desgracia física. Era uno de los pocos hombres que saben que una palabra ó una mirada pueden matar muchos años de felicidad, y que una de esas palabras ó una de esas miradas, son mucho mas crueles cuando contrastan verdaderamente con una dulzura constante; porque nuestra naturaleza nos hace ser muy sensibles al dolor cuando somos víctimas del infortunio

Pocos momentos despues, Baltasar pareció volver en sí, miró vivamente en torno suyo, y dijo:

— ¡Visperas!... ¡Ah! ¿Los niños han ido à visperas?...

Dió algunos pasos para mirar al jardin en el cual se veian por todas partes magníficos tulipanes; pero se detuvo repentinamente como si hubiese chocado contra una pared, y exclamó:

— ¡Y por qué no habian de combinar-

en un tiempo dado?

—¡Dios mío! ¡Vá á volverse loco! murmuró su mujer con verdadero acento de terror.

Pero para dar mayor interés á la escena que provocó esta situación, es indispensable que examinemos rapidamente el pasado de Baltasar Claes y de la nieta de Casa Real.

II

Historia de un hogar flamenco

Baltasar Claes de Molino-Nourho tenía en 1783 cerca de veintidos años y podía pasar por lo que suele llamarse buen mozo. Terminó su educación en París y allí adquirió excelentes modales frecuentando las reuniones de madama Egmont, del conde de Horn, del príncipe de Arember, del embajador de España, de Helvetius, de los franceses oriundos de Bélgica, ó de las personas procedentes de este país á quienes su nacimiento ó su fortuna colocaban en el rango de los grandes señores que, en aquel tiempo, eran los reyes del buen tono. El jóven

Claes encontró allí algunos parientes y amigos que le lanzaron el gran mundo precisamente en la época en que aquel gran mundo iba á caer; pero como la mayor parte de los jóvenes, se vió seducido al principio más por la gloria y por la ciencia que por la vanidad. Trabajó gran amistad con muchos sábios y sobre todo con Lavoisier, mas célebre entonces por sus descubrimientos químicos. Baltasar se apasionó por la ciencia que cultivaba Lavoisier, y fué uno de sus más entusiastas discípulos; pero era joven y hermoso como Helvetius, y las mujeres de Paris le enseñaron muy pronto á destilar exclusivamente el talento y el amor. A pesar de haber comenzado sus estudios con verdadero entusiasmo, y á pesar de verse elogiado por Lavoisier, abandonó á su maestro para escuchar á las doctoras del buen gusto que daban sus últimas lecciones á los jóvenes y los iniciaban en los usos y costumbres de la alta sociedad, que forma en Europa una sola familia. El sueño embriagador de sus buenas fortunas duró muy poco. Después de haber respirado el aire de Paris, salió harto de Paris y de su vida artificial, que no se amoldaba ni á su alma ardiente ni á su corazón amante. La vida de la

familia, tan dulce y tan tranquila en Flandes, le pareció convenir mejor á su carácter y á los deseos de su corazón. Los dorados de los salones parisienses no habían logrado borrar en él recuerdo de aquella sala oscura y de aquel jardinillo en que había pasado los dichosos años de su infancia. Es preciso no tener hogar ni patria para poder vivir en Paris, que es la ciudad del cosmopolita ó de los hombres que se han casado con el mundo y le estrechan incesantemente con el brazo de la ciencia, del arte ó del poder.

El hijo de Flandes regresó á Douai como la paloma viajera, y lloró de alegría cuando contempló su ciudad natal. La muerte de sus padres dejó desierta la casa de Claes y tuvo que consagrarse durante algun tiempo á introducir en ella algunas mejoras. Luego, pasado ya el primer dolor, comprendió la necesidad de casarse para poder completar la feliz existencia con que había soñado, y quiso seguir las tradiciones del hogar doméstico, yendo, como sus antecesores, á buscar esposa á Gante, á Brujas, á Oudenarde y á Anvers; pero no halló en ninguna de estas poblaciones un partido que le conviniese. Tenía, sin duda acerca

del matrimonio ideas especiales, porque ya desde su juventud pasaba por ser algo original y extravagante.

Un día, hallándose en Gante en casa de unos parientes suyos, oyó hablar de una señorita de Bruselas, la cual fué objeto de una discusión bastante acalorada. Unas personas creían que la señorita de Temninohk era horrible y contrahecha á pesar de su belleza, y otras opinaban que era hermosa á pesar de su pié demasiado corto y de su hombro excesivamente desarrollado. El primo de Baltasar Claes, ya bastante entrado en años dijo á sus convidados que, hermosa ó fea, aquella señorita tenía su alma tan delicada, que si él estuviera en edad de casarse, no tendría inconveniente en pedirla por esposa. Luego, refirió que ella acababa de renunciar á la herencia de sus padres, con objeto de que su hermano pequeño pudiese contraer un matrimonio digno de su nombre, prefiriendo así la felicidad de éste á la suya propia, y sacrificándole toda su vida, porque no era creíble que ella se casase vieja y pobre, toda vez que jóven y heredera no había hallado ningun partido aceptable. Algunos días despues, Baltasar Claes demostraba la mayor solicitud á la señorita

de Temninck que tenia entonces veinticinco años, y de la cual estaba vivamente enamorado. Josefina de Tanninck creyó que sólo se trataba de un pasatiempo, y se negó à dar oídos al señor Claes; pero la pasión es tan comunicativa, y el amor inspirado à un hombre jóven y de buena presencia por una pobre muchacha contrahecha y jorobada, tiene, por otra parte, tantos atractivos, que al fin consintió en entablar con él relaciones amorosas.

Seria preciso un libro entero para pintar bien el amor de una jóven sometida humildemente à la opinion de todos cuantos la juzgan fea, en tanto que ella siente en sí el encanto irresistible que producen los sentimientos verdaderos. Nacen de aquí terribles celos al aspecto de la dicha y crueles veleidades de venganza contra la rival que roba una mirada; emociones y terrores desconocidos à la mayor parte de las mujeres, y que por lo tanto, no serian comprendidos si se describiesen à la ligera. La duda, que en el amor ofrece tantas situaciones dramaticas, seria el secreto de este análisis esencialmente minucioso, en que ciertas almas hallarian la poesía perdida, pero no olvidada de sus primeros dolores: esas

sublimes exaltaciones que se agitan en el fondo del corazón y no llegan á revelarse en el rostro; ese temor de no ser comprendido, y esa alegría ilimitada cuando sucede lo contrario; esas vacilaciones magnéticas que prestan á los ojos tan variados matices; esos suicidios indecisos causados por una palabra, seguidos de profunda melancolía y disipados por la eintonación de una voz tan extensa como el sentimiento persistente y desconocido que revela; esas miradas temblorosas que ocultan terribles ardimientos; esos súbditos deseos de hablar y de ejecutar algo, reprimidos por su misma violencia; esa elocuencia íntima expresada en desaliñadas frases, pero pronunciadas con voz titilante; los misteriosos efectos de ese pudor primitivo de alma y de esa divina discreción que enjendran la generosidad en la sombra, y hace hallar un gusto exquisito en la abnegación y el sacrificio ignorados; en fin, todas las debilidades del poder irresistible de la primera edad.

La grandeza de alma de la señorita de Temminck la hizo ser coqueta. El sentimiento de sus aparentes imperfecciones la obligó á ser tan exigente como hubiera podido serlo la mujer más hermosa.

El temor de no gustar algun dia despertaba su orgullo, destruia su confianza y le daba valor para guardar en el fondo de su corazon esas primeras felicidades que las demas mujeres se complacen en publicar y que consideran como su mas preciado adorno. Cuando mas sentia aumentar el amor que le inspiraba Baltasar Claes, menos le reveaba sus sentimientos. La actitud, la mirada, las preguntas ó las respuestas que en una linda mujer son halagos para un hombre, eran en ella humillantes cavilaciones. Una mujer hermosa puede facilmente continuar siendo lo que es; las gentes le dispensan cualquier tonteria ó cualquier despropósito; pero una insignificante mirada detiene la expresion mas sublime en los labios de una mujer fea, intimida á sus ojos, aumenta la fealdad de sus gestos y dificulta sus ademanes y movimientos. Y es que sabe que la está prohibido cometer ninguna falta, toda vez que nadie le ha de facilitar la ocasion de repararla. La necesidad de ser constantemente perfecta despierta las facultades del espiritu y las desarrolla. Esta necesidad no puede subsistir sino en una atmosfera de angélica indulgencia, y, ¿en qué corazones existe la indulgencia libre

de una amarga y ofensiva compasion?

Estos pensamientos, á los cuales la habian acostumbrado la horrible corte-sia de la sociedad, y esas consideraciones y esos miramientos, más crueles que las injurias porque agravan y recuerdan las desgracias incesantemente, oprimian á la señorita de Temnick, le causaban una molestia constante que reprimia en el fondo de su alma las mas delicadas impresiones, y hacian aparecer frias su actitud, sus palabras y su mirada. Esta-ba enamorada en secreto: no se atrevia á ser elocuente ó bella sino en la soledad; y, desgraciada por el dia, hubiera si-do encantadora si le hubiese sido per-mitido no vivir mas que de noche. Muchas veces desdeñaba el adorno que podia salvar en parte sus defectos, pero enseñaba su lindo pié y su magnifica ma-no para poner aquel amor á prueba, aún á riesgo de perderle. Sus ojos de es-pañola brillaban al notar que Baltasar la hallaba hermosa en trage de casa. Sin embargo, la desconfianza la atormenta-ba aún en los cortos momentos en que se atrevia á soñar en su felicidad. Pen-saba si el señor Claes querria casarse con ella para tener en su casa una esclava, y si tendria él algunas imperfecciones

ocultas que le obligasen á contentarse con una pobre muchacha jorobada. Esta continua ansiedad daba á veces un valor infinito á las horas en que creia en la duracion y sinceridad de un amor que debia vengarla de la sociedad. Provocaba delicadas discusiones exagerando su fealdad á fin de penetrar hasta el fondo en la conciencia de su amante, y entónces arrancaba á Baltasar algunas verdades poco lisongeras. Pero gustábale el apuro en que él se hallaba, cuando le habia obligado á decir que lo que gustaba más en una mujer era un alma pura y grande y la abnegacion que hace posible y constante la felicidad, y que despues de algunos años de matrimonio la mujer mas hermosa del mundo vale tanto para su marido como una fea. Efectivamente, despues de haber reunido todo cuanto habia de verdad en las paradojas que tienden á disminuir el mérito de la hermosura, notaba él la falta de galanteria de sus frases, y descubria toda la bondad de su corazon en la delicadeza de las transiciones con que sabia demostrar á la señorita de Teminek que ella era perfecta para él.

Ella tuvo, por lo tanto, todo el mérito de la mas sublime abnegacion, porque no

creía ser amada siempre, pero se vió seducida por la perspectiva de una lucha en que el sentimiento debía superar á la belleza; creyó además que era obrar con grandeza el entregarse sin creer en el amor y que la dicha, por poco que durase, debía costarle demasiado cara para no decidirse á saborearla. Esta incertidumbre y estas luchas prestaban el encanto de la pasión á unas relaciones que nada tenían de particular, é inspiraban á Baltasar un amor semi caballeresco.

El casamiento se verificó á principios del año 1795. Los dos esposos fueron á Douai á pasar los primeros dias de su enlace en la casa patriarcal de los Claes, cuyos tesoros enriqueció la señorita de Temninck llevando á ella algunos hermosos cuadros de Murillo y de Velazquez, los diamantes de su madre y los magníficos regalos que la envió su hermano, el último duque de Casa-Real.

Pocas mujeres hubo más felices que la señora Claes. Su dicha duró quince años, sin que la empañase la mas ligera nube, y como una viva luz penetró hasta en los mas insignificantes pormenores de la existencia. La mayor parte de los hombres tienen desigualdades de carácter que producen continuas desavenencias, y quitan

á su hogar esa armonia que es el bello ideal del interior doméstico; porque la mayor parte de los hombres están llenos de pequeñeces enjendran las miserias. Uno será probo y activo, pero duro y tósco; otro será bueno, pero testarudo; éste querrá á su mujer, pero será incierto en sus deseos; aquél, preocupado por la ambicion, cumplirá con sus deberes como quien satisface una deuda, y si dá las vanidades de la fortuna, arrebatada en cambio la alegria de todas las horas; en fin, los hombres de la clase media, sobre todo son esencialmente incompletos, sin que por esto desmerezcan de un modo notable. Las gentes de talento son tan variables como los barómetros; únicamente el génio es esencialmente bueno. La verdadera dicha se halla en los dos extremos de la escala moral. Unicamente el barbarote ó el hombre de talento son capaces, uno por debilidad y otro por fuerza, de esa igualdad de carácter, de esa constante dulzura en que se funden las esperanzas de la vida. En el uno obra la indiferencia y la falta de actividad; en el otro, la indulgencia y la continuidad del pensamiento sublime de que es intérprete y que debe asemejarse en el principio y en la aplicacion. Uno y otro son igual-

mente ingénuos y sencillos; sólo que en aquél es el vacío, y en éste la profundidad. Por eso las mujeres listas se hallan siempre dispuestas á unirse á un bestia, á falta de un gran hombre.

Baltasar ejerció, pues, al principio su superioridad sobre las cosas mas insignificantes de la vida. Se complacia en ver en el amor conyugal una obra magnífica, y como ningun hombre de miras elevadas tolera nada imperfecto, quiso desplegar en él todas las bellezas posibles. Su talento modificaba incesantemente la tranquilidad de la dicha, y su noble carácter mezclaba con la gracia toda clase de consideraciones y miramientos. Aun cuando participaba de las ideas filosóficas del siglo xviii, instaló en su casa hasta el año 1801, y á pesar de los compromisos que esto podia acarrearle, á un sacerdote católico, con objeto de no contrariar el fanatismo español que su mujer habia heredado de su madre por el catolicismo romano, y cuando el culto volvió á restablecerse en Francia, acompañó á su mujer á misa todos los domingos. Nunca su afecto abandonó las formas de la pasión. Nunca dió á conocer en su hogar esa fuerza humana cuya proteccion agrada á las mujeres, porque tratándose de

la suya hubiera parecido una especie de lástima ó compasion. Con ingeniosa adulacion, la trataba como su igual y fingia enojarse á veces, como se enoja un hombre con una mujer hermosa cuando quiere poner á prueba su superioridad. Siempre tuvo para ella una dulce sonrisa y una frase cariñosa. La amó por ella y por él, con ese ardor que lleva consigo el elogio continuo de las cualidades y de las bellezas de una mujer.

La fidelidad, que es muchas veces en los maridos el efecto de un principio social, de una religion ó de un calculo, parecia natural en él ó iba siempre acompañada de las dulces lisonjas de los primeros dias de amor; en fin, de todas las obligaciones del matrimonio, la única que desconocia era el deber.

Baltasar Claes halló por otra parte en la señorita de Temnick una verdadera y completa realizacion de sus esperanzas. Ella subyugó su corazón sin causarle y le hizo un hombre siempre dichoso. No solamente no mentia la sangre en la nieta de los Casa-Real y le hacia conocer por instinto esa ciencia que sabe variar el placer hasta lo infinito, sino que tuvo además esa abnegacion sin limites que es el génio de su sexo; como la gracia lo es

de la belleza. Su amor era un fanatismo ciego que la hubiera llevado á morir á la mas pequeña insinuacion. La delicadeza de Baltasar habia exaltado en ella los sentimientos mas generosos de la mujer, y le inspiraba la imperiosa necesidad de dar más de lo que ella recibia. Este cambio mútuo de una dicha prodigada alternativamente, ponía el principio de su vida fuera de sí misma, y reflejaba en sus palabras, en sus miradas y en sus acciones, un amor creciente. Por una y otra parte, el agradecimiento fecundaba y alegraba la vida del corazón, y la seguridad de ser el uno para el otro excluía toda pequeñez y engrandecía los mas insignificantes accesorios de la existencia.

Pero, la mujer contrahecha que parece á su marido bien formada, la mujer coja que gusta así á un hombre, y la mujer entrada en años que parece joven, ¿no son acaso las criaturas mas felices del mundo femenino? La pasión humana no podría ir mas allá. La gloria de la mujer no es hacer adorar lo que en ella parece un defecto. Olvidar que una coja no anda derecho es la fascinación de un momento; pero quererla porque cojea, es la deificación de su vicio de conformidad, Tal vez sería preciso grabar en el Evangelio de

las mujeres esta sentencia: *Bienaventuradas las imperfectas, porque de ellas será el reino del amor.*

Indudablemente, la belleza debe ser una desgracia para la mujer. Su flor pasajera entra por mucho en la pasión que inspira. Se la ama como pudiera amarse á una rica heredera. Pero el amor que hace sentir ó que revela una mujer desheredada de los ángeles atractivos que tanto seducen á los hijos de Adán, es el amor verdadero, la misteriosa pasión que el mundo desconoce, el choque ardiente de dos almas, una pasión que no vé nunca llegar el día del desencanto. Ese mujer posee atractivos que la sociedad no escudriña; es hermosa como debe serlo, y recoge demasiada gloria al hacer olvidar sus imperfecciones para que esta satisfacción la impida ser feliz. Así es que los amores mas célebres de la historia, fueron inspirados casi todos por mujeres á quienes el vulgo hubiera puesto mil defectos. Cleopatra, Juana de Napoles, Diana de Poitiers, la señorita de Lavailliere, madama de Pompadour y la mayor parte de las mujeres á quienes el amor ha hecho célebres, no carecen de imperfecciones ni de achaques; en tanto que la mayor parte de las mujeres cuya

belleza se cita como modelo han visto acabar desgraciadamente sus amores. Este hecho extraño debe de tener su causa: tal vez el hombre vive mas por la pasión que por el placer; tal vez el encanto físico de una mujer hermosa tiene sus límites, al paso que el encanto moral de una mujer medianamente hermosa es infinito. Esta viene á ser la moraleja en que se funda la fábula de las «Mil y una Noches». Si la mujer de Enrique VIII hubiera sido fea, hubiese arrostrado el hacha y conseguido vencer la inconstancia de su amo y señor.

Por un capricho que se explica perfectamente en una joven de origen español la señora Claes era ignorante Sabia leer y escribir; pero hasta la edad de veinte años, en que sus padres la sacaron del convento, no habia leido mas que obras ascéticas. Al entrar en la sociedad se vió devorada por la sed de los placeres y solo adquirió los conocimientos fútiles del tocador; pero se sintió tan humillada por su ignorancia, que no se atrevia á tomar parte en ninguna conversacion, lo cual hizo creer que tenia poco talento. Sin embargo. aquella educacion mística habia conservado á las pasiones toda su fuerza y no habia viciado su talento an-

tural. Tonta y fea como una heredera á los ojos de la sociedad, llegó á ser discreta y hermosa para su marido. Baltasar procuró, durante los primeros años de su matrimonio, darle la instruccion que necesitaba para que no hiciese un papel desairado entre las gentes; pero era sin duda demasiado tarde; ella no tenia memoria mas que en el corazon. No olvidaba nada de cuanto le decia Claes relativo a ellos dos, recordaba las circunstancias más insignificantes de su feliz existencia, pero no se acordaba á las pocas horas de la leccion del dia anterior. Esta ignorancia hubiera producido graves discordias entre otros esposos; pero la señora Claes era tan sencillamente apasionada y amaba á su marido con tanto fervor, que el deseo de conservar su dicha iluminaba su inteligencia y parecia comprenderle siempre ó por lo ménos procuraba que así sucediese. Cuando dos personas se quieren bastante para que cada nuevo dia parezca el primero de su pasion, existen en esta fecunda dicha ciertos fenómenos que cambian todas las condiciones de la vida, y hacen de ella una especie de infancia en que se desprecia todo lo que no es risa, alegría

y placer. Además, cuando la vida es activa y cuando abunda el sentimiento, el hombre no piensa ni discute: se deja llevar por la corriente sin dignarse mirar á la orilla.

Ninguna mujer llegó á comprender mejor que la señora Claes sus deberes de mujer. Tuvo aquella sumision de la flamenca, que dá tanto encanto al hogar doméstico, y aumentó este encanto con el atractivo de su altivez española. Era imponente, sabia hacerse respetar con una mirada en que brillaba el sentimiento de su valor y de su nobleza; pero en presencia de Claes temblaba, porque al cabo de algun tiempo habia acabado por colocarle tan alto y tan cerca de Dios, atribuyéndole todos los actos de su vida y sus mas pequeños pensamientos, que su amor iba siempre mezclado de un respetuoso temor que le prestaba mayor aliciente. Ella adoptó con gusto todas las costumbres de la burguesia flamenca, y cifró todo su orgullo en contribuir poderosamente á la felicidad doméstica, en conservar hasta los mas insignificantes detalles de la casa en su clásica limpieza, en no adquirir nada que no fuese verdaderamente útil y bueno, en presentar siempre en la mesa los platos más delicados.

dos y en que todo lo de su casa se hallase en perfecta armonia con la vida del corazon.

Tuvieron cuatro hijos; dos varones y dos hembras. La mayor, llamada Margarita, nació en 1796. El hijo más pequeño tenía tres años y se llamaba Luciano Baltasar. El amor material fué tan grande en la señora Claes, como el amor que sentia hácia su esposo. Estos dos sentimientos, igualmente poderosos y hasta cierto punto encontrados, sostuvieron en su alma, sobre todo en los últimos años de su vida, un horrible combate. Las lágrimas y el terror impresos en su rostro en el momento en que dá comienzo la narracion del drama doméstico que surgia en aquel pacífico hogar, provenian del temor de haber sacrificado ya sus hijos á su marido.

El hermano de la señora Claes murió sin sucesion directa en 1805. La legislacion española no permitia que su hermana heredase las fincas que pertenecian al patrimonio de la casa; pero él la otorgó en su testamento cerca de sesenta mil ducados, y este legado fué respetado por los herederos de la rama colateral. Aunque el amor que la unia á Claes habia sido siempre ageno á toda idea mezqui-

na de interés, Josefina experimentó cierta alegría al verse dueña de una fortuna casi igual á la de su marido, y se consideró dichosa al poder ofrecer algo á quien tanto y tanto debía. La casualidad hizo, pues, que aquel casamiento, que los calculadores consideraban como una locura, fuese, bajo el punto de vista del dinero, y á los ojos del mundo, un excelente casamiento.

El destino que habia de darse á aquella suma ofreció bastantes dificultades. La casa de Claes era tan rica en muebles en cuadros y en objeto de arte, que parecia difícil añadir nada que fuese digno de cuanto allí se encerraba. El buen gusto de aquella familia habia acumulado inmensos tesoros. Una generacion habia comenzado á reunir buenos cuadros, y la necesidad de completar la coleccion empezada habia hecho que el gusto de la pintura fuese hereditario. Los cien cuadros que adornaban la galería que ponía en comunicacion la parte interior del edificio con las habitaciones exteriores situadas en el primer piso de la casa, significaban tres siglos de afanes y desvelos para llegar á adquirirlos, y otro tanto sucedia con los cincuenta lienzos colocados en los salones de lujo. Eran excelen

tes pinturas de Rubens, de Ruysdael, de Van Dyck, de Terburg, de Garardo Dow, de Teniers, de Mieris, de Pablo Potter, de Wouwermans, de Rembrandt y de Holbein. Los cuadros italianos y franceses estaban en minoría, pero todos eran auténticos y de un mérito extraordinario. Otras generaciones habían tenido el capricho de coleccionar objetos de porcelana china y japonesa; unas se habían dedicado á la adquisición de preciosos muebles, y otras á la de objetos de plata y joyería. En fin, cada jefe de la familia Claes había tenido su manía ó su pasión, porque esto constituye uno de los rasgos mas salientes del carácter flamenco. El padre de Baltasar, entusiasta coleccionador de tulipanes, y último resto de la famosa sociedad holandesa, había dejado una de las más ricas colecciones de cebollas que se han conocido.

Además de esta riqueza hereditaria que representaba un enorme capital, y amueblaba magníficamente aquella antigua casa, sencilla en su exterior como una concha, y como ella nacarada interiormente y adornada con los mas ricos colores, poseía Baltasar Claes una casa de campo en la llanura de Orchies, cuya renta, uuida á mil docientos ducados

anuales, se destinaba á los gastos de su casa, que figuraba al nivel de las mas ricas de la ciudad.

Esta circunstancia hizo pensar á los esposos Claes en los efectos del código civil, que, al disponer la particion por igual de los bienes, tenía que destruir indefectiblemente la casa de Claes y su antiguo museo, dejando casi en la pobreza á cada hijo. Entónces quisieron colocar la fortuna heredada por la señora Claes de modo que cada uno de sus hijos llegase á tener una posicion semejante á la del padre. Baltasar decidió no introducir ninguna modificacion en sus gastos, y aconsejó con instancia á su mujer que comprase un bosque, algo maltratados por las guerras que acababan de terminar, pero que, bien conservados, debian alcanzar de allí á diez años un valor enorme. La herencia sirvió, pues, para hacer aquella magnífica y prudente adquisicion.

La alta sociedad de Douai que trataba al señor Claes, apreciaba tan perfectamente el bello caracter y las buenas prendas de su mujer, que, por una especie de convenio tácito, se hallaba exenta de esos deberes á los cuales se dá tanta importancia en las pequeñas poblaciones

Iba, pues, rara vez de visita, por mas que sus relaciones la visitasen con frecuencia. Recibia todos los miercoles y daba tres grandes comidas al mes. Todo el mundo comprendia que e.lla se hallaba más á gusto en su casa, en la cual la retenian, por otra parte, el amor á su marido y los cuidados que reclamaba la educacion de sus hijos. Pasaba una parte del año en el campo y todo el invierno en la ciudad. Esta fué, hasta el año 1809, la conducta de este matrimonio, conforme en un todo á los usos y practicas de la vida. La existencia de estos dos séres, llena de amor y de alegria, se asemejaba exteriormente á otra cualquiera. La passion de Baltasar Claes por su mujer, y que ésta sabia perpetuar, parecia, como él mismo hacia notar, emplear su constancia innata en el cultivo de la dicha, no menos importante que el de los tulipanes, dicha con que soñaba desde su infancia, y le impedia tener su mania como cada uno de sus antecesores habia tenido la suya.

Al terminar aquel año, sufrió funestas alteraciones el modo de ser de Baltasar, pero tan paulatinamente, que al principio la señora Claes no juzgó necesario averiguar la causa de aquel cambio. Una

noche, su marido se acostó vivamente preocupado, y ella creyó cumplir un deber no dirigiéndole ninguna pregunta. Su delicadeza femenina y sus hábitos de sumisión la habían acostumbrado á esperar las confidencias de Baltasar, cuya confianza le estaba garantida por un cariño tan verdadero que no daba lugar al menor recelo. Aunque tenía la seguridad de obtener una respuesta siempre que se permitía hacer una pregunta curiosa, había conservado siempre de sus primeras impresiones en la vida, el temor de un desaire. Por otra parte, la enfermedad moral de su marido tuvo ciertas fases, y no llegó sino muy paulatinamente á esa intolerable violencia que destruye la dicha del hogar. A pesar de sus muchas ocupaciones, Baltasar continuó durante algunos meses comunicativo y afectuoso, y el cambio de su carácter sólo se manifestaba entónces por sus frecuentes distracciones. La señora Claes esperó durante mucho tiempo á que su marido la revelase el secreto de sus trabajos, creyendo que tal vez no querría decirlo hasta tanto que hubiesen dado resultados útiles, porque muchos hombres tienen un orgullo que les obliga á ocultar sus luchas y á no darse á conocer

hasta que han alcanzado la victoria. En el día del triunfo, la felicidad doméstica debía reaparecer tanto mas brillante quanto que Baltasar notaba este vacío en su vida amorosa, y su corazón se negaba à vivir de aquella suerte. Ella le conocia lo suficiente para saber que él no podría perdonarse à sí mismo el haber hecho à su Pepita ménos dichosa durante algunos meses. La pobre mujer guardaba silencio, experimentando cierta alegría en sufrir por el hombre à quien tanto amaba. Su pasión se asemejaba à esa piedad española que no se aparta nunca de la fé en materias de amor y no comprende la pasión si no va mezclada con el sufrimiento. Aguardaba, pues, que Baltasar volviese à su antiguo afecto y exclamaba todas las noches:—Tal vez suceda mañana mismo, esperando su felicidad como se espera à un ausente.

Entregada à estas secretas agitaciones, dió à luz su último hijo. ¡Horrible revelacion de un doloroso porvenir! En esta situacion, el amor fué, entre las ocupaciones de su marido, como una especie de distraccion mas agradable que las demas, y su orgullo de mujer, ofendido por la primera vez, le hizo sondear la

profundidad del abismo desconocido que la separaba para siempre del Claes de los primeros días.

A partir de este momento, empeoró el estado de Baltasar. Aquel hombre, que entregado en otro tiempo constantemente á la felicidad doméstica, pasaba horas enteras jugando con sus hijos, revolcándose con ellos sobre la alfombra de su sala ó en las calles de árboles del jardín, y que parecia no poder vivir sin la luz de los negros ojos de su Pepita, no echó de ver que su mujer se hallaba en cinta, olvidó que debia vivir en el seno de la familia y se olvidó hasta de sí mismo. Cuando mas tardaba la señora Claes en preguntarle el objeto de sus ocupaciones, ménos valor tenia para efectuarlo; á la sólo idea de tener que hablarle de este particular, sentia hervir la sangre en sus venas y notaba que le faltaba la voz. Cuando su alarma subió de punto, creyó que habia cesado de agradar á su marido. Este temor se apoderó de ella, la desesperó, la exaltó y llegó á ser el origen de largas horas de melancolía y de tristes pensamientos. Ella justificó á Baltasar á expensas suyas, mirándose vieja y fea; luego entrevió un pensamiento generoso, pero humillante para si misma,

en el trabajo con que él se hacía una fidelidad negativa, y quiso devolverle su independencia dejando que se estableciera uno de esos divorcios secretos que son el misterio de la felicidad que gozan aparentemente algunos matrimonios. Sin embargo, antes de dar el último adiós á la vida conyugal, trató de leer en el fondo de aquel corazón, pero lo halló cerrado. Ultimamente vió á Baltasar indiferente respecto de todo cuanto había amado, descuidar sus tulipanes en flor y no volver á ocuparse de sus hijos. Sin duda se hallaba entregado á algunas de esas pasiones en que no toma parte el corazón, pero que, según las mujeres, no por eso dejan de destruirle ménos. El amor dormitaba y no había desaparecido; esto fué un consuelo; pero la desdicha siguió siendo la misma.

‡ La continuidad de aquella crisis, se explica con una sola palabra: la esperanza, que es el secreto de todas esas situaciones conyugales. En el momento en que la pobre mujer llegaba á un grado de desesperación que le prestaba aliento para interrogar á su marido, era cuando volvía á hallar horas de tranquilidad, durante las cuales Baltasar le probaba que si estaba sujeto á algunos pensa-

mientos diabólicos, no eran bastantes á impedir que de cuando en cuando fuese el mismo de siempre.

Durante aquellos instantes en que ella creía ver el cielo abierto, apresurábase á gozar de su dicha y no quería enturbiarla con ninguna inconveniencia; luego, cuando se decidía á interrogar á Baltasar, en el momento de ir á hablarle, escapábase éste de pronto, dejandola bruscamente, ó volvía á reanudar sus interrumpidas meditaciones sin que nada ni nadie fuera capaz de hacerle volver en sí.

Muy luego la reaccion de la parte moral sobre la física comenzó sus estragos, imperceptiblemente al principio, pero de un modo harto visible para una mujer amante que seguía el pensamiento secreto de su marido hasta en sus más ligeras manifestaciones. Costábale á veces mucho trabajo contener sus lágrimas al verle, despues de la comida, hundido en un sillón al lado de la chimenea, taciturno y pensativo, con la mirada fija en la pared y sin notar el silencio que reinaba á su alrededor. Ella observaba con terror los cambios insensibles que desgradaban aquel rostro que el amor habia hecho tan sublime para ella. La vida del alma se

escapaba por momentos y la pobre armazón física iba quedándose sin expresión alguna. Los ojos tomaban á veces un color vidrioso y parecía que la vista, girando sobre su centro, dirigía sus funciones al interior. Cuando se acostaban los niños, después de algunas horas de silencio y de soledad, llenas de pensamientos espantosos, si la pobre Pepita se atrevía a preguntar.—Amigo mío, ¿estas malo? Baltasar no respondía casi nunca, y si lo hacía, volvía en sí temblando como un hombre á quien se arranca bruscamente al sueño, y pronunciaba un *nó* seco y cavernoso que caía como una piedra sobre el corazón de su acogida mujer.

Aunque ella ocultaba á sus amigos la extraña situación en que se hallaba, se vió obligada á romper su silencio. Toda la ciudad se ocupaba del trastorno intelectual del señor Claes. Como sucede en análogas circunstancias, la sociedad le habia convertido en objeto de sus investigaciones y sabía de él muchas particularidades ignoradas por la señora Claes. Sin embargo, á pesar del mutismo impuesto por las conveniencias sociales, varios amigos la manifestaron tan viva inquietud, que se vió obligada á justificar

las rarezas de su marido.

Baltasar, según ella, había emprendido un gran trabajo que le absorbía por completo, pero cuyo resultado debía constituir una gloria para su familia y para su patria.

Esta misteriosa explicación halagaba muy mucho á una ciudad en que el amor al país y el deseo de aumentar su fama son bastante exagerados, y no dejó de producir en todos los ánimos una reacción favorable para el señor Claes. Las suposiciones de su mujer eran, por otra parte, bastante fundadas. Varios operarios de distintas profesiones habían trabajado durante mucho tiempo en la guardilla de la casa principal, que era el sitio en que Baltasar pasaba encerrado todo el día. Pero la señora Claes supo con gran dolor, por indicaciones que le hicieron sus más íntimas amigas, que su marido compraba continuamente en París instrumentos de física, materias preciosas, libros y máquinas, y estaba, según se decía, labrando su ruina para lograr el descubrimiento de la piedra filosofal; era preciso; añaden las amigas, que ella pensase en sus hijos y en su propio porvenir, porque sería un crimen que no emplease su influencia para hacer que su

marido se apartase de la funesta senda que habia emprendido. La señora Claes supo imponer silencio á aquellos absurdos discursos, pero se sintió sobrecogida de terror á pesar de su aparente tranquilidad, y resolvió abandonar la conducta de prudencia y abnegacion que hasta entonces habia seguido. Revistióse de todo su valor y se atrevió á preguntar á Baltasar por qué se mostraba tan cambiado y cuál era el motivo de su constante aislamiento.

Baltasar frunció las cejas y respondió.

—Querida mía, tú no entiendes de estas cosas.

Un dia insistió Josefina con mayor fuerza, quejándose con dulzura de no conocer todos los pensamientos de aquel á quien habia consagrado toda su vida.

—Puesto que eso te interesa tanto, respondió Baltasar sentando á su mujer sobre sus rodillas y acariciando suavemente sus negros cabellos, te diré que me he consagrado á la química y soy el hombre más dichoso del mundo.

Dos años despues del invierno en que el señor Claes se dedicó á la química, cambió totalmente de aspecto su casa: los amigos, sorprendidos de la constante

distracion del sábio, temieron importunarle, y la señora Claes ménos amable á consecuencia de sus secretos pesares, sólo recibia á sus intimas amigas Baltasar no iba á ninguna parte; encerrábase en su laboratorio durante todo el dia permanecia á veces en él durante la noche, y sólo se reunia con su familia á la hora de comer Desde entónces dejó de pasar el verano en el campo y su mujer se negó á ir sola. Algunas veces salia Baltasar de su casa, y daba largos paseos que duraban hasta el amanecer, dejando á la señora Claes entregada á la mas viva inquietud durante toda la noche, porque despues de hacer que le buscasen inútilmente en una ciudad cuyas puertas se cerraban durante la noche, segun es, costumbre en las plazas fuertes, no podia hacer que saliera nadie á buscarle por el campo. Aquella desgraciada mujer no tenía ni áun la esperanza mezclada de un ustia que nace de la posibilidad de lograr lo que se espera, y se veia obligada á prolongar su martirio hasta el dia siguiente. Luego resultaba que á Baltasar se le habia hecho tarde para llegar á la ciudad antes de que cerracen las puertas, y entraba el dia siguiente en su casa sin sospechar siquiera

el atroz martirio que su distraccion habia causado á toda la familia. La dicha de volver á verle producía en su mujer una crisis tan peligrosa como los temores causados por su ausencia. Ella callaba y no se atrevía á interrogarle, porque cuando tenia valor para hacerlo, contestaba él sorprendido:

—Pero, mujer, ¿es que no puede uno pasarse?

Las pasiones no saben engañar. Los temores de la señora Claes justificaron todos los rumores que ella habia tratado de desmentir. Su juventud la habia acostumbrado á conocer la simulada compasion de las gentes, y para no tener que soportarla, se encerró cada vez más en el fondo de su casa y llegó á verse abandonada de sus últimos amigos

El desorden en el vestir, que tanto degrada á un hombre de elevada posicion, llegó á tal extremo en Baltasar, que no fué ésta una de las causas que ménos afligieron á una mujer acostumbrada á la exquisita limpieza de las flamencas. Josefina, puesta de acuerdo con Lemulquinier, ayuda de cámara de su marido, remedió durante algun tiempo aquel horrible destrozo de las prendas de vestir;

EL MANIÁTICO.

pero tuvo luego que renunciar á su proposito, porque todo trage nuevo volvió á ser inmediatamente destrozado.

Aquella mujer, dichosa durante quince años, se vió de repente, y segun todas las apariencias, alejada de aquel corazon en que reinó en otro tiempo. Española de origen, se despertó en ella la pasion de la mujer española, porque vió en la ciencia una rival que la arrebatava su marido. El tormento de los celos devoró su corazon y dió una nueva vida á su amor. Pero, ¿qué habia de hacer contra la ciencia? ¿Como combatir su poder incesante, tiránico y siempre creciente? ¿Cómo matar á una rival invisible? ¿Como una mujer, cuyo poder está limitado por la natureleza, ha de luchar con una idea cuyos goces son infinitos y cuyos atractivos tienen siempre el encanto de la novedad? ¿Qué hacer contra la coqueteria de las ideas que se refrescan y renacen cada vez mas hermosas á medida que luchan con nuevas dificultades, y arrastran al hombre tan léjos del mundo que le hacen olvidar sus más caras afecciones?

Un dia, á pesar de las ordenes terminantes que tenia dadas Baltasar, decidió su mujer no separarse de su lado, encon-

rrarse con él en aquella guardilla en que vivia aislado y combatir frente á frente á su rival; acompañando á su marido durante las largas horas que consagraba á aquella terrible enemiga. Quiso penetrar secretamente en aquel misterioso laboratorio de seducción, y adquirir el derecho de permanecer siempre en él. Trató pues, de compartir con Lemulquinier el derecho de entrar en el laboratorio; pero para que éste no fuese testigo de la disputa á que esto podia dar lugar, esperó un dia en que su marido no necesitase del ayuda de cámara.

Hacia algun tiempo que ella expiaba las idas y venidas de este criado con una impaciencia mezclada de ódio, porque él sabia todo lo que ella deseaba averiguar, lo que su marido le ocultaba y lo que ella se atrevia á preguntar. ¡Ella, que era la esposa, le inspiraba menos confianza que Lemulquinier! Acercóse á aquel misterioso recinto temblorosa y considerándose casi feliz, pero por la primera vez de su vida; vió estallar la cólera de Baltasar. Apénas entreabrió la puerta, le salió al encuentro su marido, la cogió de un brazo y la empujó tan furiosamente hácia la escalera, que faltó poco para que la pobre mujer la bajase rodando.

—¡Bendito sea Dios! gritó Baltasar levantándola del suelo, ¿vives aún?

Una máscara de cristal había caído rota en pedazos sobre la señora Claes, quien vió á su marido pálido, desencajado y lleno de terror.

—Querida mia, dijo profundamente abatido y sentándose en uno de los pedazos de la escalera; te tengo prohibido que vengas aquí. El cielo te ha salvado de una muerte segura. Gracias a que yo tenía los ojos fijos en la puerta! Hemos estado á punto de perecer.

—¡Qué dicha hubiera sido para mí dijo ella.

—¡Se ha echado á perder mi preparación! repuso Baltasar. Unicamente á ti pudiera yo perdonar este disgusto. ¡Estaba ya á punto de descomponer el ázoe! Vamos, véte á tus ocupaciones.

Baltasar entró de nuevo en su laboratorio.

—*¡Estaba ya á punto de descomponer el ázoe!* exclamó para sí la pobre mujer dirigiéndose hácia su habitacion, en donde rompió á llorar amargamente.

Esta frase era ininteligible para ella. Los hombres, acostumbrados por su educacion á darse cuenta de todo, no saben lo horrible que es para una mujer no po-

dar comprender el pensamiento del hombre á quien aman. Más indulgentes que nosotros, esas divinas criaturas no nos dicen cuándo dejamos de comprender el lenguaje de sus almas; temen que conocamos la superioridad de sus sentimientos, y ocultan entónces sus dolores con la misma alegría con que callan sus secretos goces; pero mucho más ansiosas de amor que nosotros, más bien que el corazón del hombre, quieren apoderarse de todos sus pensamientos. Para la señora Claes, el no saber nada de la ciencia á que se consagraba su marido, engendraba un despecho más violento que el que hubiera podido causar la belleza de una rival. Una lucha de mujer á mujer deja á la que más le quiere la ventaja de amar más, pero este despecho revelaba la impotencia y humillaba todos los sentimientos que nos hacen agradable la vida. ¡Ella no sabía! Existía para ella una situación en que su ignorancia la separaba de su marido. Y como última y más horrible tortura, él luchaba continuamente entre la vida y la muerte y corría graves peligros, lejos de ella y sin que ella los compartiese, sin que ella los conociese. Esto era un infierno, una prisión moral sin salida, sin esperanza. La seño-

ra Claes quiso conocer al ménos los atractivos de aquella ciencia, y se puso á estudiar en secreto algunas obras de química. Entónces esta familia vivió como encerrada en un cláustro, y rompió por completo con todos sus amigos.

Tales fueron las transiciones sucesivas porque la desgracia hizo pasar á la Casa de Claes, antes de atraer hacia ella esa especie de muerte civil que la agobiaba en los momentos en que dá principio esta historia.

Pero esta violenta situacion se complicó aún más. El desinterés de la señora Claes, como el de todas las mujeres apasionadas, no reconocia límites. Los que aman verdaderamente, saben lo poco que significa el dinero cuando se trata de una pasion, y cuán difícilmente pueden hermanarse ambas cosas. Sin embargo, ella sintió una cruel emocion al saber que su marido debía una suma de trescientos mil francos hipotecada sobre sus propiedades. La autenticidad de los contratos daba mayor fuerza á la inquietud, á los rumores y á las conjeturas de las gentes. La señora Claes, justamente alarmada, se vió obligada, á pesar de su orgullo, á interrogar al notario de su marido, á revelarle el secreto de sus do-

lores ó á dejarselos adivinar, y á oír por fin esta humillante pregunta.

—¿Pero uos ha dicho nada todavía el señor Claes?

Afortunadamente el notario de Baltasar era casi pariente suyo, y hé aquí cómo. El abuelo del señor Claes se habia casado con una Pierquin de Anvers, de la misma familia que los Pierquin de Douai. Desde que se verificó este matrimonio, éstos, aunque extraños á los Claes, se llamaban primos suyos. El señor Pierquin, jóven de veintiseis años, que acababa de heredar el cargo de su padre, era la única persona que los Claes recibían en su casa. Josefina vivía hacía algunos meses en una soledad tan completa, que el notario tuvo necesidad de confirmarle la noticia de los desastres que todo el mundo conocía en la ciudad. El la dijo que, según toda apariencia, su marido debía sumas considerables á la casa que le abastecía de productos químicos, porque despues de haberse informado de la fortuna y de la consideracion que gozaba el señor Claes, aquella casa daba cumplimiento á todos sus pedidos sin inquietarse en los mas mínimo de la importancia de los créditos.

La señora Claes encargó al señor Pier-

quin que pidiese la factura de los artículos remitidos á su marido. Dos meses despues, los señores Protez y Chiffreville fabricantes de productos quimicos, enviaron un extracto de cuenta que ascendia á cerca de cien mil francos. La señora Claes y Pierquin estudiaron aquella factura con una sorpresa cada vez mayor. Aunque muchos artículos designados científica ó comercialmente les eran desconocidos, vieron con espanto en aquella cuenta várias partidas de metales y de diamantes de todas clases, pero en pequeñas cantidades. El total de la deuda se explicaba facilmente por la multiplicidad de los artículos, por las precauciones necesarias para el transporte de ciertas sustancias ó para el envío de máquinas costosas, por el precio exorbitante de algunos productos que se obtienen con suma dificultad, y por el valor de los instrumentos de física ó de química confeccionados segun las instrucciones del señor Claes. El notario, en interés de su primo, habia tomado informes de los señores Protez y Chiffreville, y la probidad de estos negociantes respondia de la moralidad de sus operaciones con el señor Claes, al cual participaban muchas veces los resultados obteni-

dos por los quimicos de París, con objeto de evitar que hiciese gastos en ciertos experimentos.

La señora Claes rogó al notario que no hablase à nadie de aquellos excesivos gastos, que todo el mundo hubiera calificado de locuras; pero Pierquin le manifestó que para no amenguar el crédito de que gozaba el señor Claes, habia ya retardado todo lo posible las obligaciones notariadas que habia sido preciso celebrar, dada la importancia de las sumas anticipadas. Reveló sin ambages todo lo que la situacion tenia de difícil y comprometida, y dijo à su prima, que si ella no podia impedir à su marido que gastase tan locamente su fortuna, dentro de seis meses los bienes patrimoniales quedarían hipotecados, por una cantidad superior à su valor. Yo, por mi parte, añadió el notario, he hecho à mi primo todas las observaciones posibles para salvarle de este precipicio, pero no he podido conseguir absolutamente nada. El señor Claes me ha manifestado, de una vez para siempre, que trabaja por la gloria y la fortuna de su familia.

De este modo; à los tormentos del corazón que la señora Claes soportaba ha-

EL MANIÁTICO.

cia dos años, se unió un temor horrible e incesante que daba al porvenir un aspecto espantoso. Las mujeres tienen presentimientos cuya exactitud raya en lo prodigioso. ¿En qué consiste que temen mucho más que esperan, cuando se trata de los intereses de la vida? ¿Por qué tienen fé únicamente en las grandes ideas del porvenir religioso? ¿Por qué adivinan con tanta habilidad todas las catástrofes y todas las crisis? Tal vez la pasión que las une al hombre á quien aman, las permite fácilmente pesar las fuerzas, estimar las facultades, conocer los gustos, las pasiones, los vicios y las virtudes; y el continuado estudio de estas causas, ante las cuales se hallan constantemente, les dá sin duda el fatal poder de prever sus efectos en todas las situaciones imaginables. Lo que ven del presente las hace juzgar del porvenir con una habilidad que se explica fácilmente por la perfección de su sistema nervioso, que la permite ser sutiles diagnósticos del pensamiento y de las pasiones. Todo en ellas vibra á la par de las grandes conmociones morales, y entónces, ó siente ó ve. Aunque separada de su marido hacia dos años, la señora Claes presentia la pérdida de toda su fortuna. Ella habia com-

prendido el reflexivo arrebató y la inalterable constancia de Baltasar. Si era verdad que trataba de hacer oro, era muy capaz de fundir en su crisol hasta el último pedazo de pan de que pudiera disponer. Pero, ¿qué es lo que buscaba?

Hasta entónces, la pasión maternal y el amor conyugal habían estado perfectamente confundidos en el corazón de aquella mujer. Pero de repente, el amor de la madre se hizo superior en algunas ocasiones el amor de la esposa. Aunque dispuesta á sacrificar su fortuna y hasta sus hijos en aras de la felicidad del hombre que la había amado y adorado y para quien era todavía la única mujer que había en el mundo, los remordimientos que despertaba en ella la debilidad de su amor maternal, la colocaban en una horrible alternativa. Como mujer, sentía, sufría su corazón; como madre, sufría por sus hijos, y como cristiana, sufría por todos, pero callaba y ocultaba en el fondo de su alma estas terribles tempestades. Su marido, único árbitro del porvenir de su familia, era dueño de disponer á su antojo todo cuanto á ella se refiriese, y sólo á Dios tenía que dar cuenta de sus actos. Por otra parte, ¿podía la señora Claes pedirle cuentas de su fortu-

na, despues del desinterés que él habi^a mostrado durante diez años de matrim^o. nio? ¿Podia ella convertirse en juez de sus intenciones? Pero su conciencia, de acuerdo con la pasion y con las leyes, le decia que los padres eran los depositarios de su fortuna, y no tenia el derecho de enagenar la felicidad material de sus hijos. No atreviendose á resolver estas árduas cuestiones, preferia cerrar los ojos, imitando á las gentes que rehusan ver el abismo á cuyo fondo saben que deben ir á parar.

Hacia seis meses que su marido no le entregaba ningun dinero para los gastos de la casa. Maudó vender en París, con todo sigilo, los ricos aderezos de diamantes que su hermano le habia regalado el dia de su boda, é introdujo en la casa la mas exagerada economia. Despidió el aya de los niños y á la nodriza de Luciano, que era el mas pequeño. Suprimió el crecido gasto de los carruajes y del personal de las cocheras, fundandose en que el aislamiento en que vivia los hacía innecesarios. A pesar de la bondad de estas razones, no trató de justificar sus reformas con ninguna clase de pretextos, hasta entónces los hechos habian desmentido sus palabras, y el silencio era en lo

sucesivo lo que juzgaba mas conveniente. Estas economias no necesitaban justificacion alguna en un país en que, como sucede en Holanda, el que gasta toda su renta pasa por loco. Su hija mayor Margarita, iba ya a cumplir diez y seis años, y su madre pensaba procurarle un buen partido, digno de una jóven parienta de los Molinas, de los Van Ostrom Temniuke y de los Casa Real.

Algunos dias antes del en que dá principio esta historia, se había agotado ya el dinero de los diamantes. Este mismo dia, á las tres de la tarde, al ir la señora Claes á visperas en compañía de sus hijos, encontró al Sr. Pierquin que iba á visitarla, y la acompañó hasta San Pedro, hablándole en voz baja de su situación.

—Querida prima, le dijo antes de entrar en la iglesia, la amistad que me une á vuestra familia me impide ocultaros el peligro en que os hallais y me obliga á rogaros que habléis de esto con vuestro marido. Vos únicamente podeis detenerle al borde del abismo en que se encuentra. Las rentas de los bienes hipotecados no bastan á satisfacer los intereses de las cantidades prestadas; así es que hoy por hoy no teneis renta ninguna. Si haceis

una corta en los bosques de vuestra pertenencia, perdeis la única esperanza de salvacion que os queda para el dia de mañana. Van Claes debe en la actualidad treinta mil francos á la casa de Protez y Chiffreville de Paris. ¿Con qué los pagareis y con qué vivireis? ¿Qué será de vosotros, si Claes continúa pidiendo reactivos, objetos de óptica; pilas de Volta y otras chucherías? Toda su fortuna, ménos su casa y su mobiliario, se ha ido ya en gas y en carbon. ¿Sabeis lo que dijo ayer cuando se trató de hipotecar su casa?—¡Demonio! ¡Demonio! Esta es la única prueba de lucidez que ha dado en estos tres últimos años.

La señora Claes, llena de dolor, estrechó el brazo de Pierquin, elevó al cielo su mirada, y dijo:

—¡No habéis de esto con nadie!

A pesar de su fervor religioso, la pobre mujer, aterrorizada por aquellas revelaciones tan claras como terribles, no pudo hacer oracion. Permaneció en su silla, rodeada de sus hijos, abrió su devocionario y no acertó á leer en él una sola palabra. Habia caído en una contemplacion tan absorbente como la de su marido. El honor español y la probidad flamenca resonaban en su alma con una

poderosa voz. ¡La ruina de sus hijos era ya un hecho! Entre ellos y el honor de su padre no cabia vacilacion alguna. La perspectiva de una próxima lucha entre ella y su marido la aterrorizaba; porque él era á sus ojos tan grande y tan imponente, que su voz producía en ella tanta agitacion como la idea de la majestad divina. Tenía que abandonar aquella constante sumision en que habia permanecido santamente como buena esposa. El interés de sus hijos la obligaba á contrariar en sus gustos al hombre á quien idolatraba. Iba á verse en la necesidad de hablarle de cosas positivas cuando él remontase el vuelo de su imaginacion por las altas regiones de la ciencia; iba á tener que arrancarle violentamente de un mágico ensueño para sumergirle en lo que la materialidad tiene de mas espantoso para los artistas y para los grandes hombres. Para ella, Baltasar Claes era un gigante de la ciencia y un hombre llamado á ser un genio, porque únicamente abrigando las más ligeras esperanzas, podía haberla olvidado. Era además un hombre tan sensato y hablaba con tanto talento sobre toda clase de materias, que por fuerza debia estar en lo cierto al decir que trabajaba por la

gloria y la fortuna de su familia. Su amor para con su mujer y sus hijos era inmenso; nflujo, y este doble amor no podia haber desaparecido: tal vez habia aumentado al reproducirse bajo otra forma. Ella tan noble, tan generosa y tan débil, iba á verse en la necesidad de hacer resonar constantemente al oido de aquel gran hombre la palabra dinero y el sonido del dinero; iba á tener que mostrarle las llagas de la miseria y hacerle oir los gritos de la afliccion, cuando él estuviese oyendo los melodiosos acentos de la fama. Esto iba á disminuir tal vez el cariño que él la profesaba. Si ella no hubiese tenido hijos, hubiera aceptado con valor y hasta con alegria el nuevo destino que su marido le preparaba. Las mujeres criadas en la opulencia comprenden pronto el vacio que ocultan sus tristes goces materiales; y cuando su corazon, más bien fatigado que marchito, les ha hecho hallar la dicha de un cambio constante y recíproco de verdaderos afectos, no se asustan de una existencia precaria, que viene á aumentar la pasion del hombre que ha sabido quererlas hasta entonces. Sus pensamientos y sus goces se hallan sometidos á los caprichos de esta vida independiente de la suya; y,

para ellas, la única desgracia temible es perderla.

En aquel momento sus hijos la separaban de su verdadera vida, tanto como Baltasar se habia separado de ella por la ciencia. Cuando salió de vísperas se dejó caer en su mecedora, despidió á sus hijos y les recomendó el más profundo silencio. Avisó á su marido que fuera á verla, pero á pesar de todos los esfuerzos del ayuda de cámara, Baltasar continuó en su laboratorio. La señora Claes habia ya tenido tiempo de reflexionar. Permaneció pensativa y en una completa abstraccion. La idea de deber treinta mil francos y no poder pagarlos, despertó los antiguos dolores, uniéndolos á los del presente y á los del porvenir; esta agrupacion de ideas y de sensaciones acabó de abandonarla y lloró.

Cuando vió entrar á Baltasar, notó una terrible su fisonomía, mas inquieta, mas desencajada; al ver que no le respondia, quedó al pronto fascinada por la firmeza de su mirada y por todas las abrasadoras ideas que parecian reflejarse en su prolongada frente; y bajo la influencia de esta impresion, deseó la muerte. Luego, cuando le oyó con tranquilo

acento expresar un deseo científico, precisamente cuando ella tenía el corazón destrozado, recobró todo su valor, resolvió luchar contra aquel espantoso poder que le había arrebatado un amante, que había robado un padre á sus hijos, una fortuna á su casa, y una dicha completa á todos. No pudo reprimir, sin embargo, la agitacion que la dominaba, porque se hallaba en aquel momento en una de las situaciones más difíciles de su vida. En esta situacion se encerraba todo su pasado y todo su porvenir.

Las gentes débiles; las personas tímidas, ó aquellas á quienes la vivacidad de sus sensaciones aumenta las menores dificultades de la vida; los hombres que, á pesar suyo, se sienten sobrecogidos en presencia de los árbitros de su destino, comprenderan ahora los mil pensamientos que se agitaban confusamente en el cerebro de aquella mujer, y los sentimientos que desgarraban su corazón, cuando su marido se dirigió lentamente hácia la puerta del jardín.

III

Lo absoluto

La mayor parte de las mujeres conocen las angustias de la suprema lucha que sostenia la señora Claes, así es que aún aquellas que sólo han pasado por el duro trance de tener que declarar á su marido que han gastado mas de lo presupuestado ó que han quedado á deber algo en la tienda de modas, comprenderán sin duda lo mucho que debe sufrirse cuando en estos asuntos se trata de la felicidad de toda la vida. Una mujer hermosa aparece llena de encanto al arrojarse á los piés de su marido, y encuentra mil recursos en las diferentes actitudes con que expresa su dolor; pero el conocimiento de sus defectos físicos aumentaba más y

mas los temores de la señora Claes. Al ver que Baltasar se disponia á salir, su primer impulso fué precipitarse en sus brazos, pero un oruel pensamiento la contuvo. ¡No se atrevió á ponerse de pié! Temió aparecer ridícula á los ojos de un hombre que no se hallaba ya fascinado por el amor, y hubiera preferido perder su fortuna y sus hijos antes que aminorar su prestigio de mujer. Quiso evitar todo cuanto pudiera serle desfavorable en aquellos solemnes instantes, y gritó con voz fuerte:—¡Baltasar!

Este se volvió maquinalmente y tosió. Pero sin fijarse en su mujer, fué á escupir en una de esas cajitas cuadradas que se colocan de trecho en trecho en todas las salas de Holanda y de Bélgica. Aquel hombre que no pensaba en nadie, no se olvidaba nunca de las escupideras, porque ésto era en él una costumbre inveterada. Pero la pobre Josefina que no podia comprender una cosa tan rara, el excesivo cuidado que tenía su marido del mobiliario le producía siempre una terrible angustia; pero en aquel momento, se sintió tan violentamente disgustada, que gritó con un acento lleno de impaciencia que revelaba todo su comprometido enojo:

—Estov hablándoos, señor mio.

—¿Qué significa eso? respondió Baltasar volviéndose vivamente y lanzando á su mujer una mirada de fuego que vino á herirla como un rayo.

—Dispensadme, amigo mio, dijo pali-deciendo.

Quiso levantarse y tenderle la mano, pero le faltaron las fuerzas y volvió á caer en su asierito.

—¡Yo me muero! dijo con voz entrecortada por los sollozos.

Al oír esto, Baltasar experimentó, como todas las personas distraídas, una viva reaccion y adivinó, por decirlo así, el secreto de aquella crisis; cogió euseguida entre sus brazos á la señora Claes, abrió la puerta que daba al recibimiento, y subió la escalera con una rapidez vertiginosa. Dió un puntapié á la puerta del vestibulo que daba acceso á las habitaciones de ambos, pero la habitacion de su mujer estaba cerrada.

Colocó suavemente á Josefina sobre un sillón y exclamó:

—Dios mio, ¿en dónde está la llave?

—Gracias, amigo mio, respondió la señora Claes, abriendo los ojos. Ya hacia mucho tiempo que no me hallaba tan cerca de tu corazon como ahora.



—¡Dios mio! gritó Claes, ¡la llave! Aquí vienen los criados.

Josefina le hizo señas para que cogiese la llave que llevaba sujeta con una cinta á lo largo de su vestido. Baltasar abrió, colocó á su mujer sobre un canapé, y salió para impedir que sus criados, que debían estar alarmados, subiesen hasta allí, mandándoles que sirviesen al instante la comida. Euseguida volvió al lado de su mujer.

—¿Qué tienes, vida mia? dijo sentándose cerca de ella y besándole la mano.

—Ya no tengo nada, respondió; ya me encuentro bien. Baltasar, yo quisiera tener el poder de Dios, para poner á tus piés todo el oro del mundo

—¿Qué hablas de oro? preguntó atrayéndola hácia sí y estrechándola y besándola en la frente; ¿acaso no me das inmensas riquezas, amándome como me amas, prenda querida de mi corazón?

—¡Ay, Claes! ¡si quisiera el cielo que disipases las angustias de nuestra vida como disipas con tu voz las penas de mi alma! Pero ya veo que eres siempre el mismo.

—Querida mia, ¿de qué angustias hablas?

—Pero, Baltasar, ¿no sabes que estamos arruinados?

—¿Arruinados?

Y al hacer esta pregunta comenzó à sonreirse, acariciando la mano de su mujer sujetándola entre las suyas, y dijo con aquella dulce voz que no se le oía desde mucho tiempo:

—Ay, ángel mio, puede que mañana no reconozca límites nuestra fortuna. Ayer, buscando otros secretos mas importantes, creo que he dado con el medio de cristalizar el carbono. Ah, mujercita mia, ya me perdonarás mis distracciones dentro de algunos dias. Hace un momento te he tratado con despego, pero sé indulgente con un hombre que nunca ha cesado de pensar en tí, y cuyos trabajos tienden solamente à tu dicha y à la de nuestra familia.

—Basta, basta, dijo ella; ya hablaremos de todo eso esta noche, amigo mio. El dolor me asesinaba hace un momento; ahora me está matando el placer.

Efectivamente, no esperaba ella volver à ver reflejarse en aquel semblante la amorosa pasion de otros tiempos, ni creía volver à oír aquella voz siempre tan dulce, ni hallar nuevamente todo cuanto creía haber perdido.

—Bien, repuso él; esta noche hablaremos. Si vuelvo à abismarme en mis meditaciones, recuérdame esta promesa. Esta noche abandonaré mis cálculos y mis trabajos, y gozaré de todas las alegrías de la familia, dando rienda suelta à las voluptuosidades del corazón. Bueno falta me hace, Pepita mia.

—¿Y me dirà entónces qué es lo que tú buscas?

—¡Pero, criatura, no entenderias ni una palabras!

—Estás equivocado, amigo mio. Hace cerca de cuatro meses que estudio la quimica para poder hablar contigo de estos asuntos. He leído las obras de Fourroir, Lavoisier, Chaptal, Nollet, Ronelle, Berthollet, Gay-Lussac, Spalanzani, Leuwenhock, Galvani y Volta, y todos los libros relativos à la ciencia que cultivar; por consiguiente, puedes confiarme todos tus secretos.

—¡Eres un ángel! exclamó Baltasar arrodillandose à los piés de su mujer y llorando de alegría. ¡asi podremos entendernos perfectamente en todo!

—¡Ah! por escuchar en tu boca esas palabras y por verte así, dijo ella, seria yo capaz de arrojarme al fuego que arde en tus hornillos.

Al producir estas palabras oyó los pasos de su hija en el gabinete contiguo y se dirigió á él precipitadamente.

—¿Qué quieres, Margarita? dijo á su hija mayor.

—Mamá, el señor Pierquin acaba de llegar. Si se qu da á comer con nosotros, es preciso cambiar la mantelería, que se os ha olvidado darnos esta mañana.

La señora Claes sacó de su bolsillo un manojo de llavecitas y lo entregó á su hija, indicándole los armarios que se hallaban en aque la anitacion, y le dijo:

—Hija mia, saca de ese armario de la derecha lo que necesites: ahí, en las mantelerías de Graindorge.

Dirigióse nuevamente al lado de su marido.

—Puesto que mi querido Baltasar vuelve hoy á mi, dijo contemplándole con dulce y maliciosa sonrisa, vuelva tal como ha sido siempre. Querido mio, vé á tu cuarto y hazme el favor de vestirte, porque Pierquín vá á comer con nosotros. Vamos, deja ese trage que está hecho mil pedazos. ¡Mira cuántas manchas! Eso debe ser ácido muriático ó sulfúrico. Vaya, rejuvenécete: en cuanto yo me vista voy á decirle á Mulquinier que

vaya á buscarte.

Baltasar quiso dirigirse á su habitacion por la puerta de escape, y entónces, notando que estaba cerrada por dentro, salió por el recibimiento.

—Margarita, deja la manteleria sobre un sillón y ven á vestirme; hoy no quiero que me ayude Marta, dijo la señora Claes á su hija.

Baltasar habia cogido á Margarita y la habia vuelto hacia sí con un movimiento lleno de alegría, diciendole:

—Buenos días, hija mia. ¡Qué linda estás hoy con ese vestido de muselina y esa cinta de color de rosa!

Luego la besó en la frente y estrechó su mano.

—Mamá, ¡papá me ha abrazado ahora mismo! dijo Margarita al entrar en la habitacion de su madre. ¡Parece que está muy contento y muy alegre!

—Hija mia, tu padre es un hombre de muchísimo talento. Hace cerca de tres años que está trabajando por la gloria y la fortuna de su familia, y cree que ya ha conseguido el fin que se proponia. Hoy es para todos nosotros un día de verdadero regocijo...

—Mamita, respondió Margarita; los criados sufrían también mucho al verle

tan preocupado, de modo que ellos también gozoran al verle satisfecho. Mira, pónete otra cinta; ésta está ya muy estropeada.

— Bueno, como tú quieras, pero demónos prisa, porque tengo que hablar con el señor Pierquin. ¿En dónde está?

— Está en la sala jugando con Lucianito.

— ¿Y en dónde están Gabriel y Felicianiana?

— Creo que están en el jardín.

— ¡Pues vé corriendo á tener cuidado con ellos para que no cojan tulipanes! Tu papá no los ha visto todavía este año y puede que quiera hoy ir á examinarlos despues de comer. Dile á Mulquiner que suba á tu papá todo lo que necesite para vestirse.

Cuando salió Margarita, la señora Claes contempló á sus hijos desde la ventana que daba al jardín, y los vió entretenidos en perseguir mariposas.

— Que seais buenos, hijos míos, dijo abriendo los cristales de la ventana para airear la habitación.

Luego llamó suavemente á la puerta de escape para ver si su marido había vuelto á sus habituales distracciones. Baltasar abrió inmediatamente; y ella le

dijo al ver que estaba vistiéndose:

—Vén á buscarme enseguida. No me dejes mucho tiempo sola con el señor Pierquin.

Encaminóse apresuradamente á la sala y abrió la puerta.

—Buenos dias, señor Pierquin, dijo dirigiendo una sonrisa á su primo. ¿Venís acaso por los treinta mil francos?

—Sí, señora. Al llegar á mi casa he recibido una carta en que los señores Protez y Chiffreville me avisan haber girado contra el señor Claes seis letras de cambio de á cinco mil francos

—Pues hoy no digais nada de eso á Baltasar Comed con nosotros, y si acaso os pregunta por qué habeis venido, hacédme el favor de darle la excusa que os parezca mejor. Dadme la carta y yo misma le hablaré de este asunto.—Amigo, mio, todo vá perfectamente, añadió viendo la extrañeza que sus palabras producian en el notario. Mi marido satisfará probablemente dentro de algunos meses las cantidades que le han sido prestadas.

Al oír esto, dicho en voz baja, el notario miró á Margarita que volvía del jardín, seguida de Gabriel y de Feliciano, y dijo:

—Nunca he visto á Margarita tan linda como hoy.

La señora Claes, que se habia sentado en su mecedora y habia colocado á Luciano sobre su falda, levantó la cabeza y miró á su hija y al notario con aire indiferente.

El señor Pierquin era de una estatura regular, ni delgado ni grueso, y su rostro, de una belleza vulgar, revelaba una tristeza mezclada de melancolia y un escepticismo indeterminado que hubiera sido difícil definir. Pasaba por inteligente, pero era demasiado interesado y demasiado gloton para que nadie pudiera creerle divorciado del mundo. Su mirada, casi siempre indecisa, su actitud indiferente y su afectado silencio parecían revelar en él cierta profundidad de ideas, y sólo servían para encubrir el vano orgullo y la ignorancia de un notario dedicado exclusivamente á los intereses materiales, pero que se creia bastante joven aún para ser envidioso. Emparentar con la familia Claes hubiera sido para él motivo suficiente para creerse obligado á una abnegacion sin límites, si este deseo no hubiese sido enjendrado al mismo tiempo por un sentimiento de avaricia. El queria pasar por generoso y despren-

dido, pero sabía hacer sus cálculos. Así es que, sin darse cuenta á sí mismo de sus diferentes maneras de proceder, era á un mismo tiempo incisivo, duro y desabrido, como lo son generalmente todos los hombres de negocios: siempre que la ruina del señor Claes parecia ser un hecho, y cuando las tareas á que se dedicaba su primo parecian prometer un infeliz resultado, se convertia en el hombre mas afectuoso y mas servil que puede imaginarse. Por eso unas veces consideraba á Margarita Claes como una muchacha á la cual no podia aspirar un simple notario de provincia, y otras pensaba que ella podria darse por muy satisfecha en el caso de que él se dignase ofrecerle su mano. El era flamenco, no habia salido nunca de la ciudad y carecia de malicia; el desinterés y la bondad no le eran completamente desconocidos; pero era el egoismo una cosa tan innata en él, que este vicio daba al traste con sus buenas cualidades, disminuyendo en gran parte sus ridiculeces el mérito de su persona.

La señora Claes recordó en aquel momento el laconismo con que el notario le habia hablado en el pórtico de la iglesia de San Pedro, y se fijó en la impresiou

que le produjo su respuesta; adivinó el fondo de sus pensamientos, y procuró con una mirada perspicaz leer en el alma de su hija para saber si ésta pensaba en su primo, pero la fisonomía de Margarita revelaba la mas completa indiferencia.

Pasados algunos instantes, en que se habló de cosas indiferentes, se oyeron los pasos de Baltasar que bajaba de su habitacion. La señora Claes se sintió vivamente impresionada. Su marido se presentó vestido al uso del dia. Llevaba botas poco altas y perfectamente lustrosas que dejaba ver la parte superior de las medias de seda blanca; calzon de casimir azul con botones de oro, chaleco blanco dibujado de flores, y frac azul. Se habia afeitado, peinado y perfumado; se habia cortado las uñas y se habia lavado la manos tan cuidadosamente, que estaba, por decirlo así, desconocido. El, que poco antes parecia un viejo cuya razon se hallaba trastornada, parecia ahora à los ojos de su mujer, de sus hijos y del notario como un hombre de unos cuarenta años, de rostro afable, simpático y lleno de atractivos. El sufrimiento y el cansancio que revelaba su extremada delgadez, le prestaban así cierto encanto.

—Buenos días, Pierquin, dijo Baltasar Claes cogiendo á su hijo más pequeño de la falda de su mujer, y subiéndole y bajándole alternativamente entre sus brazos. Mirad á mi chiquitín añadió lleno de satisfacción. ¿No os da gana de casaros al ver un niño tan hermoso? Creedme amigo mio, los placeres que procura la familia son bálsamo que todo lo consuela.—¡Ah!... dijo levantando en alto á Luciano, ¡pum!... exclamó bajándole hasta el suelo. ¡Ah!... ¡Pum!...

El niño se reía como un loco viéndose tan pronto cerca del techo como de pié sobre el entarimado. La madre volvió la cabeza para ocultar la emoción que le producía un juego al parecer tan sencillo, y que significaba para ella toda una revolución doméstica.

—Vamos á ver cómo andas, dijo Baltasar dejando á su hijo en el suelo y sentándose en una mecedora.

El niño corrió hácia él, atraído por el brillo de los botones de oro que sujetaban el calzon por debajo de la rodilla.

—¡Bien, hermoso! dijo el padre abrazándole; ya veo que andas derecho; eres un verdadero Claes.

—¡Hola, Gabriel! ¿Cómo sigue el padre Morillon?, dijo á su hijo mayor co-

giéndole de una oreja. ¿Qué tal andas de temas y de traducciones? ¿Vas hincándole el diente á las matemáticas?

Luego se levantó, colocóse al lado de Pierquin, y le dijo con la afectuosa cortesía que le era habitual:

—Amigo mio, ¿me necesitais para algo?

Dióle el brazo y le condujo hácia el jardín, añadiendo:

Venid á ver mis tulipanes.

La señora Claes miró á su marido al tiempo que éste salía, y no supo contener su júbilo al verle tan jóven, tan afable y tan simpático; púsose tambien en pié, cogió á su hija por la cintura y la abrazó diciendo:

—Querida Margarita, querida hija mia, hoy te quiero mas que nunca!

—¡Cuánto tiempo hacia que no veíamos á papá tan amable como hoy, repuso la jóven!

Lemulquinier entró avisando que la comida estaba ya dispuesta. La señora Claes, para evitar que Pierquin la ofreciese el brazo, tomó el de Baltasar, y toda la familia se dirigió al comedor.

Esta habitacion, cuyo techo imitando elieves se hallaba materialmente cuaja-

do de pinturas, lavada y retocada todos los años, contenía grandes aparadores de roble en que se veían magníficas muestras de la vajilla patrimonial. Los paños de los paredes estaban vestidos de piel oscura, sobre la que se veían dibujados con líneas doradas varios episodios de caza. En la parte superior de los aparadores brillaban, cuidadosamente dispuestas, plumas de aves raras y preciosísimas conchas. Las sillas habían sido construidas en el siglo xvi y presentaban esa forma cuadrada, esas columnas salomónicas y ese pequeño respaldo forrado de tela listada, moda tan generalizada en aquella época, que hasta el mismo *Rafael* la consignó en su cuadro conocido con el nombre de *la Virgen de la silla*. Esta sillería era de madera negruzca, los clavos relucían como si fuesen nuevos, y los tejidos, renovados cuidadosamente, eran de color rojo muy pronunciado. Todo esto respira el gusto flamenco modificado por las innovaciones españolas.

En la mesa, las botellas y los frascos ofrecían el aspecto abultado y artístico del galibo antiguo. Los vasos eran idénticos á esas grandes copas que se ven en todos los cuadros de la escuela flamenca ú ho-

landesa. La vajilla de porcelana y adornada de figuras pintadas al uso de Bernardo de Palissy, procedía de la fábrica inglesa de Weegwood. La vajilla de plata era maciza, de facetas cuadradas, de formas redondas, verdadera vajilla de familia, cuyas piezas, de distinto cincelado, moda y hechura, daban claro testimonio del principio de bienestar y del aumento de fortuna de los Claes. Las servilletas estaban adornadas con franjas, según la moda española. Dicho se está que para los Claes, el poseer una magnífica mantelería era, y debía ser, una verdadera cuestión de honor. De todo este servicio de mesa se hacía uso diariamente: porque la casa exterior, en que se daban las reuniones y las fiestas, tenía su lujo particular, cuyas maravillas reservadas para los días de gala, les prestaba esa solemnidad que no puede existir cuando las cosas pierden, por decirlo así, gran parte de su mérito con el uso de todos los días.

—Señora, veo que permanecéis fiel las tradiciones, dijo Pierquin al recibir su ración de esa sopa con tomillo, en que las cocineras flamencas y holandesas introducen una especie de albondiguillas ¡hé aquí la sopa que nuestros padres co

mian todos los domingos! Vuestra casa y la de mi tío Des Racquets son las únicas en que se come ya esta sopa histórica en los Países Bajos. ¡Ah! no; también el señor Savaron de Savaras tiene su orgullo en servirla en su casa, pero esta costumbre ha desaparecido casi por completo en el antiguo Flandes. Ahora los muebles se fabrican al estilo riego, todo se vuelven cascos, escudos, lanzas y haces. Todo el mundo construye una nueva casa; vende sus muebles, antiguos, hace sufrir sus vajilla de plata ó la cambia por otra de porcelana de Sevres, que no vale, ni con mucho, lo que la de Sajonia ó la de China. Grima me dá ver á los caldereros comprar al peso, como madera ó metal viejo, nuestros hermosos muebles con incrustaciones de cobre ó de estaño. Pero el estado social quiere cambiar de pellejo, á lo que veo. ¡Hasta los procedimientos del arte se van perdiendo! Y es que, como todo vá tan de prisa, no hay tiempo para que las cosas se hagan concienzudamente. Durante mi último viaje á París, fui á ver las pinturas del Louvre. Yo os aseguro que aquellos lienzos, faltos de tono y de vigor, en que los pintores han temido poner demasiado color, me han parecido verdaderas pin-

uras de abanico. ¡Y aún parece que tienen la pretension de dar al traste con nuestra antigua escuela! ¡Lo que es eso!

—Nuestros antiguos pintores, respondió Baltasar, estudiaban las diferentes combinaciones y la resistencia de los colores, sometiéndolos á la acción del sol y de la lluvia. Pero, teneis razon; hoy se cultivan ménos que antes los recursos materiales del arte.

La señora Claes no escuchaba la conversacion, porque al oír decir al notario que la vajilla de porcelana estaba de moda, habia concebido la luminosa idea de vender toda la vajilla de plata que habia heredado de su hermano, creyendo que con este recurso podria pagar los treinta mil francos que debia su marido.

—Hola, hola, decia Baltasar al notario cuando la señora Claes volvió á fijarse en la conversacion, ¿conque se habla en Douai de mis trabajos?

—Sí, respondió Pierquin; todo el mundo se pregunta en qué gastais tanto dinero. Ayer oí lamentarse al primer presidente de que un hombre de vuestras condiciones se ocupe en buscar la piedra filosofal. Yo le contesté que teniais la suficiente instruccion para comprender que esto sería intentar un imposible, que

érais demasiado cristiano para atreveros á luchar con Dios, y que, como todos los Claes, sabíais discurrir sobradamente bien para ir á cambiar vuestro dinero por los polvos de Don Perlimpim. Debo confesaros, sin embargo, que siento, como todo el mundo, el veros alejado del trato de las gentes. Parece que no vivís ya en la ciudad. Os aseguro, señora, que hubiérais tenido una inmensa satisfacción si hubiéseis podido oír los elogios que todos los presentes hicieron de vos y del señor Claes.

—Os habéis conducido como un buen pariente al rechazar esas imputaciones que, cuando ménos, habrían de servir para ponerme en ridículo, respondió Baltasar. ¡Ah! mis paisanos me creen arruinado! Pues bien, mi querido Pierquin; dentro de dos meses, celebraré el aniversario de mi casamiento dando una fiesta cuya magnificencia me devolverá la estimación que nuestros queridos paisanos conceden al dinero.

La señora Claes oyó con viva satisfacción recordar este aniversario que estaba olvidado hacía ya dos años. El cariño de Baltasar aparecía más insinuante y delicado que nunca. Parecía uno de esos locos que tienen momentos en que sus fa-

cultades brillan con una fuerza inusitada. Mostróse lleno de atención para con sus hijos, y su conversacion fué graciosa, amena y chispeante. Aquel entusiasmo por sus hijos, que no se le conocia desde mucho tiempo era indudablemente la mejor fiesta con que podia obsequiar á su mujer, para quien su palabra y su mirada habian vuelto á tener aquella constante simpatía que vá de corazon á corazon y revela una sublime identidad de sentimientos.

El viejo Lemulquinier parecia remozarse, yendo de un lado para otro con una viva alegría producida por la realizacion de sus secreta esperanzas; porque el cambio verificado tan inesperadamente en su señor, era para él mucho mas significativo que para la señora de Claes. Ella veia en esto lo dicho; él veia una fortuna. Ayudando á Baltasar en sus manipulaciones, habia llegado á participar de su locura. Ya porque hubiese comprendido la importancia de sus investigaciones, ó porque el espíritu de imitacion, innato en el hombre, le hubiese hecho adoptar las ideas de la persona cuyo lado vivia constantemente, es lo cierto que Lemulquinier habia concebido por su amo una especie de pasion su-

persticiosa mezclada de terror, de admiracion y de egoismo. El laboratorio era para él, lo que es para el vulgo una administracion de loterias, la esperanza organizada. Todas las noches se acostaba pensando:—¡Tal vez mañana estaremos nadando en oro! Y al dia siguiente se despertaba con mayer fé que nunca. Su nombre era de origen verdaderamente flamenco. Las gentes del pueblo eran designadas en otro tiempo por un apodo tomado de su profesion, de su país, de su conformacion física ó de sus cualidades morales, y aquel apodo llegaba á ser el apellido de la familia burguesa que formaban al abandonar la servidumbre. En Flandes, los comerciantes de ligo se llamaban *mulquiniers*, y esta era, sin duda, la profesion del hombre que, entre los antecesores del antiguo criado, pasó del estado de siervo al de burgués. La historia de Flandes, de su hijo y de comercio se resumia en aquel pobre criado. á quien muchas veces, por eufonia, se le llamaba Mulquinier.

Su carácter y su fisonomia tenian cierta originalidad. Su rostro, de forma triangular, era ancho, largo y picado de viruelas. Eujuto de carnes y de elevada estatura, tenia un modo de andar grave

y misterioso. Sus ojillos, amarillentos como la peluca que gastaba habitualmente, miraban siempre de soslayo. Su exterior guardaba, pues, perfecta armonía con la curiosidad que despertaba, en cuantos le veían. Su oficio de preparador iniciado en los secretos de su amo, secretos que sabía guardar perfectamente, le daba cierta importancia. Los vecinos de la calle de París le contemplaban al pasar con cierto interés mezclado de temor, porque solía darles respuestas sibilíticas y hablarles de tesoros continuamente. Muypreciado de ser útil á su señor, ejercía sobre sus compañeros una especie de bulliciosa autoridad, haciéndose servir por ellos y arrancándoles ciertas concesiones que le hacían, por decirlo así, dueño del cotarro. Al contrario de los criados flamencos, siempre apegados á las familias que sirven, sólo tenía cariño á Baltasar, y aunque viese afligida á la señora Claes, ó notase que algun acontecimiento desagradable ocurría en la familia, continuaba comiendo su pan con manteca y bebiendo su jarro de cerveza, sin perder su acostumbrada tranquilidad.

Al terminar la comida, propuso la se-

ñora Claes tomar el café en el jardín, delante del plantel de los tulipanes colocado en el centro. Las macetas de los tulipanes, adornadas con tarjetones de pizarra en que se leían sus nombres, formaban una pirámide en cuyo centro se elevaba un tulipan *Boca de Dragon*, único ejemplar que se conocía. Esta flor, llamada *tulipa Claesiana*, reunía los siete colores, y sus largas sesgaduras parecían doradas por los bordes. El padre de Baltasar, que se había negado varias veces a venderla en tres mil florines, tomaba tantas precauciones para que no le robaran una sola semilla, que la guardaba en el salón y pasaba en muchas ocasiones días enteros contemplándola. Su tallo era enorme, recto, sólido y de un color verde magnífico. Las dimensiones de la planta guardaban perfecta armonía con el cáliz cuyos colores se distinguían por esa brillante limpieza que tanto valor daba en otro tiempo á estas suntuosas flores.

— Esos tulipanes deben valer lo menos treinta ó cuarenta mil francos, dijo el notario mirando alternativamente á su prima y la pirámide de preciosos tiosos.

La señora Claes estaba tan entusiasmada

mada contemplando aquellas flores que los últimos rayos del sol poniente hacían brillar como piedras preciosas, que no se fijó en la observación de su primo.

—¿Para qué quereis esto? repuso el notario dirigiéndose á Baltasar; deberíais venderlo.

—¡Bah! ¿qué falta me hace á mí el dinero? respondió Ojas con la indiferencia de un hombre á quien nada le significan cuarenta mil francos.

Hubo un momento de silencio en que los niños hicieron varias exclamaciones.

—¡Mira, mira ésta, mamá!

—¡Ay, esa sí que es bonita!

¿Cómo se llama aquélla?

—¡Qué abismo para la razón humana! exclamó Baltasar, cruzando las manos y elevándola al cielo con aire desesperado. Una combinación de hidrógeno y oxígeno hace surgir en un mismo centro y de un mismo principio, todos esos colores, cada uno de los cuales constituye un resultado diferente!

Luego, según su costumbre, quedó meditando profundamente.

—¡Ya lo oree! dijo el señor Pierquin tomando la taza de café que le ofrecía Margarita.

—Quien malas mañanas há, tarde ó nun-

ca las olvida, añadió en voz baja dirigiéndose á la señora Claes. Tened la bondad de decirle algo, no haga el demonio que vuelva á abismarse en sus contemplaciones.

El notario saludó al señor Claes, que fingió no oírle, besó á Lucianito que estaba en los brazos de su madre, y, después de los cumplidos de costumbre, se retiró. Al oír el ruido de la puerta que se cerraba, Baltasar asió suavemente á su mujer por la cintura y disipó la inquietud que le habia causado fingiéndose distraído.

—Ha sido una estratagema para que se marche, le dijo al oído.

La señora Claes volvió el rostro hacia su marido, sin ocultar las lágrimas que asomaban á sus ojos, apoyó la frente sobre su hombre y dejó á Luciano en el suelo.

—Vámonos al salón, le dijo después de un momento de silencio.

Baltasar estuvo toda aquella noche alegre como un loco. Inventó mil juegos para distraer á sus hijos, y jugó tan de veras, que no notó dos ó tres ausencias que hizo su mujer. A cosa de las nueve y media, después de acostar á Luciano y desnudar á su hermana, volvió Marga-

rita al salon y halló á su madre sentada en la mecedora, hablando con su padre, que le tenía cogida una mano. Temiendo ser molesta, quiso retirarse sin hablarles; pero la señora Claes lo notó y le dijo:

—Ven, Margarita, ven, hija mia.

Luego la estrechó entre sus brazos, y la besó en la frente, añadiendo:

—Llévate tu libro y acuéstate temprano.

—Buenas noches, hija de mi alma, dijo Baltasar.

Margarita besó á su padre y se retiró. Claes y su mujer permanecieron algunos momentos solos, contemplando las últimas tintas del crepúsculo que iban á morir en las marchitas hojas de los árboles, cuyos contornos se divisaban ya apenas. Cuando se hizo completamente de noche, dijo Baltasar á su mujer con voz conmovida:

—Subamos á nuestras habitaciones.

Mucho antes de que las costumbres inglesas considerasen la habitacion de una mujer como un lugar sagrado, era la de una flamenca un lugar impenetrable; las mujeres casadas no hacían ostentacion de virtud porque ésta era en ellas un hábito de la infancia, pero abrigaban una

superstición doméstica que las hacía ver la alcoba como un delicioso santuario en que se respiraban los mas puros sentimientos, uniéndose la sencillez á todas cuantas dulzuras y sublimidades puede proporcionar la vida social. Dada la posición especial que ocupaba la señora Claes, cualquiera mujer hubiese procurado reunir á su lado las cosas mas elegantes; pero ella lo habia hecho con un gusto exisito, sabiendo la mucha influencia que ejerce en las pasiones el aspecto de todo cuanto nos rodea. Tratándose de una linda muchacha, esto hubiese sido un lujo, pero en ella solo era una necesidad, porque habia comprendido el alcance de estas palabras: *¡estas cosas embellezen á una mujer!* máxima que regia todos los actos de la primera mujer de Napoleon, desmintiéndola en muchas ocasiones, al paso que en la señora Claes era siempre natural y verdadera.

Aunque Baltasar conocia perfectamente la habitacion de su mujer, habia sido tan completo su olvido de las cosas materiales de la vida, que al entrar en ella experimentó un dulce estremecimiento de placer como si la contemplase por primera vez. La fastuosa alegría de una mujer triunfante brillaba en los explén-

cidos colores de los tulipanes que se elevaban sobre jarrones de porcelana de China, habilmente dispuestos y con un lujo de luz que producía un efecto maravilloso, El resplandor de las bujías daba un brillo extraordinario á las telas de seda gris, cuya monotonía desaparecía con los reflejos del oro sèbriamente distribuido en algunos objetos y por los tonos variados de las flores. El secreto de estos adornos era él, siempre él. Josefina no podía decirle con mayor elocuencia que él era siempre el principio de sus alegrías y de sus dolores. El aspecto de aquella habitacion confortaba el alma y borraba de ella toda idea enojosa, dejando solamente el sentimiento de una dicha pura y tranquila.

La señora Claes, envuelta en un peinador ricamente guarnecido de puntilla, corrió la cortina de la puerta para evitar todo ruido que viniese de fuera; Dirigió á su marido, que se habia sentado cerca de la chimenea, una de esas alegres sonrisas con que una mujer de talento sabe expresar suavísimas esperanzas. El mayor encanto de una mujer consiste en un llamamiento constante á la generosidad del hombre, en una graciosa declaración de debilidad con que le embellece

y despierta en él los más nobles sentimientos. Reconocer la propia debilidad es emplear la mayor de todas las seducciones. Después de correr la cortina se volvió hacia su marido, pareció querer disimular en aquel momento sus defectos físicos apoyando la mano sobre una silla, para andar con más gracia; pero esto valía tanto como llamar á Baltasar en su ayuda. Este, que hasta entonces había estado contemplando la cabeza de su mujer, se levantó, la dió el brazo y la condujo al sofá, que era sin duda lo que ella deseaba.

—Me has prometido, dijo la señora Claes cogiendo la mano de su marido, revelarme el secreto de tus investigaciones y trabajos. Confiesa, amigo mio, que soy digna de conocer ese secreto, puesto que he tenido valor para estudiar una ciencia condenada por la iglesia, sólo para llegar á ser capaz de comprenderte; pero soy muy curiosa, no me ocultes nada.

—¿Y te has vestido con tanta coquetería para que hablemos de química?

—Amigo mio, es que para mí no hay mayor placer que el de conocer un secreto que ha de abrirme más y más las puertas de tu corazón. Dos almas que se

comprenden pueden aspirar á todas las felicidades de la vida. Yo vuelvo á recordar todo tu amor y quiero saber cuál es la idea que ha tenido poder bastante para arrebatármelo durante tanto tiempo. Sí, esa idea me inspira más celos que todas las mujeres del mundo. El amor es inmenso, pero no infinito, y la ciencia tiene profundidades sin límites á las cuales deseo llegar contigo. Yo aborrezco todo cuanto pueda ser un obstáculo que nos separe. Si alcanzases la gloria que deseas, yo sería muy desdichada, porque esa gloria te procuraría vivísimos goces, y yo quiero ser siempre el único origen de todas tus alegrías.

—Querida mía, no ha sido una idea lo que me ha inspirado esa halagüeña esperanza, sino un hombre!

—¡Un hombre! exclamó ella con horror.

—¿Te acuerdas, Pepita, del oficial polaco que tuvimos alojado en casa el año 1809?

—¡Vaya si me acuerdo! Es uno de los pocos hombres que me han impresionado. Mil veces he soñado con aquellos dos ojos que parecían despedir llamas, aquella cabeza ancha y calva, aquellos retor-

cidos bigotes, y aquella cara angulosa y demacrada. Si yo hubiera podido hallar habitacion para él en alguna posada, te aseguro que no le hubiese tenido en casa.

—Era un noble polaco llamado Wierzchownia, repuso Baltasar. Cuando él y yo nos quedamos solos en el salon, hablamos, por casualidad, de cosas de química. Obligado por la miseria á abandonar el estudio de esta ciencia, se habia dedicado á la carrera de las armas. Creo que fué un vaso de agua con azúcar lo que dió lugar á nuestra conversacion. Al decir yo á Lemulquinier que me trajese azúcar en terrones, el capitán me miró sorprendido.

—Veo que habeis estudiado la química, me dijo.

—Sí, le contesté, he estudiado con Lavoisier.

—¡Dichoso vos que sois libre y rico! exclamó lanzando uno de esos suspiros que descubren un infierno de dolores oculto bajo un cráneo ó encerrado en un corazon, un suspiro, en fin, de esos que de un modo concentrado y ardiente revelan cosas que no puede expresar la palabra. Acabó su pensamiento dirigiéndome una mirada pavorosa; luego hizo

breve pausa y me dijo que despues de la última desgracia de Polonia, se habia refugiado en Suecia, y que una vez alli, habia buscado algun consuelo en el estudio de la quimica, ciencia á que siempre se habia sentido arrastrado.

—Ya veo, añadió, que habeis comprendido como yo, que la goma arábica, el azúcar y el almidon, hechos polvo, dan una sustancia absolutamente semejante, y al análisis un mismo resultado *calificativo*.

Hizo otra nueva pausa, y despues de examinar con profunda curiosidad, me dijo confidencialmente y en voz baja ciertas palabras de las cuales hoy sólo recuerdo la esencia; pero las dijo con un acento tan persuasivo, con una inflexion de voz tan ardiente y unos gestos tan expresivos, que me conmovieron las entrañas é hirieron mi entendimiento como golpea un martillo el hierro colocado sobre el yunque. Hé aquí en resúmen sus razonamientos, que fueron para mí el carbon que puso Dios en la lengua de Isaías, porque los estudios que hice con Lavoisier me permitian comprender todo su alcance.

—«Caballero, me dijo, la semejanza de estas tres sustancias, tan distintas en

la apariencia, me ha hecho pensar que todos los productos de la naturaleza debia tener un mismo principio. Los trabajos de la química moderna han demostrado la verdad de esta ley en la mayor parte de los efectos naturales. La química divide la creacion en dos porciones distintas: la naturaleza orgánica y la naturaleza inorgánica. Al comprender todas las creaciones, vegetales ó animales, en que aparece una organizacion mas ó ménos perfecta, ó, para ser mas exacto, una movilidad mas ó ménos grande que determina en ella mas ó ménos sensacion, la naturaleza orgánica es seguramente la parte mas importante del mundo que habitamos. El análisis ha reducido todos los productos de esta naturaleza á cuatro cuerpos sencillos que son: tres gases: el ázoe, el hidrógeno, el oxígeno; y otro cuerpo sencillo no metálico y sólido, que es el carbono. Por el contrario la naturaleza inorgánica, tan poco variada, falta de movimiento y de sensacion, y á la que se puede negar el don de crecimiento que con tanta ligereza le ha concedido Linneo, cuenta cincuenta y tres cuerpos sencillos cuyas diferentes combinaciones forman todos sus productos. Es probable que los medicos

sean más numerosos allí donde son menos los resultados. Por eso la opinión de nuestro antiguo maestro es que esos cincuenta y tres cuerpos tienen un principio común modificado en otro tiempo por la acción de un poder que ha desaparecido hoy, pero que el genio humano debe descubrir. Pues bien, supongamos por un momento descubierta la actividad de ese poder, y en este caso tendremos una química unitaria. La naturaleza orgánica y la inorgánica descansarían probablemente sobre cuatro principios, y si llegásemos á descomponer el ázoe, que debemos considerar como una negación, estos principios quedarían reducidos á tres. De este modo nos hallábamos cerca del gran Ternario de los antiguos y de los alquimistas de la Edad Media, de los cuales nos burlábamos sin razón alguna.

«La química moderna, hoy día, no es mas que eso. Es mucho y es poco. Es mucho; porque la química se ha acostumbrado á no retroceder ante ninguna dificultad, y la casualidad le ha prestado siempre grandes servicios. El diamante, esa lágrima de carbono puro, ¿no parece ser la última sustancia posible de crear? Los antiguos alquimistas, que creían que

el oro podia descomponerse y que era por lo tanto posible su fabricacion, retrocedian ante la idea de fabricar el diamante, cuya naturaleza, sin embargo, hemos llegado á descubrir.

«¡Yo, dijo, he ido aún mas léjos! Un experimento me ha demostrado que el misterioso Ternario de que se habla desde tiempo inmemorial, no volverá á hallarse nunca en los actuales análisis porque no tienen una direccion fija. Hé aquí mi experimento. Sembrad varios granos de berros (una sustancia cualquiera de la naturaleza orgánica) en la flor de azufre (cuerpo simple). Regad los granos con agua destilada para no dejar penetrar en los productos de la germinacion ningun principio desconocido. Los granos germinan y brotan en un centro conocido, alimentándose únicamente de principios que conocemos por el análisis. Cortad en distintas ocasiones el tallo de las plantas, hasta reunir una cantidad suficiente para quemarlos y obtener algunas cenizas y poder operar sobre una masa suficiente. Analizad estas cenizas y hallareis ácido silícido, alúmina, fosfato y carbonato calcinado, carbonato magnésico, sulfato, carbonato potásico y óxido férrico, como si el berro se hubiese

criado en la tierra y cerca del agua. Estas sustancias no existían en el azufre que servía de suelo à la planta, ni en el agua empleada para regarla; y como tampoco existían en el aire, no puede explicarse su presencia en la planta sino suponiendo un elemento comun à los cuerpos conteminos en el barro y à los que le rodeaban. De modo que el aire, el agua destilada, la flor de azufre y las sustancias que arroja el análisis del barro, es decir, la potasa, la cal, la magnesia, la alúmina, etc., deben de tener un principio comun. De este experimento irrecusable, exclamó, he deducido la existencia de ¡Lo ABSOLUTO! Una sustancia, comun à todas las creaciones, modificada por una sola fuerza única, tal es la síntesis del problema de *Lo Absoluto*, problema cuya solución he creído posible. En él hallareis el misterioso Ternario ante el cual se ha arrodillado siempre la humanidad: la materia prima, el medio, el resultado. En todas las cosas hallareis ese terrible número 3, que domina las religiones, las ciencias y las leyes. La guerra y la miseria me ha obligado à interrumpir mis trabajos. Vos sois discípulo de Lavoisier, rico y dueño de vuestro tiempo, y por lo tanto, puedo

daros á conocer mis conjeturas. Hé aquí el fin que mis experimentos me han hecho entrever. LA MATERIA ÚNICA debe de ser un principio comun á los tres gases y al carbono. EL MEDIO debe de ser el principio comun á la electricidad negativa y á la electricidad positiva. Procurad demostrar estas dos verdades y conoceréis la razon suprema de todos los efectos á la naturaleza.

Ah, señor mio, dijo dándose un golpe en la frente; cuando uno tiene aquí la última palabra de la creacion, la determinacion de Lo ABSOLUTO; ¿creeis que es vivir, verse arrástrado en el movimiento de esa multitud de hombres que á una hora determinada se lanzan unos sobre otros sin darse cuenta de lo que hacen? Mi vida actual es precisamente todo lo contrario de su sueño. Mi cuerpo, siempre de aquí para allá, se halla en medio del fuego, de los cañones y de los hombres, y recorre la Europa al capricho de una nacion á quien obedezco y desprecio. Mi alma no tiene conciencia alguna de estos actos, y permenece fija, abismada en una idea, absorbida por esta idea, la investigacion de *lo Absoluto*, ese principio segun el cual varios granos, absolutamente semejantes, colocado en un mis-

mo medio, dan; unos, cálices blancos; otros, cálices amarillos! Fenómeno aplicable á los gusanos de seda que, alimentados con las mismas hojas y constituidos de la misma manera, dan: unos, seda amarilla, y otros, seda blanca, aplicable, en fin, al hombre mismo, que muchas veces tiene hijos legítimos que en nada se parecen al padre y á la madre! La deducción lógica de este hecho, ¿no implica además la razon de todos los efectos de la naturaleza? ¿Puede haber nada mas conforme con nuestras ideas acerca de Dios que creer que lo ha hecho todo por el medio mas sencillo? La adoracion pitagórica por la cifra *uno*, de la cual se derivan todos los números y que representa la materia única; la del número *dos*, que es la primera agregacion y el tipo de todas las demás: la del número *tres*, que en todos tiempos ha sido la personificacion de Dios, es decir, la materia, la fuerza y el producto, ¿no resumian tradicionalmente el conocimiento confuso de *lo Absoluto*? Sthall, Becher, Paracelso, Agrippa y todos los grandes investigadores de causas desconocidas, tenian como punto de partida el trismegisto, es decir, el gran ternario, y los ig-

norantes, acostumbrados á condenar la alquimia, esa alquimia trascendental, no saben sin duda que nos ocupamos en justificar las investigaciones practicadas por aquellos grandes hombres. Una vez descubierto *lo Absoluto*, yo me las entendería con las causas del movimiento. ¡Ah! en tanto que la pólvora me sirve de alimento y mando á algunos hombres que mueran, sin maldita la necesidad, mi antiguo maestro sigue haciendo nuevos y nuevos descubrimientos que le permiten acercarse rápidamente á *lo Absoluto*! ¡Yo, entre tanto, moriré como un perro en el ángulo de alguna batería?...

Luego, cuando aquel gran hombre desdichado recobró alguna calma, me dijo con una especie de fraternidad conmovedora:

—Si llego á hacer algun experimento importante, os lo legaré antes de morir.

—Pepita mia dijo Baltasar estrechando la mano de su mujer: yo ví correr lágrimas abrasadoras por las hundidas mejillas de aquel hombre, al paso que sentía en mi alma todo el calor de aquellos razonamientos que ya Lavoisier habia en cierto modo insinuado, sin atravesarse á desarrollarlos.

—¡Conque es decir, exclamó la señora Claes, que no pudo por ménos de interrumpir á su marido, que aquel hombre, en una sola noche que pasó bajo nuestro techo, nos arrebató tu cariño y destruyó con una sola frase, con una sola palabra, la dicha de una familia! ¡Ah, querido Baltasar, mio! ¿viste á aquel hombre hacer la señal de la cruz? ¿Le examinaste bien? Aquellos ojos amarillentos que despedían llamas denuncian al enemigo tentador. Sí, únicamente el demonio podía alejarte de mi cariño. Desde aquel día dejaste de ser padre, esposo y jefe de la familia

—¡Qué es eso!, dijo Baltasar poniéndose de pié y mirando fijamente á su mujer: ¿juzgas censurable el que tu marido se eleve sobre el nivel de los demás hombres, para poder arrojar á tus plantas la purpura divina de la gloria, como una débil ofrenda comprada con los tesoros de tu corazón?... Tú no sabes, por lo visto, lo que yo he hecho en estos tres últimos años. He hecho importantísimos descubrimientos. ¡Pepita mia! dijo animándose por momentos.

Entónces su rostro, que reflejaba el génio, pareció á su mujer mas hermoso que cuando retrataba el fuego del amor, y

lloró escuchando á su marido.

—He combinado el cloro y el ázoe, he descompuesto varios cuerpos que habian sido hasta ahora considerados como simples, y he hallado nuevos metales. Mira, dijo al ver el llanto de su mujer; he descompuesto las lágrimas! Las lágrimas contienen un poco de fosfato de cal, cloruro de sódio, alguna mucosidad y agua.

Baltasar continuó hablando sin notar la horrible contraccion que iba operándose en el rostro de Josefina, porque habia subido con alas desplegadas á las regiones de la ciencia y se hallaba ya muy léjos del mundo material.

—Este análisis, querida mia, es una de las mejores pruebas del sistema de *lo Absoluto*. Toda vida implica una combustion. La vida es mas ó ménos persistente, segun es mayor ó menor la actividad de esa combustion. Por eso la destruccion del mineral es indefinidamente lenta, porque su combustion es virtual, latente ó insensible; por eso los vegetales que se refrescan constantemente por la humedad, viven indefinidamente, y existen varios vegetales contemporáneos del último cataclismo. Pero, siempre que la naturaleza perfecciona un aparato y le dà sensibilidad, instinto ó inteligencia, tres

grados del sistema orgánico, estos tres organismos necesitan una combustión, cuya actividad se halla en razón directa del resultado obtenido. El hombre, que representa el mayor grado de inteligencia y que es el único que ofrece un aparato del cual resulta un poder semicreador, *el pensamiento*, es la creación zoológica en que la combustión se halla en un grado más intenso, y cuyos poderosos efectos se revelan en cierto modo por los fosfatos, los sulfatos y los carbonatos que halla en su cuerpo el análisis. ¿Serán acaso estas sustancias huellas que deja en él la acción del fluido eléctrico, que es el principio de toda fecundación? ¿Se manifestará en él la electricidad por medio de combinaciones más variadas que en otros animales? ¿Tendrá el hombre mayores facultades que otra criatura cualquiera para absorber mayores cantidades del principio absoluto y se las asimilará; haciendo de ellas, en una máquina más perfecta, su fuerza y sus ideas. Yo, al ménos, lo creo así. El hombre es un alambique. Según mi opinión, el idiota es un hombre cuyo cerebro contiene una insignificante porción de fósforo ó cualquier otro producto del electro-magnetismo; el loco, aquel cuyo cerebro con-

tiene demasiado; el hombre ordinario, el que tiene poco: el hombre de génio, el que tiene una cantidad conveniente. El hombre constantemente enamorado, el jayan, el bailarín y el gloton, son los que varían de su sitio la fuerza resultante de su aparato eléctrico. Por eso, nuestros sentimientos...

—¡Calla, Baltasar! Esas ideas me asustan, porque me parecen sacrilegios! Conque, según eso, mi amor no es mas que...

—Materia etérea que se desprende, dijo Claes, y que es sin duda, la palabra, de lo absoluto. Piensa por lo tanto que si yo, que si yo llego á ser el primero que... ¡Si yo encuentro, si yo encuentro, si yo ENCUENTRO!...

Esta idea le mataba; le ponía fuera de sí. Al decir estas palabras, con un acento cada vez mas marcado, la expresion de su rostro aumentó gradualmente hasta revestir el sello de la inspiracion.

—Sé hacer metales, sé hacer diamantes, sé copiar la naturaleza.

—¿Y vas á ser por eso mas dichoso? gritó ella con desesperacion. ¡Ciencia maldita! ¡Demonio maldito! Pero, Claes, ¿no ves que estás cometiendo el pecado de orgullo de que se hizo culpable Sa-

tán? ¿Quieres igualarte con Dios?

—¡Bah, bah, Dios!

—¿Niégas á Dios? exclamó retorciéndose las manos. Claes, Dios dispone de un poder que tú no tendrás nunca.

Al oír este argumento que parecía anular su ciencia, miró á su mujer y se estremeció.

—¿Qué quiere decir eso? exclamó él.

—¡La fuerza única, el movimiento! Eso es lo que yo he sacado en limpio de todos los libros que me has obligado á leer. Analiza flores, frutas y vino de Málaga, y descubrirás seguramente todos sus principios, originados, como los del barro de que hablabas en un medio que parece serles extraño; puedes hallarlos en la naturaleza, pero, una vez hallados, ¿te será posible hacer esas flores, esas frutas y ese vino? ¡Descomponer no es crear!

—Podré crear si hallo la fuerza coercitiva.

—¡Nada le detendrá! gritó Pepita con voz desesperada. ¡Ah! ¡mi amor ha muerto! Lo he perdido para siempre.

Rompió en amargo llanto, y sus ojos, animados por el dolor y la santidad de los sentimientos que revelaban, brillaron más hermosos que nunca á través de

sus lagrimas.

—Sí, repuso sollozando, has muerto para todo. Ya veo que el génio del arte ejerce más influencia sobre tí que tu propia voluntad, y sus potentes alas te han elevado demasiado para que te sea posible descender á ser el tierno y sencillo compaño o de una pobre mujer. ¿Qué dicha puedo yo ofrecerte? ¡Ah! yo quisiera, para consolarme, creer que Dios te ha creado para manifestar sus obras y cantar sus alabanzas, encerrando en tu pecho una fuerza irresistible que te domina. Pero, no, Dios es bueno, y en ese caso, te hubiera conservado algunos pensamientos para tu mujer, que te adora y para tus hijos, á quienes debes proteger. Sí, únicamente el demonio puede ayudarte á penetrar en esos abismos sin fondo y en esas tinieblas no alumbradas por la fé celeste sino por el satánico orgullo! Si esto no fuera así, ya habrias echado de ver que has devorado novecientos mil francos en tres años. ¡Sé justo conmigo, tú que eres mi Dios sobre la tierra! No te echo nada en cara. Si sólo se tratase de nosotros, yo te ofreceria de rodillas todos nuestros tesoros, diciendote: Toma, arrójalos en tus hornillos conviértelos en humo, nada absolu-

tamente me importa. Si fueses pobre, no me avergonzaria de ir á pedir limosna á fin de poder procurarte el carbon necesario para tu hornillo. Si precipitándome en él, pudiese lograr que hallases tu maldito *Absoluto*, créelo, Claes, en él me precipitaria, puesto que tu gloria y tus delicias estriban en ese secreto adquirido á tanta costa. Pero, ¿y nuestros hijos, Claes, y nuestros hijos?... Qué va á ser de ellos si no hallas pronto ese secreto del infierno? ¿Sabes el objeto de la visita de Pierquin? Pedírte treinta mil francos que debes y no tienes. Ya no te pertenecen tus fincas. Le he dicho que tenias esos treinta mil francos, porque he querido evitar que te moleste con sus preguntas; para pagar esa suma, he pensado que no hay mas remedio que vender nuestra antigua vajilla de plata.

Josevina vió asomar las lágrimas á los ojos de su marido, y llena de desesperacion, se arrojó á sus piés y cruzó las manos en ademan suplicante.

—Amigo mio, exclamó, deja por un momento tus investigaciones, ahorremos el dinero necesario para continuarlas mas tarde, dado caso de que no renuncies á tus proyectos. No quiere decir es-

to que yo censure tus actos, amigo mio; yo soplaré tus hornillos, si así lo deseas, pero no dejes á nuestros hijos en la miseria. Ya no puedes volver á quererlos, porque la ciencia á devorado tu corazon; pero no vayas á legarles una existencia desventurada en cambio de la dicha que debian esperar de tí.

Su peinado se habia deshecho, sus cabellos flotaban sobre sus hombros, y sus ojos reflejaban los encontrados sentimientos que agitaban su alma. Triunfó al fin de su rival. Baltasar la alzó del suelo, la cogió en sus brazos, la colocó sobre el sofá, y se arrojó á sus piés.

—¡Conque yo te he causado mil pesares!, le dijo con el acento de un hombre que acaba de salir de un sueño

—Sí, pobre Claes, y todavia; á pesar tuyo, vas á causarme muchos mas, dijo Josefina acariciando la cabeza de Baltasar. Vamos, siéntate cerca de mí, dijo raiante de alegría y haciéndole sitio á su lado. Mira, puesto que vuelves á querernos, todo lo doy al olvido! Ya verás cómo todo lo arreglamos, pero ¿verdad que no te separarás de tu mujer? ¡Dí que sí! Déjame que ejerza sobre tu noble corazon esa influencia femenina tan necesaria á la felicidad de los artistas des-

graciados y de los grandes hombres perseguidos por el infortunio. Regálame' márame si quieres, pero permítame por tu bien que te contrarie un poco. Nunca abusaré de este poder! ¡Sé grande y sé célebre, pero sé también dichoso! ¡No des la preferencia á la química sobre nosotros! Mira, nosotros seremos complacientes y la dejaremos que ocupe un lugar en tu corazón, pero sé justo y danos también la parte que nos corresponda. Di, ¿no es sublime mi desinterés?

Josefina hizo sonreír á su marido, porque con ese tino especial que poseen las mujeres, había ido dando poco á poco á la cuestión ese tono de broma en que tanto sobresalen todas ellas. Ella también se sonrió, pero su corazón se allaba tan oprimido, que difícilmente hubiera podido recobrar el acompasado y tranquilo movimiento que le era habitual. Al ver renacer en los ojos de Baltasar la expresión que ella adoraba, que era su gloria, y que revelaba la completa acción de su antiguo predominio, que ella creía haber perdido, le dijo sonriendo:

—Créeme, Baltasar, la naturaleza nos ha hecho para sentir, y por más que digas que sólo somos unas máquinas eléctricas, los gases y las materias eté-

reas no podrán explicar nunca ese don que poseemos de vislumbrar el porvenir.

—Sí, repuso él, eso se demuestra por las afinidades. La potente vision del poeta, la potente deducccion del sábio, nacen de afinidades invisibles, impalpables é imponderables que el vulgo califica de fenómenos morales, pero que sólo son efectos físicos. El profeta vé y deduce. Desgraciadamente, esas afinidades son demasiado raras y poco susceptibles de ser sometidas al análisis ó á la observacion.

—¿Y esto, dijo ella dándole un beso para dejar á un lado aquella dichosa cuestion de química, es tambien una afinidad?

—No, eso es una combinacion; porque dos sustancias del mismo *signo* no producen ninguna actividad.

—¡Vamos, cállate, cállate! dijo ella, vas á hacer que muera de pena, porque yo no puedo soportar la presencia de mi rival en los transportes de tu amor.

—Pero, hija mia, ¡si yo no pienso mas que en tí! ¡Si mis tareas sólo tienen por objeto la gloria de mi familia! ¡Si tú estás siempre en el fondo de todos mis experimentos!

—¿De veras?... ¡Mírame bien!

Esta escena la habia rejuvenecido y embellecido. y su marido contemplaba su cabeza que se destacaba sobre una nube de muselinas y encajes.

—Sí, he hecho muy mal en dejarte por la ciencia. Desde este momento, siempre que vuelva á mis antiguas preocupaciones, Pepita mia, hazme volver á la razon, yo te lo suplico!

Ella bajó la vista y le dejó coger su mano, que era su mayor belleza, una mano tan fuerte como delicada.

— ¡Es que yo quiero más todavía!...

—Estás tan hermosísima, que accedo á todo lo que tú quieras.

— ¡Quiero destrozar tu laboratorio y encadenar tu ciencia! dijo ella lanzando le una mirada de fuego.

—Corriente. ¡Que se lleve el demonio la química!

—Con esto se disipan todos mis dolores. Josefina. Ahora, si quieres, dispon de mi vida.

— ¡Tienes mucha razon, yo no te veia bien, yo no te comprendía!

— ¡Si solo se tratase de mí, repuso ella, hubiera seguido sufriendo en silencio, atacando los deseos de mi querido dueño; pero tus hijos te necesitan, Claes! Yo te aseguro que si continuases disipando así

tu fortuna, aunque fuese con un fin laudable, el mundo no tendría esto en cuenta y te censuraría amargamente. En fin, no hablemos más del asunto, añadió dirigiéndole una sonrisa y una mirada llenas de coquetería; esta noche, querido, Claes, no debemos ser felices á medias!...

IV

La muerte de una madre

Al siguiente día de aquella noche tan importante para aquel matrimonio, Baltasar Claes, que había prometido á Josefina cesar en sus trabajos, no subió á su laboratorio y pasó todo el tiempo al lado de su mujer. Al otro día, la familia hizo todos sus preparativos para ir al campo, en donde permanecieron cerca de dos meses, regresando luego á la ciudad para preparar la fiesta con que el señor Claes, quería, como en otro tiempos, celebrar el aniversario de su casamiento. Baltasar se enteró entónces de la perturbacion y desarreglo que sus trabajos habían introducido en sus negocios. Su mujer, en vez de aumentar su disgusto con imprudentes observaciones, procura-

ba atenuar la trascendencia de las faltas cometidas. De los siete criados que tenía el señor Claes cuando celebró su última reunión, sólo conservó á Lemulqunier, á la cocinera Josefa, y á una antigua doncella llamada Marta que servia á su señora desde que ésta salió del convento. Con tan escasa servidumbre era imposible recibir á la alta sociedad de la población. La señora Claes obvió todas las dificultades proponiendo que viniese un cocinero de Paris, que se ensayase en las faenas domésticas el hijo del jardinero y que Pierquin les prestase su criado. De este modo, nadie notaría las economías que habian tenido que hacer.

En los veinte dias que duraron todos los preparativos necesarios, la señora Claes supo impedir con gran habilidad que su marido se viese aburrido por el ocio.

Encargábale que escogiese las flores raras que debian adornar la escalera principal, la galeria y las habitaciones, y enviábale á Duukerque para que comprase algunos de esos monstruosos pescados que son uno de los platos principales é indispensables en todas aquellas provincias del Norte cuando se trata de una gran comida. Una fiesta como la que

daba Claes, era una cosa importante que exigía mil cuidados y una activa correspondencia de un país en que las tradiciones de la hospitalidad ponen tan perfectamente en juego el honor de las familias, que para los amos y sus criados, una comida es una especie de victoria que debe conseguirse sobre los convidados. Las ostras llegaban de Ostende, pedíanse á Bresse las aves de corral, y hacíanse á Paris grandes pedidos de frutas; en fin, nada se omitía para que el lujo resaltase en todo. Los bailes de la casa Claes tenían una especie de celebridad. Como Douai era por entónces la capital de la provincia, estas reuniones veían, por decirlo así, á inaugurar la estación del invierno dando el tono á todas las del país. Así es que durante quince años había procurado distinguirse Baltasar en estas fiestas y lo había conseguido de tal modo, que en veinte leguas á la redonda sólo se hablaba de trages, de convidados, de mil pequeñas peripecias, de las novedades que se habían visto y de todo cuanto allí había ocurrido.

Estos preparativos impidieron, pues, al señor Claes al volver á pensar en la

investigacion de *lo Absoluto*, porque al volver á los asuntos domésticos y á la vida social se despertó en él su amor propio y quiso procurarse el placer de asombrar á la comarca. Procuró impeler á aquella fiesta cierto carácter, ideando alguna novedad, y escogió entre todas las fantasias del lujo, la mas rica y la mas seductora, convirtiendo su casa en una estufa de plantas raras y preparando magníficos ramos de flores para las señoras. Todo lo demás guardaba proporcion con este extraordinario lujo, y nada faltaba para que el brillo de la fiesta fuese completo. Pero el mismo dia por la tarde publicó el diario oficial la derrota en Rusia y en la Beresina del gran ejército, y las noticias particulares dieron mayor gravedad á este suceso. Una profunda y verdadera tristeza se apoderó de todos los habitantes de Douai, y obedeciendo á un sentimiento patriótico, decidieron unánimemente que no se bailase. Entre las cartas que llegaron de Polonia á Douai, habia una para Baltasar. El señor de Wierzohwnia, que estaba á la muerte en Desde, segun decia de resultas de una herida recibida en uno de los últimos encuentros, habia querido legarle varias ideas acerca de lo

Absoluto, que se le habían ocurrido después de su última entrevista. Aquella carta causó al señor Claes una profunda tristeza que hizo honor á su patriotismo; pero su mujer no lo juzgó así, y para ella la fiesta fué un doble luto. Aquella noche en que la casa de los Claes lanzaba su último resplandor, fué triste y sombría en media de tanta magnificencia y de todas aquellas curiosidades reunidas por seis generaciones.

La reina de la fiesta fué la joven Margarita Claes, que entónces tenia diez y seis años y fué presentada por sus padres á aquella escogida sociedad. Su extrema sencillez, su aspecto tímido y, sobre todo, su extraordinaria belleza, llamaron la atención de todo el mundo. Era el tipo exacto de la jóven flamenca, tal como la representan los pintores del país: una cabeza enteramente redonda y llena; cabellos castaños atusados sobre la frente separados en dos partes iguales; ojos de color gris verdoso; brazos hermosos; una morbidez de formas no reñida con la belleza, y un aspecto tímido, á pesar de que en su frente, lisa y elevada, se veía la firmeza oculta bajo una tranquilidad y una dulzura aparentes. Era poco alegre, sin estar por esto triste ni melan-

cólica; la reflexion, el órden y el sentimiento del deber, que son las tres principales expresiones del carácter flamenco, animaban su rostro, frio á primera vista, pero al cual daban cierta gracia sus contornos, leyéndose en él esa pacífica altivez, anuncio de una constante felicidad doméstica. Por una rareza que los fisiólogos no han podido aún explicarse, no se parecía en nada al de sus padres y guardaba un perfecta semejanza con el de su abuela materna, cuyo retrato, preciosamente conservado, lo atestiguaba claramente.

Durante la cena, adquirió la fiesta alguna animacion. Si los desates del ejército impedian el regocijo del baile, no debian, segun pensaron todos, excluir los placeres de la mesa. Poco á poco, aquella casa tan brillantemente alumbrada, en que se codeaban todas las notabilidades de Douai, fué quedando en el mas profundo silencio. Los verdaderos patriotas y las personas que se hallaban fatigadas, se retiraron pronto. Los indiferentes permanecieron allí en compañía de algunos jugadores y de los amigos íntimos de Claes; pero á la una de la madrugada quedó desierta la galeria, se apagaron las luces del salon, y aquel

patio interior, poco antes tan bullicioso y tan brillantemente alumbrado, quedó en la más completa oscuridad, imagen profética del porvenir que estaba reservado á aquella familia.

Cuando el señor y la señora Claes entraron en sus habitaciones, Baltasar dió á leer á su mujer la carta del polaco; ella se la devolvió revelando en su rostro una profunda tristeza, porque había adivinado el porvenir. Efectivamente, desde aquel día, Baltasar no supo ocultar la pena y el fastidio que le agobiaban. Por la mañana, después de almorzar con la familia, jugaba un momento en la sala con su hijo Luciano y hablaba con sus dos hijas mientras éstas cosían, bordaban ó hacían encaje; pero pronto le cansaban estos juegos y estos diálogos, á los que se consagraba como una persona que se vé en la necesidad de cumplir un deber. Cuando su mujer bajaba, le hallaba siempre sentado en una mecedora, contemplando a Margarita y á Feliciano siempre ocupadas en sus labores. Cuando le traían los periódicos, los leía despacio, como un hombre desocupado que necesita á todo trance ir matando el tiempo. Luego se levantaba, contemplaba el cielo á través de los cristales, vol-

via á sentarse y atizaba distraidamente el fuego de la chimenea, como un hombre á quien la tiranía de las ideas ha arrebatado la conciencia de sus actos.

La señora Claes sintió mucho en estas circunstancias su falta de instruccion y de memoria. Erale difícil sostener por largo tiempo una conversacion interesante; además, esto es tal vez imposible á dos seres que se han revelado ya todos sus pensamientos y que por lo tanto se ven en la necesidad de buscar asuntos de distraccion fuera de la vida del corazon ó de la vida material. La vida del corazon tiene sus movimientos y necesita alguna oposicion; los detalles de la vida material no pueden ocupar por mucho tiempo las inteligencias superiores, acostumbradas á resoluciones prontas, y el mundo es insoportable á las almas apasionadas. Dos seres solitarios que se conocen perfectamente, tienen por fuerza que buscar sus distracciones en las mas elevadas regiones del pensamiento, porque es imposible oponer nada pequeño á lo que es inmenso. Cuando un hombre ha adquirido el hábito de pensar en cosas grandes, su carácter llega á ser serio si no conserva en el fondo del corazon ese principio de candor y ese aban-

dono que dá á veces á los hombres de génio la gracia seductora de los niños; pero esta infancia del corazon es un fenómeno humano sumamente raro en los hombres cuya mision es verlo todo, saberlo todo, comprenderlo todo.

Durante los primeros meses, la señora Claes salvó aquella crítica situacion empleando todos cuantos esfuerzos supo sugerirle su amor ó la necesidad. Aprendió ciertos juegos, que nunca le habia sido posible comprender, é interesó á Baltasar en la educacion de sus hijas haciéndole que dirigiese sus estudios y lecturas. Pero estos recursos se agotaron. Llegó un momento en que se halló delante de Baltasar como madama de Maintenon en presencia de Luis XIV, pero sin tener, para distraer á su aburrido dueño, lo magnificencia del poder sin las sutilezäs de una córte que sabia representar comedias como la de la embajada del rey de Siam ó del Sofí de Persia. Reducido, despues de haber arruinado á la Francia, á obrar como un verdadero calavera para allegar el dinero que necesitaba, á aquel monarca, falto ya de juventud y de brillantes triunfos, reconocia en medio de tantas grandezas, su espantosa incompetencia. La régia niñera

que habia sabido dormir á los hijos. no logró siempre adormecer el padre, atormentado ya por el abuso de las cosas, de los hombres, de la vida y de Dios. Pero lo que hacia desgraciado á Claes era su excesivo vigor. Asediado por una idea constante, soñaba con el esplendor de la ciencia y de las riquezas para la humanidad, y con la gloria para sí, y sufría como un artista que lucha con la miseria como Sanson atado á las columnas del templo. El efecto era el mismo para estos dos soberanos, por mas que el monarca intelectual se viese arruinado por su propia debilidad. ¡Qué podia hacer Pepita para combatir aquella especie de nostalgia científica? Despues de haber agotado cuantos medios le sugerian los deberes de la familia, llamó al mundo en su socorro, dando dos CAFES á la semana. En Douai el *café* reemplaza al *té*. Un *café* es una reunion en que, durante toda la noche, beben los convidados esos exquisitos vinos y licores tan abundantes en las bodegas de aquel bendito país, comen varias golosinas y toman *café* puro ó sorbetes de *café* con leche; las mujeres, entre tanto, cantan algunas romanzas, hablan de sus trages ó se cuentan las mil simplezas que se dicen por

la ciudad. Es, en un palabra, una copia de los cuadros de Mieris ó de Terburg, hecha excepcion de las plumas encarnadas en los chambergos, las guitarras y los hermosos trages del siglo XVI. Pero los esfuerzos que hacía Baltasar para desempeñar bien su papel de amo de casa, su aparente afabilidad y sus frases galantes revelaban la profundidad del mal, y al dia siguiente del *café* se sentia penosamente fatigado. Aquellas continuadas fiestas no eran mas que paliativos que atestiguaban lo grave de la enfermedad; eran como unas ramas que hallaba Baltasar al rodar á su precipicio, y que retardaban su caida, que no por eso habia de ser ménos terribles.

No habia nunca de sus antiguas ocupaciones ni se quejaba de la imposibilidad en que se hallaba de continuar sus experimentos, pero todo en él revelaba la tristeza, y su voz débil, casi apagada, indicaba el abatimiento de un convalescente. Cuando llegaba la hora de acostarse, experimentaba cierto contento, porque sin duda el sueño le libraba de alguna idea importuna. Al dia siguiente, se levantaba triste y melancólico y parecia medir el tiempo que debia tras-

currir para entregarse otra vez al sueño, como un viajero rendido de cansancio contempla el desierto que debe recorrer. La señora Claes conocia la causa de aquella languidez, pero ignoraba los estragos que hacía. Ella soportaba con gran valor los sufrimientos del alma pero no las generosidades del corazón. No se atrevia á interrogar á Baltasar cuando éste escuchaba los diálogos de sus dos hijas y las risas de Luciano, como un hombre que tiene su pensamiento fijo en otra cosa, pero se estremecía al verle desechar su melancolia y esforzarse generosamente en parecer alegre para no entristecer á los demás. Sus bromas con sus hijas ó sus juegos con Luciano, hacian asomar las lágrimas á los ojos de Josefina, que se alejaba para ocultar la emoción que le producía un heroísmo que tan perfectamente conocen las mujeres, y que por eso mismo les parte el corazón. Entonces, sentía deseos de decirle:—¡Mátame, y haz lo que quieras!

Poco á poco fué apagándose el fuego de sus ojos; sus atenciones para con su mujer, y sus palabras, todo en él llevaba ya el sello de la atonía. Estos síntomas adquirieron mayor gravedad al finalizar Abril y alarmaron á la señora

Claes, para quien aquel espectáculo era intolerable. Un dia que Baltasar pareció mas angustiado que nunca, se decidió á sacrificarlo todo con tal de volverle á la vida.

— Amigo mio, yo te eximo de tu juramento.

Baltasar la miró sorprendido.

— ¿No echas de menos tus experimentos? le preguntó.

El contestó afirmativamente con extraordinaria vivacidad. Léjos de hacerle alguna objecion, la señora Claes, que habia medido el abismo en que los dos iban á precipitarse, le cogió una mano y la estrechó sonriendo.

— Gracias, amigo mio, estoy segura de mi poder, le dijo; me has sacrificado algo más que tu vida. ¡Ahora soy yo quien debe sacrificarse! Aunque ya he vendido algunos de mis diamantes, todavía me quedan muchos para procurarte el dinero necesario á tus experimentos. Yo guardaba estas joyas para nuestras dos hijas, pero la gloria de su padre les proporcionará un adorno mas brillante. Además, ¿no has de facilitarles tú con el tiempo otros diamantes mas hermosos?

La alegría que inmediatamente se re-

trató en el rostro de su marido, puso el colmo á su desesperacion porque vió con gran pena que la pasion de aquel hombre era mas fuerte que él. Claes tenia confianza en su empresa para continuar sin vacilacion por una senda que para ella era un abismo. A él le alimentaba la fé; á ella le mataba la duda y soportaba la carga más pesada. Ella fingió creer en aquel momento en la probabilidad de un éxito feliz, queriendo justificar de este modo su complicidad en la dilapidacion casi segura de su fortuna.

—Pepita, dijo Claes conmovido, un amor eterno no bastaria para premiar tu abnegacion.

Al terminar estas palabras aparecieron Margarita y Feliciana, y les dieron los buenos dias. La señora Claes bajó los ojos y permaneció un momento indecisa ante sus hijas, de cuya fortuna acababa de disponer en favor de una quimera; su marido entre tanto las hizo sentar sobre sus rodillas y habló alegremente con ellas, aprovechando aquella ocasion para dar rieda suelta á la satisfaccion que inundaba su alma.

La señora Claes participó desde entonces de la vida agitada de su marido. El porvenir de sus hijos y la considera-

cion de su padre eran para ella dos móviles tan poderosos como la gloria y la ciencia para Claes. Aquella desgraciada mujer no volvió á disfrutar una hora de tranquilidad desde que todos los diamantes de la casa fueron vendidos en Paris por mediacion de su confesor, el abate Solís, para que los fabricantes de productos químicos continuasen sus remesas. Agitada incesantemente por el demonio de la ciencia y por el mismo afán investigador que su marido, vivia en una angustia continua y permanecia como muerta dias enteros, clavada en su mecedora por la violencia misma de sus deseos, que no hallando pasto como los de Baltasar en los trabajos del laboratorio, atormentaban su alma con mil terribles dudas y temores.

A veces reprendíase á si misma su condescendencia con una pasion cuyo objeto era de imposible realizacion y que ademas estaba anatematizado por el abate Solís. Levantábase, dirigíase á la ventana que daba al patio interior, y miraba llena de estupefaccion la chimenea del laboratorio. Si arrojaba algun humo, lo contemplaba con aire desesperado, porque las ideas mas encontradas agitaban su imaginacion y su alma. Veia de-

saparecer con aquel humo la fortuna de sus hijos, pero salvaba la vida de su padre: ¿no era su principal deber hacerle dichoso? Este último pensamiento la tranquilizaba un momento. Tenía permiso para entrar en el laboratorio y permanecer en él, pero había tenido que renunciar á aquella triste satisfaccion, porque sufría horribilmente viendo que Baltasar no se ocupaba de ella para nada y que hasta parecia disgustado con su presencia, allí los celos la atormentaban mas que nunca, y sentia que la muerte se apoderaba cruelmente de todo su sér.

Lemulquinier fué entonces para ella una especie de barómetro. Si le oia silbar cuando iba de aqui para allá á la hora de servir el almuerzo ó la comida, adivinaba que los experimentos de su marido daban buen resultado y que éste abrigaba la esperanza de un éxito lisonjero. Si Lemulquinier aparecia taciturno y cabizbajo, ella le dirigia una mirada llena de dolor, porque esto significaba que Baltasar estaba descontento. La señora y el criado habian acabado por comprenderse, á pesar del orgullo de la una y de la sumision arrogante del otro. Débil y sin defensa contra los terribles embates

del pensamiento, aquella mujer sucumbía bajo estas alternativas de esperanza y de desaliento, que iban siempre mezcladas con las inquietudes de la mujer que ama y las ansiedades de la madre que teme la ruina de su familia. El horrible silencio que en otro tiempo le asesinaba el corazón, lo sufría ahora sin notar siquiera el aspecto sombrío de la casa, ni los muchos días que trascurrían sin hallar una sonrisa y sin escuchar una palabra. Llevada de tristes presentimientos, acostumbraba á sus dos hijas á los trabajos de la casa y procuraba ponerlas en disposición de aprender algún oficio de mujer, para que pudieran ganarse el sustento en el caso de que la miseria llamase á las puertas de su casa. La tranquilidad de aquel hogar ocultaba horribles agitaciones. A últimos del verano Baltasar había ya devorado el dinero de los diamantes vendidos en París, y había contraído una deuda de veinte mil francos con los señores Protez y Chiffreville.

En el mes de Agosto de 1813, un año después de la época en que comienza esta historia, había hecho el señor Claes algunos experimentos útiles, á los que desgraciadamente no daba ninguna im-

portancia, pero todos sus esfuerzos no habian producido ningun resultado favorable al objeto principal de sus investigaciones. El dia en que dió por terminada la serie de sus trabajos, el convencimiento de su impotencia le agobió por completo; la seguridad de haber disipado infructuosamente tan crecidas sumas, llevó la desesperacion á su ánimo; aquello fué para él una espantosa catástrofe. Abandonó su guardilla, dirigióse lentamente hácia el salon principal, dejóse caer en una mecedora, y allí, rodeado de sus hijos, permaneció como un muerto durante algunos instantes sin responder á las preguntas con que su mujer le asediaba. Asomaron las lágrimas á sus ojos y huyó á su habitacion para poder libremente dar rienda suelta á su dolor. La señora Claes le siguió con insistencia y le acompañó hasta su gabinete, en donde Baltasar se entregó á todos los transportes de la desesperacion. Sus lágrimas de hombre, sus palabras de artista desalentado y sus penas de padre de familia tuvieron tal caracter de terror, de cariño y de locura, que hicieron mas daño á la señora Claes que todos los dolores sufridos anteriormente. La víctima consoló al verdugo. Cuando Baltasar le dijo

con acento de espantosa convicción.— Soy un miserable, he jugado la vida de mis hijos y la tuya, y para que seais felices, es preciso que me mate! La señora Claes se impresionó de un modo terrible. El conocimiento que tenia del carácter de su marido le hizo temer que realizase inmediatamente aquel acto de desesperación, y esta idea la hizo experimentar una de esas revoluciones que matan la vida en su mismo origen, y que fué tanto mas funesta cuanto ella contuvo sus violentos efectos afectando una tranquilidad y una calma que estaba bien léjos de sentir.

—Amigo mio, le dijo, he consultado, no á Pierquin, cuya aparente amistad le permite ver con cierto placer nuestra ruina, sino á un anciano que ha sido siempre para mí bondadoso como un padre. El abate Solís, mi confesor, me ha dado un consejo que nos salva de la ruina. Ha examinado nuestros cuadros. El importe de los que se hallan en la galeria, puede servir para pagar todas las cantidades porque están hipotecadas tus fincas y lo que debes á los señores Protez y Chiffrevilla.

Claes hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—El señor Solís conoce á los señores Happe y Duncker, de Amsterdam, son apasionadísimos por los cuadros y comprarán los nuestros por su justo valor. De este modo conservaremos todas nuestras rentas, y del resto, que vendrá á ser de unos cien mil ducados, podrás tomar cierta cantidad para continuar tus experimentos. Tus dos hijas y yo nos contentaremos con muy poca cosa; viviendo con economía durante algun tiempo podremos comprar otros cuadros, y tú y nosotros seremos felices.

Baltasar contempló á su mujer con cierta alegría mezclada de temor. Esaban cambiados los papeles: la esposa se habia convertido en protectora del marido. Aquel hombre tan cariñoso y cuyo corazon se asemejaba tanto al de Josefina, la tenia entre sus brazos sin notar la horrible convulsion que la hacia palpar, agitando sus cabellos y sus lábios con un estremecimiento nervioso.

—Yo no me atrevia á decirte que no me falta ya casi nada para llegar al descubrimiento de lo *Absoluto*. Para convertir en gases los metales sólo me falta averiguar el modo de someterlos á un in-

menso calor de un medio en que la presión de la atmósfera sea nula, es decir, en el más perfecto vacío.

La señora Claes no pudo soportar el egoísmo que envolvía esta respuesta. Esperaba un cariñoso agradecimiento por sus sacrificios, y se encontraba con un problema de química. Separóse bruscamente de su marido, bajó al salón, dejóse caer sobre su mecedora, y allí, al lado de sus dos hijas, grandemente afligidas, lloró con verdadero desconsuelo. Margarita y Feliciano cogieron sus manos, se arrodillaron á sus piés y lograron con ella sin saber la causa de su pena, preguntándole de vez en cuando;—¿Qué os pasa, madre mia?

—¡Pobres hijas! conozco que me muero.

Esta respuesta hizo estremecer á Margarita, que vió por primera vez marcada en el rostro de su madre esa palidez peculiar de las personas enfermas.

—¡Marta! ¡Marta!, gritaba Feliciano, venid, mamá os necesita!

La antigua criada acudió desde la cocina, y al ver la blancura verdosa de aquel rostro siempre tan moreno y tan vigorosamente coloreado:

—¡Dios mio de mi alma! exclamó en

español, ¡la señora se muere!

Salió de allí precipitadamente; dijo á Josefa que pusiese agua caliente para unos pediluvios, y volvió al lado de su ama.

—No asustéis al señor, no le digais nada. Marta, exclamó la señora Claes.— ¡Pobres hijas mias! añadió estrechando contra su corazón á Margarita y á Feliciano; yo quisiera vivir para veros felices.—Marta, decid á Lemulquinier que vaya á casa del señor Solís y le ruegue que venga á verme.

Este funesto suceso repercutió necesariamente hasta en la cocina. Josefa y Marta, que adoraban á la señora Claes y á sus hijas, comprendieron que iban á verse privadas de la única afección que tenían. Aquella terrible palabras.— ¡La señora se muere, el señor la habrá matado, preparad en seguida unos pediluvios con mostaza! habian arrancado á Josefa varias frases recriminando á Lemulquinier. Lemulquinier, frío é insensible, siguió comiendo en un ángulo de la mesa.

— ¡En eso tenia que venir á parar la función? decía Josefa mirando al ayuda de cámara y subiéndose sobre un taburete para descolgar un caldero que relucía como el oro.— ¡Qué madre puede ver

á sangre fría que un padre se divierta en derrochar una fortuna como la del señor para convertirla en humo de cerrajas?

Josefa lanzó á Lemulquinier una mirada casi venenosa. El antiguo ayuda de cámara se encogió de hombros con un ademán digno de Mirabeau, y se llevó á la boca un enorme pedazo de pan con manteca.

—Si en vez de andar con tacañerías le diese la señora al amo el dinero que hace falta, estaríamos todos á estas horas nadando en oro! No falta ya ni la cabeza de un alfiler para que lleguemos á descubrir...

—Bueno, y vos que teneis ahorrados veinte mil francos, ¿por qué no se los ofrecéis al señor? ¿no es vuestro amo? Pues estando tan seguro de que vá á hacer y á acontecer...

—Josefa, vos no entendeis ni una palabra de todo esto, preparad pronto el agua caliente, repuso el flamenco interrumpiendola.

—Entiendo lo bastante para saber que habia en esta casa una vagilla de plata que valía mil marcos y que vos y vuestro amo los habeis fundido, y si os dejan seguir á vuestro gusto vamos á quedarnos todos en medio de la calle.

—Y el amo, dijo Marta apareciendo en escena, matará á la señora para deshacerse de una mujer que quiere poner órden en su casa é impedirle que lo despilfarre todo. ¡Para mí no hay duda de que está poseido del demonio! Vos que le ayudais, Lemulquinier, estais arriesgando vuestra alma, si es que tenies alma, porque estais ahí como un pedazo de hielo, mientras toda la casa es una verdadera desolacion. Las señoritas estan llorando como unas Magdalenas. ¡Vamos, id en seguida á buscar al señor abate?

—Tengo que hacer otros encargos del señor; es preciso que arregle el laboratorio, dijo el ayuda de cámara. El barrio de Esquerchin está demasiado lejos. Id vos misma. *

—Pero, ¿estais viendo qué mónstruo! dijo Marta. ¿Y quien vá á dar los pediluvios á la señora? ¿Quereis que la dejemos que se muera? Se le ha subido toda la sangre á la cabeza.

—Lemulquinier, dijo Margarita entrando en el cuarto próximo á la cocina así que aviséis al Sr. Solís, id á llamar al médico señor Pierquin. Decidle que venga inmediatamente.

—Ahora no tendrá más remedio que obedecer, dijo Josefa.

—Señorita, el señor me ha mandado arreglar el laboratorio, respondió Lemulquinier volviéndose hácia las dos mujeres, y mirándolas con aire altanero.

—Papá, dijo Margarita al señor Claes que se presentó en aquel mismo momento, ¿quereis que vaya Lemulquinier á hacer un recado?

—Ahora sí que tendrás que ir, bribon, dijo Marta al oír al señor Claes acceder á la pretension de su hija.

El despego que tenia á la casa el ayuda de cámara era causa constante de grandes disputas entre aquellas dos mujeres y Lemulquinier, cuya frialdad dió por resultado aumentar el cariño y el celo de sus compañeras de servicio. Esta lucha, en apariencia tan insignificante, influyó grandemente en el porvenir de aquella familia cuando poco despues necesitó ser socorrida en la desgracia.

Baltasar habia vuelto á su antigua distraccion hasta el punto de no notar el estado enfermizo en que se hallaba Josefina. Sentó á Luciano sobre sus rodillas y se puso á jugar con él maquinalmente, pensando en el problema que desde aquel momento tenia nuevas probabilidades de poder resolver. Vió los preparativos para dar los piediluvios á su mujer, que

no teniendo fuerza para levantarse de la mecedora en que se hallaba, habia continuado en la sala, Miró á sus dos hijas prodigar mil cuidados á su madre, y no trató siquiera de averiguar la causa de tanta solicitud. Cuando Margarita ó Luciano querian hablar, la señora Claes les imponia silencio, señalándoles á Baltasar.

Todo esto tenia necesariamente que dar en qué pensar á Margarita, que tenia ya bastante edad y bastante discernimiento para comprender ciertas cosas. Llega un momento en la vida interior de las familias, en que los hijos, voluntaria ó involuntariamente, se convierten en jueces de sus padres. La señora Claes habia comprendido el peligro de semejante situacion. El amor á su marido la obligaba á justificar á los ojos de Margarita todo lo que ésta podia considerar en su padre como faltas. El profundo respecto que en aquella ocasion demostró la señora Claes á su marido, olvidándose de sí misma para procurar que nadie le distrajesen de su meditacion, hacia que sus hijos considerasen la majestad paternal con una especie de terror. Pero aquella contagiosa abnegacion aumentaba la admiracion de Mar-

garita hácia su madre, á quien la unian mas particularmente los accidentes diarios de la vida; este sentimiento provenia de una especie de adivinacion de sus sufrimientos, cuyas causas, como era natural, deseaba conocer; y ningun poder humano podia impedir que algunas veces, una palabra escapada á Marta ó á Josefa, revelase á Margarita la causa de la situacion en que se hallaba la casa hácia cuatro años. A pesar de la discrecion de la señora Claes, su hija iba descubriendo poco á poco la trama misteriosa de aquel drama doméstico, é iba á ser en un momento dado, la activa confidenta de su madre y al llegar el desenlace, uno de los mas temibles jueces. La señora Claes trataba con tierna solicitud á Margarita y procuraba comunicarle su abnegacion y su cariño á Baltasar, porque la firmeza de carácter y el buen juicio de su hija la hacian estremecer ante la idea de una lucha probable entre Margarita y Baltasar, cuando despues de su muerte la reemplazase en el manejo interior de la casa.

Aquella pobre mujer, mas que de ver cercana su propia muerte, temblaba por las consecuencias que habia de producir.

Su solicitud por Baltasar se revelaba en la resolución que acababa de adoptar. Al redimir los bienes de su marido, aseguraba la independencia de éste y evitaba toda disension separando sus intereses de los de sus hijos. Esperaba verle dichoso hasta el momento en que ella cerrase los ojos, y pensaba transmitir á Margarita la delicadeza de su corazón para que continuase siendo un ángel de amor y ejerciese en la familia una autoridad tutelar y conservadora. ¿No era esto hacer irradiar desde su tumba el amor que profesaba á aquellos seres queridos? Sin embargo, no queriendo desprestigiar al padre á los ojos de la hija, iniciándola antes de tiempo en el terror que le inspiraba la pasión científica de Baltasar, estudiaba el alma y el carácter de Margarita para averiguar si sería capaz de llenar los deberes de una madre para con todos sus hermanos, y los de una mujer dulce y cariñosa con respecto á su madre. De este modo, los últimos días de la señora Claes se hallaban envenenados á cada instante por mil cálculos y temores que no se atrevía á confiar á nadie. Durante aquella escena en que sentía escapársele la vida, fijaba sus miradas en el porvenir, en tanto que Baltasar, com-

pletamente ajeno á todo lo que fuese economía, fortuna y sentimientos domésticos, sólo pensaba en hallar *lo Absoluto*.

El profundo silencio que reinaba en la sala, sólo era interrumpido por el sonido monótono del pié de Claes que continuava moviéndole, sin echar de ver que Luciano no se hallaba ya sobre sus rodillas. Margarita, sentada al lado de su madre, cuyo rostro palido y descompuesto contemplaba, miraba de cuando en cuando á su padre, extrañando el verde tan insensible. De allí á poco oyóse el ruido de la puerta de la calle y vió la familia al abate Solís que, apoyado en su sobrino, atravesaba lentamente el patio principal.

—¡Ahí está don Manuel! dijo Feliciána.

—¡Qué jóven mas bueno! dijo la señora Claes al ver Manuel de Solís. Tengo mucho gusto en volver a verle.

Margarita se ruborizó al oír aquel elogio. Hacía dos dias que aquel jóven habia despertado en su corazon y en su inteligencia sentimientos é ideas que la eran desconocidos. Durante la visita que el confesor habia hecho á la señora Claes habian ocurrido algunos de esos imperceptibles acontecimientos que tienen

en la vida grande significacion, y cuyos resultados debian ser bastantes importantes. Por esto se hace necesaria la descripcion de los dos nuevos personajes introducidos en el seno de la familia. La señora Claes acostumbraba á confesarse en la iglesia, y esta era la segunda vez que su director espiritual se presentaba en aquella casa.

Cualquiera se hubiese sentido poseido de una especie de enternecimiento y admiracion al aspecto del tio y del sobrino. El abate Solís era un anciano octogenario, de cabellos blancos, y en su rostro decrepito no habia mas vida que la de sus ojos. Su espalda encorvada, su cuerpo seco y sus delgadas piernas, una de las cuales terminaba en un pié horriblemente deformado y envuelto en una especie de saco de terciopelo, ofrecian el aspecto de una naturaleza enfermiza y raquitica, dominada por una voluntad de hierro y por un casto espíritu religioso que habia contribuido poderosamente á su conservacion. Aquel sacerdote español, notable por su gran saber y por una verdadera piedad, habia sido sucesivamente, dominico, gran penitenciario de Toledo y vicario general del arzobispado de de Malinas. A no haber mediado la

revolucion francesa, la proteccion de los Casa-Real le hubiese hecho llegar á las mas altas dignidades de la iglesia; pero la pena que le produjo la muerte del jóven duque, de quien habia sido proceptor; le hizo alejarse de la vida activa y se consagró por completo á la educacion de su sobrino, huérfano desde su mas tierna edad. Despues, quando se verificó la conquista de Bélgica, se estableció al lado de la señora Claes. El abate Solís habia profesado desde su juventud tanto cariño á Santa Teresa, que la lectura de sus obras fué lo que mas le llevó á la parte mística del cristianismo. Al hallar en Flandes una gran multitud de católicos que profesaban sus mismas ideas, tuvo la satisfaccion de verse considerado por ellos como el patriarca de aquella comunión especial que, á pesar de las censuras de que fueron objeto Fenelon y madama Guyon, continúa siguiendo las mismas doctrinas. Era de costumbres rígidas, de vida ejemplar, y pasaba por tener éxtasis. A pesar del despego que un religioso tan severo debia tener á todas las cosas de este mundo, sentía un vivísimo cariño por su sobrino y le prodigaba todos sus cuidados. Quando se trataba de hacer una obra de caridad,

antes de recurrir á su propio peculio, ponía á contribucion á los fieles de su iglesia, y su autoridad patriarcal era tan reconocida, tan puras sus intenciones y tan constante su perspicacia, que todo el mundo se apresuraba á facilitarle su contingente.

Para formar una idea del contraste que existía entre el tío y el sobrino, sería preciso comparar al anciano con uno de esos sauces huecos que vegetan al borde de las aguas, y al joven con el agavanzo cargado de rosas cuyo tallo elegante y recto brota del seno del árbol roído á quien parece querer enderezar. Educado severamente por su tío, que le tenía siempre á su lado como una matrona encargada de velar por una virgen, tenía Manuel esa exquisita sensibilidad y ese apacible candor, que son las flores pasajeras de todas las almas jóvenes, pero que solo adquieren todo su desarrollo en las que se hallan perfectamente educadas en los principios religiosos. El anciano sacerdote habia comprimido la expresion de los sentimientos voluptuosos en su discípulo, preparándole por medio de continuados trabajos y de una disciplina, tal vez exajerada, á los sufrimientos de la vida. Esta educacion, que de-

bia conservar à Manuel en toda su pureza para el mundo y hacerle dichoso si empleaba bien sus primeras afecciones, le habia vestido de un angelical candor que comunicaba á su persona todo ese encanto peculiar mas bien de las jóvenes solteras. Sus ojos tímidos, pero que revelaban un alma fuerte y varonil, tenían un brillo que vibraba en el alma así como el sonido del cristal derrama sus ondulaciones en el oido. Su rostro expresivo se recomendaba por una gran exactitud en los contornos, por la acertada disposicion de las líneas y por la profunda serenidad que presta la paz del corazon; todo en él guardaba la debida relacion; sus cabellos negros, sus ojos y sus cejas oscuras, daban mayor realce á la tez blanca y sonrosada. Su voz era como debia esperarse de un rostro tan hermoso. Sus movimientos afeminados estaban en armonia con el acento melódico de su voz y con la suave luz de su mirada. Parecia ignorar la simpatía que excitaban la reserva un tanto melancólica de su actitud, el comedimiento de sus palabras y las respetuosas atenciones que prodigaba á su tio. Efectivamente, al verle estudiar el andar tertuoso del anciano para plegarse á sus doloro-

sas desviaciones con objeto de no contrariarlas, y observar á los léjos todo lo que podía herirle los piés para llevarle por el camino mas adecuado, se adivinaban perfectamente en Manuel los generosos sentimientos que hacen del hombre una criatura sublime. Parecia tan grande amando á su tio sin juzgarle y obediéndole sin discutir jamás sus órdenes, que su nombre de pila venia á ser como una especie de predestinacion.

Manuel habia acompañado á su tio en la visita que éste habia hecho á su penitente para examinar los cuadros de la casa de Claes. Margarita, al saber que el abate Solís se hallaba en la galeria, quiso ver á aquel hombre tan célebre, y satisfizo su curiosidad con el pretexto de ir á acompañar á su madre. Penetró en la galeria como una muchacha aturdida y vió al lado del viejo, vestido de negro, encorvado y cadavérico, el rostro juvenil y simpático de Manuel. Miráronse ambos y sus miradas denotaron idéntica sorpresa. Sin duda se habian visto ya antes en sus sueños. Los dos bajaron sus ojos y volvieron á levantarlos en seguida, obediendo á un mismo sentimiento y dejando escapar una misma revelacion. Margarita tomó el brazo de su ma-

dre, le habló en voz baja, y se puso, por decirlo así, al abrigo del ala materna, alargando el cuello á modo de cisne para mirar de nuevo á Manuel, que continuaba dando el brazo á su tío. La luz de la galeria, artísticamente distribuida segun las exigencias de cada cuadro, era bastante ténue y favoreció aquellas furtivas miradas que son la alegría de las personas tímidas. Los dos jóvenes sintieron esa profunda turbacion que agita el alma, y cuyo secreto se guarda en la primera juventud, bien sea por pudor ó por golosina. La primera impresion que determina el desbordamiento de una sensibilidad largo tiempo contenida, va seguida en todos los jovenes de esa admiracion semi-estúpida que produce en los niños la primera audicion de una pieza musical; unas veces, los niños rien y piensan, y otras, no rien hasta despues de haber pensado; pero aquéllos cuya alma está hecha para vivir de la poesia ó del amor, escuchan durante largo tiempo y piden la repeticion de la melodía con una mirada en que se refleja ya el placer ó despunta la curiosidad de lo infinito, Si amamos irresistiblemente los sitios en que hemos sido, en nuestra in-

fancia, iniciados en las bellezas de la armonía; si recordamos con placer el músico, y aun el instrumento, ¿cómo no amar al primer sér que nos ha revelado las poéticas melodías de la vida? El primer corazón en que hemos respirado el amor, ¿no es una especie de pátria? Manuel y Margarita fueron uno para el otro, esa voz musical que despierta un sentido, esa Mano que disipa las nubes y deja ver las orillas iluminadas por el brillante sol del Mediodía. Cuando la señora Claes detuvo al anciano ante un cuadro de Guido que presentaba un ángel, Margarita alargó la cabeza para ver qué efecto producía en Manuel; y el joven buscó á Margarita para comparar el mudo pensamiento del lienzo con el pensamiento vivo de la criatura; involuntaria y encantadora lisonja que fué comprendida y estimada. El anciano abate alababa con gravedad aquella hermosa composición, y la señora Claes le respondía, pero aquellos dos niños permanecian silenciosos. Así se conocieron. La luz misteriosa de la galería, la tranquilidad de la casa, la presencia de sus parientes, todo contribuyó á grabar mas y mas en el corazón los rasgos delicados de aquel vaporoso reflejo. Los mil confusos pea-

samientos que acudieron á la mente de Margarita se calmaron, hicieron en su alma como una especie de superficie límpida y se tiñeron de una luminosa luz cuando Manuel balbuceó algunas frases para despedirse de la señora Claes. Aquella voz cuyo timbre fresco y sonoro llevaba al corazón un encanto desconocido; completó la revelación súbita que él había causado y cuyos frutos debía recoger, porque el hombre de quien se sirve el destino para despertar el amor en el corazón de una joven, desconoce muchas veces su obra y la deja sin acabar. Margarita se inclinó, verdaderamente confusa, y se despidió con una mirada que parecía reflejar el sentimiento de ver desaparecer aquella pura y fecunda visión. Era el niño que pedía la repetición de sus melodías. Aquel adiós se verificó al pie de la antigua escalera, delante de la puerta del salón, y cuando ella entró en él, miró al tío y al sobrino hasta que volvió á cerrarse la puerta de la calle.

La señora Claes estuvo demasiado ocupada con los graves asuntos que trató en su conferencia con su director, y no pudo notar nada en la fisonomía de su hija. En la segunda visita del abate

Solis y su sobrino, se hallaba tan fuertemente trastornada, que no pudo observar en el encendido color del rostro de Margarita la fermentacion del primer placer experimentado por un corazon virgen.

Al anunciar la visita del anciano abate, Margarita volvió á continuar la labor con tan aparente entusiasmo, que saludó al tio y al sobrino sin alzar un momento la vista. El señor Claes devolvió maquinalmente su saludo al señor Solís, y salió de la sala como un hombre agobiado grandemente por sus ocupaciones. El piadoso dominicano se sentó al lado de su penitente, dirigiendole una de esas profundas miradas con que acostumbraba á sondear las almas: el aspecto del señor Claes y de su mujer le habian hecho adivinar una catástrofe.

—Hijos míos, dijo la madre, id al jardín. Tú, Margarita, vé á enseñarle á don Manuel los tulipanes de papá.

Margarita, llena de rubor, cogió de la mano á Feliciano y miró al jóven, que se puso encendido como la grana y salió de la sala cogiendo en brazos á Luciano. Al llegar los cuatro al jardín, Feliciano y Luciano se separaron de Margarita para ir á jugar, y éstar, casi sola con el jóven

Solís, le condujo á la estufa de los tulipanes.

—¿Os gustan los tulipanes? preguntó Margarita, despues de un momento de profundo silencio.

—Señorita, los tulipanes son unas flores preciosas, y para estimarlas en lo que valen, es preciso ser entendido en la materia, pues de otro modo no es posible apreciar todas sus bellezas. Esas flores me desvanecen. La constumbre de trabajar al lado de mi tío en mi pequeña habitacion, me hace preferir sin duda todo quanto es suave á la vista.

Al decir estas últimas palabras, contempló á Margarita, pero sin que esta mirada, llena de confusos deseos, revelase ninguna alusion á la blancura mate y á los delicados colores que permitian considerar como una flor aquel hermoso rostro.

—Eso quiere decir que trabajais mucho, repuso Margarita conduciendo á Manuel hácia un banco de madera pintado de verde. Desde aquí, continuó, vereis los tulipanes á mayor distancia y sus colores os herirán ménos la vista.

—¡Vaya si trabajo! respondió el jóven despues de un corto silencio, durante el cual se habia entretenido en nivelar con

el pié la arena del piso. Trabajo en una porcion de cosas. Mi tio queria que yo fuese cura...

— ¡Hola! dijo con sencillez Margarita.

— Yo me he resistido porque conozco que no tengo vocacion. Pero he necesitado mucho valor para contrariar los deseos de mi tio. ¡Es tan bueno y me quiere tanto! Hace poco, viéndome pobre y huérfano, ha dado el dinero necesario para librarme de la quinta.

— ¿Y qué carrera vais á seguir? repuso Margarita. Y en seguida añadió, haciendo una graciosa mueca:— Dispensadme que sea tan curiosa.

¡Ah! señorita, dijo Manuel contemplándola con tanta admiracion como ternura; exceptuando á mi tio, nadie me ha hecho esa pregunta. Estudio para profesor. ¿Qué quereis? Yo no soy rico, y si logro dirigir algun colegio en Flandes, ganaré para vivir modestamente y me casaré con una mujer sencilla, á quien amaré con toda el alma. Tal es la vida que tengo en perspectiva. Sin duda por eso prefiero la bellorita que pisa todo el mundo en las llanuras de Orchia, á esos hermosos tulipanes dorados que representan una vida fastuosa; del mismo modo que la bellorita representa una vida

tranquila y patriarcal, la vida de un pobre profesor, que es lo que yo he de ser.

—¿Y por qué llamais belloritas á las margaritas? dijo ella.

El jóven Solís se puso excesivamente colorado y buscó una respuesta restregando los piés sobre le arena. Sin saber qué escoger entre todas las ideas que se le ocurrían y que le parecían á cual mas tonta, perdió su serenidad al ver lo mucho que tardaba en contestar, y dijo:— Es que no me atrevia á pronunciar vuestro nombre...

—¡Conque profesor! repuso ella.

—Sí; seré profesor, pero unicamente para tener una carrera, porque trataré de escribir obras que tal vez me permitan ser un hombre verdaderamente útil. Tengo una gran afición á los trabajos históricos.

—¡Hola!

Este ¡hola! lleno de secretos pensamientos, puso en mayor confusión al jóven y se echó á reír como un tonto diciendo:

—Estais haciéndome que hable de mí, cuando yo solo debia hablar de vos.

—Creo que mi mamá y vuestro tío han terminado su conversacion, dijo ella mi-

rando á las ventanas de la sala.

—La he hallado muy cambiada.

—Sí; sufre y no quiere decirnos la causa de sus sufrimientos, así es que nosotros no podemos hacer mas que compadecer sus dolores.

La señora Claes acababa de terminar en efecto una consulta delicada, en la cual se trataba de un caso de conciencia, que únicamente podia resolver el abate Solis. Previendo una completa ruina, queria retener, sin que Baltasar lo supiese, una suma considerable sobre el valor de los cuadros que el señor Solis habia de vender en Holanda, con objeto de ocultarla y reservarla para el dia en que su familia se viese envuelta en la miseria. Despues de un maduro exámen y despues de haber apreciado las circunstancias en que se hallaba su penitente, el viejo dominicano habia dado su aprobacion á aquel acto de prudencia. Despidióse de la señora Claes para ocuparse de dicha venta, que debia verificarse con todo secreto, á fin de no perjudicar demasiado el crédito de Baltasar. El anciano envió á su sobrino á Amsterdam, provisto de una carta de recomendacion y una vez allí, halagado por la idea de ser útil á la casa de los Claes, consiguió

vender los cuadros de la galeria á los celebres banqueros Happe y Duncker, por una suma ostensible de ochenta y cinco mil ducados de Holanda y una suma de otro quince mil ducados que seria entregada secretamente á la señora Claes. Los cuadros eran tan conocidos, que bastaba para terminar el ajuste que Baltasar contestase á la carta que la casa Happe y Duncker le dirigió con este motivo. El señor Claes autorizó á Manuel Solís para que cobrase el importe de los cuadros que le remitió enrollados y con todo secreto, á fin de que los habitantes de Douai no tubiesen noticia de esta venta.

A fines de Setiembre, Baltasar satisfizo todas las cantidades que le habian sido prestadas, rescató sus bienes y reanudó sus tareas; pero la señora Claes se habia despojado de su mejor adorno. Cegado por su pasion, no se apesadumbró por semejante pérdida, que estaba tan cierto de reparar, que habia estipulado en el contrato de venta su derecho al rescate. Cien lienzos pintados no significaban nada á los ojos de Josefina, comparados con la dicha doméstica y la satisfaccion de su marido; ocupó la galeria con los cuadros que adornaban las habitaciones de

recepcion, y para que no se echase de ver el vacío que dejaban en la casa exterior, cambió tambien todos los muebles. Despues de pagar sus deudas, pudo Baltasar disponer aún de cerca de doscientos mil francos para empezar nuevamente sus experimentos. El señor abate Solís y su sobrino fueron los depositarios de los quince mil ducados que poseia en secreto la señora Claes; y para aumentar esta suma vendió el abate los ducados, que habian adquirido un gran valor con motivo de la guerra continental. De este modo se realizaron ciento sesenta y seis mil francos, que fueron enterrados en el sótano de la casa habitada por el abate Solís.

La señora Claes tuvo el triste consuelo de ver á su marido ocupado constantemente durante unos ocho meses. Sin embargo, el duro golpe que de él habia recibido amenguó su salud, que fué empeorando por momentos. La ciencia se apoderó de tal suerte de Baltasar, que ni los reveses de la Francia, ni la primera caída de Napoleon, ni la vuelta de los Borbones, lograron distraerle de sus ocupaciones; no era un marido, ni un padre, ni un ciudadano: era un químico.

A últimos del año 1814, la señora Cla-

es habia llegado á tal grado de consuncion, que no le era posible abandonar el lecho. No queriendo vegetar en su habitacion, en la cual los recuerdos de su pasada dicha le hubieran inspirado involuntarias comparaciones con el presente, que la hubiesen acabado de matar, se habia instalado en la sala. Los médicos habian accedido á este deseo de su corazon porque esta sala tenia mayor ventilacion y era mas alegre y mas conveniente dado el estado de su salud. La cama en que esta desgraciada mujer veia terminar su existencia, estaba situada entre la chimenea y la ventana que daba al jardin. Allí pasó sus últimos dias ocupada, como una santa, en perfeccionar el alma de sus dos hijas, complaciéndose en hacer brillar en ellas el fuego de la suya. Debilitado en sus manifestaciones el amor conyugal, permitió al amor maternal desplegar toda su fuerza. La madre se mostró tanto más sublime cuanto que habia tardado en ser así. Como todas las personas generosas, experimentaba sublimes delicadezas de sentimiento y las juzgaba como una especie de remordimiento; creia no haber dado todo el debido cariño á sus hijos y procuraba enmendar sus supuestos yerros siendo ama-

ble y haciéndoles dichosos. Tenia con ellos mil atenciones y cuidados, queria en cierto modo hacerles vivir dentro de su carazon, cubrirlos con sus amortiguadas alas y darles en un dia toda la ternura que les habia escaseado. Sus sufrimientos daban á sus caricias y á sus palabras el santo perfume que se exhalaba de su alma. Sus ojos los acariciaban antes que su voz los conmoviese con un cariñoso acento, y su mano parecia estar siempre derramando bendiciones sobre ellos.

■ La poblacion de Douai no extrañó que la familia Claes abandonase nuevamente sus hábitos de lujo y dejase completamente de recibir á sus amigos. La enfermedad de la señora Claes justificaba suficientemente semejante cambio; además el pago de las deudas tapó la boca á los murmuradores, y las vicisitudes políticas de Flandes, la guerra de los Cien Dias y la invasion extranjera, hicieron que nadie volviera á ocuparse del químico. Durante aquellos dos años estuvo tantas veces la ciudad espuesta á ser asaltada y ocupada por los franceses ó por los enemigos; acudieron á ella tantos extranjeros y aldeanos; hubo tantos intereses encontrados, tantas existencias en peligro,

tanto movimiento y tanta desgracia, que nadie podia ocuparse mas que de sí mismo. El abate Solís y su sobrino y los dos hermanos Pierquin, eran las únicas personas que visitaban á la señora Claes.

El invierno de 1814 á 1815 fué para ella una dolorosaagonia. Su marido iba rara vez á verla. Permanecia algunas horas á su lado despues de comer, y como la veia sin fuerzas para sostener una larga conversacion, la dirigia una ó dos frases, que eran siempre semejantes, tomaba asiento y continuaba silencioso, á ménos que el abate Solis y su sobrino fuesen á hacerles compañía. Entonces, mientras el anciano jugaba al trictrac con Baltasar, Margarita hablaba con Manuel, cerca del lecho de su madre, que se sonreia viendo la inocente alegría de ambos jóvenes. La inflexion de voz que encantaba á aquellos dos niños le destrozaba el corazon; una mirada de inteligencia entre ellos la sumergia, ya casi muerta, en los recuerdos de sus años juveniles y dichosos que tanto amargaban ahora su escasa vida. Pero Manuel y Margarita, con exquisita delicadeza, reprimian las deliciosas niñerías del amor para no ofender á una mujer llena de dolor, cuyas heridas adivinaban por instinto.

Nadie ha observado aún que los sentimientos tienen una vida que les es propia, una naturaleza que procede de las circunstancias en que han nacido; conservan la fisonomía de los sitios en que han crecido y el sello de las ideas que han influido en su desarrollo. Hay pasiones ardientemente concebidas, y que continúan ardientes, como la pasión de la señora Claes por su marido. Hay además sentimientos nunca contrariados que conservan la alegría de la mañana, y las satisfacciones que proporcionan van siempre mezcladas de risas y de fiestas. Pero también hay amores llenos de melancolía y desventura, cuyos placeres son penosos, difíciles, rodeados de temores, envenenados por los remordimientos ó egéncs á toda lisongera esperanza. Así era el amor de Mannel y Margarita; sentimiento nacido bajo la sombría bóveda de la galería de Claes, ante un anciano y severo abate y en un momento de silencio y de calma; aquel amor grave y discreto, pero de múltiples matices, de secretas voluptuosidades, saboreadas como racimos robados en los linderos de una viña, reflejaba los sombríos colores que le adornaron en sus primeras horas. Se atrevió á dar muestras de su abor-

gria ante aquel lecho del dolor, aquellos dos niños daban, á pesar suyo, mayor extension á sus goces concentrándolos en el fondo de su corazón. Manuel, ayudando á Margarita á cuidar á su madre, se consideraba dichoso haciendo el papel de hijo suyo. Un agradecimiento melancólico reemplazaba en los lábios de la joven el meloso lenguaje de los amantes. Los suspiros de sus corazones, llenos de alegría por alguna mirada correspondida, se diferenciaban poco de los suspiros que les arrancaba el espectáculo de aquella madre moribunda. Sus pocos momentos felices podían compararse á unas teas pintadas sobre fondo negro. Ambos estaban persuadidos de una cosa que no se confesaban; sabían que el sol se hallaba sobre sus cabezas, pero ignoraban qué viento vendría á disipar las negras nubes que les arrebataba su luz: dudaban del porvenir, y temiendo ser perseguidos por la desgracia, permanecían tímidamente en las sombras de aquel crepúsculo sin atreverse á decir: *¿Iramos juntos todo el día?*

Sin embargo el cariño de que la señora Claes daba pruebas á sus hijos, ocultaba noblemente todo cuanto ella no quería confesarse á sí misma. Sus hijos no

la producian ningun sobresalto ni temor porque eran su consuelo, pero no su vida; vivia para ellos y moria por Baltasar. Por penosa que fuese la presencia de su marido, que permanecia horas enteras pensativo, dirigiéndole de cuando en cuando una mirada falta de expresion, lo cierto es que ella sólo olvidaba sus dolores en estos instantes. La indiferencia de Baltasar con aquella mujer moribunda hubiera parecido criminal á cualquier persona extraña que la hubiese observado; pero la señora Claes y sus hijas se habian acostumbrado á ella, y además conocian el corazon de aquel hombre y le perdonaban. Si durante el dia sufría alguna crisis peligrosa la señora Claes, si se ponía peor, si parecia próxima á espirar, su marido era la única persona de la casa, y aún de la ciudad, que no se enteraba de ello; Lemulquinier lo sabia, pero ni las niñas, á quienes su madre imponia silencio, ni su mujer, le participaban los peligros que corria la persona á quien en otro tiempo habia amado con tan vehemente pasion. Cuando se oian sus pasos en la galería á la hora de comer, la señora Claes se consideraba feliz; iba á verle y reuniba todas sus fuerzas para saborear semejante alegría. Al ver-

le entrar, aquella mujer pálida y medio muerta, recobraba sus antiguos colores y su rostro parecía el de una persona en perfecto estado de salud. El se acercaba al lecho, cogía la mano de su mujer, la contemplaba bajo una falsa apariencia y era la única persona que no la creía enferma. Cuando la preguntaba:—Querida mía, ¿qué tal os encontráis? Ella le respondía:—*Estoy mejor*, amigo mio, y había creer á aquel hombre distraído que al día siguiente podría levantarse, ya restablecida. La preocupación de Baltasar era tan grande, que juzgaba la enfermedad mortal que aquejaba á su mujer como una leve indisposición. Todo el mundo la tenía por muerta y él la creía viva.

Una completa disención entre los dos esposos fué el resultado de aquel año. El señor Claes tenía su dormitorio léjos del de su mujer, se levantaba al amanecer y se encerraba en su laboratorio ó en su gabinete. A fuerza de no verla sino en presencia de sus hijas ó de los dos ó tres amigos que iban á verla, acabó por olvidarla. Aquellos dos séres, acostumbrados en otro tiempo á pensar juntos, sólo tuvieron muy de tarde en tarde esos mo-

mentos de comunicacion, de abandono y de mútua confianza, que constituyen la vida del corazon, y llegó un momento en que cesaron por completo estas raras voluptuosidades. Los sufrimientos físicos sirvieron á aquella pobre mujer para ayudarla á soportar un vacío y una separacion que la hubieran matado si hubiese tenido vida. En medio de sus dolores, considerábase feliz al ver que no era testigo de ellos el hombre á quien siempre había amado. Contemplaba á Baltasar durante una parte de la noche, y sabiendo que era feliz á su modo, participaba también de esa felicidad que ella le había procurado; bastábale este pequeño goce; ya no se preguntaba si él la amaba; procuraba creerlo, y se deslizaba sobre esta capa de hielo sin atreverse á hacer hincapié por temor de romperla y hallar el abismo de la nada.

Como ningun acontecimiento turbaba esta tranquilidad, y la enfermedad que devoraba lentamente á la señora Claes contribuía á esta paz interior, conservando el afecto conyugal en un estado pasivo, fué fácil llegar en este sombrío *statu quo* á los primeros días del año 1816.

A últimos de Febrero, el notario señor

Pierquin dió el golpe que debía llevar á la tumba á una mujer angelical, cuya alma, segun decia el abate Solís, estaba casi limpia de todo pecado.

—Señora, te dijo al oido aprovechando un momento en que sus hijas no podian oir su conversacion, el señor Claes me ha encargado que le proporcione trescientos mil francos hipotecando sus fincas; os aconsejo que adopteis alguna precaucion para salvar la fortuna de vuestros hijos.

La señora Claes cruzó las manos, alzó los ojos al cielo, y dió gracias al notario con un movimiento de cabeza y una triste sonrisa que le conmovió profundamente. Aquella frase fué una puñalada que la mató. Aquel dia se habia entregado á tristes reflexiones que habian ahogado su corazon, y se hallaba en la situacion de un viajero estenuado de fatiga, á quien el mas ligero obstáculo hace tropezar y caer hasta el fondo del precipicio que hasta entónces habia salvado con valor y serenidad.

Al despedirse el notario, la señora Claes pidió á Margarita recado de escribir, reunió todas sus fuerzas y empleó algunos instantes en redactar su testamento. De cuando en cuando se detenía para

contemplar á su hija. Habia llegado la hora de las revelaciones. Desde que Margarita dirigia la casa por enfermedad de su madre, desempeñaba tan perfectamente su cometido, que la moribunda consideró sin horror el porvenir de su familia, viéndose revivir en aquel ángel cariñoso y fuerte. Aquellas dos mujeres tenian sin duda alguna que hacerse mutuas y tristes confesiones, porque la hija miraba á la madre tanto como su madre la miraba á ella, y ambas tenian los ojos preñados de lágrimas. Cuando la señora Claes descansaba, la habia llamado Margarita en varias ocasiones, como si quisie hablarle, pero luego se detenia como sofocada, y su madre, preocupada vivamente con sus últimos pensamientos, no notaba que su hija tenia algo que decirle. La señora Claes quiso lacrar la carta que acababa de escribir Margarita le llevó una bujía y se retiró por discrecion para no ver las señas que iba á escribir, pero su madre exclamó con acento desgarrador:

— ¡Puedes leer, hija mia!

Y Margarita vió á su madre escribir estas palabras: *A mi hija Margarita.*

— Así que desoanse un poco hablaremos, añadió colocando la carta debajo de

la almohada.

Luego se acostó como rendida por el esfuerzo que acababa de hacer y durmió algunas horas. Cuando se despertó vió á sus dos hijas y á sus dos hijos de rodillas al pié de su cama, rezando todos con verdadero fervor. Era un juéves. Gabriel y Luciano acababan de llegar del colegio en compañía de Manuel Solís, que habia sido nombrado hacia seis meses profesor de historia y de filosofía.

— ¡Queridos hijos míos, es preciso que nos despidamos! exclamó. ¡No me abandonéis! y él que...

No pudo acabar.

— Manuel, dijo Margarita viendo palidecer á su madre, avisad á mi padre que mamá se ha puesto peor.

El jóven Solís subió al laboratorio, y despues de conseguir de Lemulquinier que avisase al señor Claes, salió éste y contestó al urgente llamamiento del jóven:

— Voy allá.

— Amigo mio, dijo la señora Claes á Manuel tan pronto como volvió de su comision, lleváos á mis dos hijos y llamad á vuestro tio. Creo que deben dárseme los últimos sacramentos y deseo recibirlos de su mano.



Cuando se halló sola con sus dos hijas, hizo seña á Margarita para que sacase de allí á Feliciano, lo que efectuó en seguida.

—Querida mamá, yo también tenía que hablaros, dijo Margarita, que, no creyendo su madre de tanto peligro, agravó la herida hecha por Pierquin. Hace diez días que no tengo dinero para los gastos de la casa y debo á los criados seis meses de soldada. He estado dos veces para pedir dinero á papá, y no me he atrevido ¡Ah! ¿no sabes? ¡Se han vendido los cuadros de la galeria y la bodega!

—No me ha hablado ni una palabra de todo eso, exclamó la señora Claes. Ay, Dios mio, cuán á tiempo me llevais á vuestro lado? Pero, ¿qué será de mis pobres hijos?...

Oró fervorosamente y brilló en sus ojos el fuego del arrepentimiento.

—Margarita, repuso sacando la carta de debajo de la almohada, no abras este escrito ni lo leas hasta que despues de mi muerte te halleis en una gran penuria; es decir, cuando no tengas qué comer. Querida Margarita mia, ama mucho á tu padre! pero cuida de tu hermana y de tus hermanos. Dentro de algunos días,

tal vez dentro de algunas horas, tendrás que ponerte la frente de la casa. Se económica. Si tienes que oponerte á los deseos de tu padre cuando te pida dinero para continuar sus experimentos, emplea todo el cariño de una hija y procura conciliar los intereses puestos á tu cuidado con el respeto que se debe á un padre y á un gran hombre que sacrifica su dicha y su vida en pró de su familia. Podrá estar equivocado en sus proyectos, pero sus propósitos serán siempre nobles. ¡Es tan bueno y tan cariñoso! ¡Vosotros le vereis de nuevo bueno y afectuoso! Yo no podía decirte todo esto sino al borde de la tumba, Margarita. Si quieres suavizar los dolores de mi muerte, prométeme, hija mía, que velarás por tu padre y no le causarás ningun pesar. ¡No le echés nada en cara, no juzgues sus actos! Sé, en fin, una tierna y complaciente mediadora hasta que termine sus trabajos y vuelva á ocupar el lugar de jefe de su familia.

—Comprendo lo que me decís, madre de mi alma, y lo haré como deseais, dijo Margarita besando los inflamados ojos de la moribunda.

—Angel mio, repuso la señora Claes, no te cases hasta que Gabriel pueda

reemplazarte en el manejo de los negocios y de la casa, porque si te casas antes, tu marido no participaría tal vez de tus sentimientos, turbaría la paz de tu familia y disgustaría á tu padre.—Pobre hija, no he sabido sacrificarme por tí, añadió la madre llorando amargamente, y te pido que te sacrifiques por todos! La dicha nos hace egoistas; sí, Margarita, yo he sido débil porque era dichosa. Sé fuerte; y ten la razon que pueda faltar á los de la casa. Obra de modo que tu hermana no tengan que acusarme nunca! Ama mucho á tu padre pero no le contraríes, no le contraríes demasiado.

Dejó caer la cabeza sobre la almohada y calló; se habia agotado todas sus fuézas; la lucha interior entre la esposa y la madre habia sido demasiado violenta. Algunos instantes despues, llegaron los curas, procedidos del abate Solís, y los criados de la casa ocuparon la sala. Al empezar la ceremonia, despertó su confesor á la señora Claes, ésta miró á las personas que habia arrodilladas á su lado y no vió á Baltasar.

—¿En dónde está mi marido? preguntó.

.... Esta frase, que resumía su frase y su

muerte, fué pronunciada con tono tan lastimero, que todos los concurrentes al acto se sintieron profundamente conmovidos.

Marta, á pesar de sus muchos años, salió de la estancia como un rayo, subió la escalera y dió grandes puñetazos á la puerta del laboratorio.

—Señor, la señora se está muriendo, y os están esperando para administrarla, gritó la pobre mujer con toda la violencia de la indignacion.

—Ahora bajo, respondió Baltasar.

Poco despues apareció Lemulquinier, diciendo que su amo saldria en seguida. La señora Claes no cesaba de mirar á la puerta de la sala, pero su marido no entró hasta el momento de quedar terminada la ceremonia. El abate Solís y los niños rodeaban la cabecera de la enferma. Al ver á su marido, Josefina se puso encendida y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—*Tal vez estabas ahora descomponiendo el ázoe*, le dijo con dulcísimo acento.

—¡Sí por cierto! exclamó radiante de alegría. El ázoe contiene exígeno y una sustancia *imponderable*, que debe ser probablemente el principio de la...

Un murmullo de horror en el auditorio vino á interrumpirle y le devolvió su presencia de ánimo.

— ¡Pero, calla! repuso, me han dicho que estás peor ¿qué le ha sucedido?

— Sucede, caballero, le dijo al oído el abate Solís lleno de indignación, que vuestra mujer se muere y sois vos quien la ha muerto.

Y sin guardar su respuesta, se asió el abate del brazo de Manuel y salió seguido de los niños, que le acompañaron hasta el patio. Baltasar se quedó inmóvil y aterrorizado, miró á su mujer y las lágrimas se escaparon de sus ojos.

— ¡A! exclamó ¿qué es lo que dice? ¿Que te mueres! ¿que yo te he muerto!...

— Amigo mio, repuso Josefina, tu amor era el sosten de mi vida, y sin quererlo y sin saberlo me la has arrebatado.

— Dejados solos, dijo Claes á sus hijos al verlos entrar de nuevo en la sala.

— ¿Pero he cesado yo de amarte un solo momento? repuso sentándose á la cabecera de la cama y cogiendo y besando las manos de la enferma.

— Amigo mio, no te hago ningun cargo. Tú me has hecho feliz, demasiado feliz, y no he podido sostener la comparación de los primeros dias de nuestro ma-

trimonio, llenos de satisfacciones, con estos últimos días en que has dejado de ser lo que eras. La vida del corazón, como la vida física, tiene sus acciones, y hace seis años que has muerto para el amor, para la familia y para todo lo que constituía nuestra felicidad. No te hablaré de la dicha, que es el matrimonio de la juventud, porque debe concluir en la última estación de la vida, pero deja frutos, que son el alimento de las almas, una ilimitada confianza y el hábito del cariño. ¡Ay! tú me has arrebatado esos tesoros propios de nuestra edad. Yo muero á tiempo; ya no viviamos juntos; me ocultabas tus pensamientos y tus acciones. ¿Por qué has llegado á temerme? ¿Te he dirigido nunca una palabra, una mirada ó un gesto para censurarte? Entonces, ¿por que has vendido tus últimos cuadros y los vinos de la bodega y has hipotecados tus bienes sin decirme de todo esto una palabra? Si cometes algunas faltas, si te obstinas en perseguir us imposible, ¿no he sabido demostrarte que hay mí bastante amor para complacerme en compartir tus faltas y en ir siempre á tu lado, aunque marchases por el sendero del crimen? Me has amado demasiado bien! Esa es mi gloria y mi do-

lor, Claes, mi enfermedad ha sido muy larga. Empezó el día en que me demostraste que pertenecías más á la ciencia que á tu familia. Tu mujer se muere y tu propia fortuna ha desaparecido. Tu fortuna y tu mujer te pertenecían, y podías disponer de ellas á tu antojo. Pero el día en que yo deje de existir, mi fortuna será de tus hijos y no podrás mermarla en lo más mínimo ¿Qué será de tí entonces? Ahora debo decirte la verdad, porque los moribundos ven el porvenir! ¿Cuál será de hoy en adelante el el contrapeso que sirva de balanza á la pasión maldita que te devora? Tú me has sacrificado a esa pasión, y con mayor motivo harás lo mismo con tus hijos, porque creo hacerte justicia suponiendo que me quieres más que á ellos. Has arrojado dos millones y seis años de trabajo á ese abismo, y no has hallado nada...

Al oír estas palabras, Battasar escondió entre sus manos su cabeza completamente encanecida.

—Y no hallaras nada más que la vergüenza para tí y la miseria para tus hijos! Ya te llaman, por chacota, Claes el alquimista; luégo te llamarán ¡Claes el loco! Yo creo en tí. Yo sé que eres gran-

de y sábio y que arde en tí el génio, pero para el vulgo el génio se parece á la locura. ¡La gloria es el sol de los muertos! Mientras vivas, serás desgraciado como todos los que fueron grandes, y arruinarás á tus hijos.

Yo muero sin gozar de tu fama, que me hubiese consolado de la pérdida de mi dicha. Para que la muerte me fuese ménos dolorosa, querido Baltasar, sería preciso que yo tuviese la seguridad de que no ha de faltar un pedazo de pan á nuestros hijos; pero esta seguridad ni tú ni nadie puede dármela...

—Yo te juro, dijo Claes, que...

—No jures nada, amigo mio, y así no tendrás que faltar á tus juramentos, dijo Josefina interrumpiéndole. Nos debias tu proteccion, y hace cerca de siete años que vivimos sin ella. La ciencia es tu vida. Un gran hombre no puede tener mujer ni hijos. ¡Dirigíos sólo por las sendas que os llevan á la miseria! Vuestras virtudes no son las virtudes del vulgo! Vosotros pertenecéis al mundo y no sabriais pertenecer á la mujer ni á la familia. Vosotros secáis la tierra que os rodea, como los árboles gigantes; y yo, pobre planta, no he podido elevarme lo suficiente y muero á la mitad de tu vida. Yo

esperaba este último día para comunicarte estos terribles pensamientos que he descubierto en el fuego del dolor y de la desesperación. Ten compasión de mis hijos! Guarda esta frase en tu corazón. Yo te la repetiré hasta exhalar mi último aliento.

—¡Lemulquinier! gritó Baltasar con voz terrible.

El antiguo criado se presentó inmediatamente.

—Subid al laboratorio y rompedlo todo, las máquinas, los aparatos: hacedlo con las debidas precauciones, pero que todo quede hecho añicos.—¡Renuncio á la ciencia! dijo á su mujer.

—¡Ya es tarde! añadió Josefina mirando á Lemulquinier.—¡Margarita! exclamó viendo que se moría por momentos.

Margarita apareció en el umbral de la puerta, y dió un grito horrible al ver palidecer los ojos de su madre.

—¡Margarita! repitió la moribunda.

Esta última exclamación, hecha con acento penetrante y lleno de autoridad, fué una especie de testamento. Toda la familia, llena de espanto, penetró en la sala y vió espirar á la señora Claes que habia agotado las últimas fuerzas de su vida hablando con su marido. Baltasar y

Margarita permanecian inmóviles, sin poder creer en la muerte de aquella mujer, cuyas grandes virtudes é inagotable ternura conocian perfectamente. El padre y la hija cambiaron una mirada llena de pensamientos. La hija juzgaba á su padre, y el padre temblaba ya al ver en su hija el instrumento de una venganza; porque áun cuando los recuerdos de amor con que su mujer habia llegado su vida, volviesen á su memoria y diesen á las últimas palabras de la muerta una santa autoridad que debia obligarle á escuchar siempre su voz, dudaba de su corazon, demasiado débil para luchar contra su génio, y oia un terrible rugido de pasion que le negaba la fuerza para arrepentirse y le hacia tener miedo de sí mismo.

Al ver muerta aquella mujer, todos comprendieron que la casa Claes tenia un alma y que esta alma habia desaparecido. El dolor de la familia fué tan intenso, que la sala, en que ella parecia revivir, permaneció cerrada; nadie se atrevia á entrar allí.

Abnegacion de la juventud

La sociedad no practica ninguna de las virtudes que exige á los hombres; comete crímenes á cada momento, pero los comete por medio de la palabra. Prepara las malas acciones con sus chanzas y le agrada todo lo bello por medio del ridiculo. Se burla de los hijos que lloran extremadamente la muerte de sus padres, censura á los que no la lloran bastante, y se divierte en analizar los cadáveres antes de que lleguen á enfriarse.

El día en que espiró la señora Claes, los amigos de aquella infeliz mujer depositaron algunas flores sobre su tumba mientras jugaban al *coisth*, y encomiaron sus prendas morales alternando sus

elogios con las diferentes peripecias del juego. Luego, despues de algunas frases quejumbrosas que son el abecé del dolor colectivo y se pronuncian siempre con igual entonacion, sin que por esto aumente ó disminuya el sentimiento, pusiéronse todos á calcular lo que podria importar aquella herencia.

El señor Pierquin dijo que la muerte de aquella excelente mujer era un bien para ella, porque su marido la hacia muy desgraciada, pero que para sus hijos era un bien mucho mayor. Que no habia sabido rehusar su fortuna á su marido, á quien adoraba, y que ahora el señor Claes no podia seguir disipándola. Cada cual calculaba á su modo la herencia de la pobre señora Claes, inventariaba sus alhajas, sacaba á relucir su guardarropa y revolvía sus cómodas y sus armarios, mientras la affigida familia lloraba y rezaba alrededor del lecho mortuario.

La pobre mujer, decia para sí al retirarse á su casa, era el orgullo andando y no me hubiera concedido nunca la mano de su hija. Ahora es cuando yo debo arreglármelas de modo que ésta llegue á ser mi esposa. Claes es un hombre que sólo piensa en el carbono y no se ocupa

para nada de sus hijos; si le pido la mano de su hija, despues de hacer ver á Margarita la necesidad que tiene de casarse para salvar la fortuna de sus hermanos, se deshará con gusto de una niña que podria darle algun disgusto.

El señor Pierquin se durmió pensando en las bellezas matrimoniales del contrato, en las ventajas que le ofrecia este negocio y en las garantías que hallaba para su dicha en la persona á quien pensaba tomar por esposa. Era difícil hallar en toda la provincia una jóven mas hermosa y mejor educada que Margarita. Su modestia y su gracia sólo podian compararse con la de la linda flor cuyo nombre no se atrevia á pronunciar Manuel en su presencia, por temor de descubrir las secretas aspiraciones de su corazón. Sus sentimientos eran nobles, sus principios eran religiosos y debia ser una esposa casta. Margarita, no solamente podia lisongear la vanidad que impele mas ó ménos á cualquier hombre al escoger una mujer, sino que ademas satisfacía el orgullo del notario por ser una jóven de la primera nobleza de Flandes.

Al dia siguiente, el señor Pierquin sacó de su caja algunos billetes de mil

francos y fué á ofrecérselos amistosamente al señor Claes, con objeto de evitar que tuviese que ocuparse de asuntos de dinero cuando el dolor le embargaba por completo. Agradecido á tan delicada atencion, Baltasar no podia por ménos de elogiar á su hija el dignísimo comportamiento del notario. Pero no sucedió nada de esto. El señor Claes y su hija consideraron esta accion como la cosa mas natural del mundo, y la pena que les aquejaba les impidió ocuparse para nada de Pierquin. Efectivamente, la desesperacion de Baltasar fué tan grande, que las personas dispuestas á censurar su conducta, llegaron á perdonarsela, no en nombre de la ciencia, que era lo que podia servirle de excusa, sino en atencion á su pena, que no habia de reparar el daño causado. El mundo se paga de apariencias, se paga de lo que él dá, y no se mete en mas honduras; para él, el verdadero dolor es un espectáculo, una especie de goce que le lleva á perdonarlo todo, hasta el crimen, si es necesario; porque es tal su avidez de emociones, que absuelve sin discernimiento lo mismo al que le hace reir que al que le hace llorar, sin inquirir las causas á que obedecen.

Margarita habia cumplido diez y nueve años cuando su padre la encomendó al gobierno de la casa en que su autoridad fué religiosamente reconocida por sus hermanos, á los cuales habia recomendado la obediencia en sus últimos momentos la señora Claes. El luto realzaba su oscura, y la tristeza ponía de relieve su dulzura y su paciencia. Desde los primeros dias, dió abundantes pruebas de esa constante serenidad que deben tener los ángeles encargados de sostener la paz del alma, tocando con su verde carita los corazones doloridos. Pero al acostumbrarse á cumplir sus deberes y á vencer sus dolores, su pena se hizo mucho más intensa; su aspecto tranquilo no estaba en relacion con la profundidad de sus sensaciones; hallábase destinada á conocer desde muy temprano esas terribles explosiones de sentimiento que nunca puede reprimir el corazón, porque su padre habia de tenerla siempre luchando entre la natural generosidad. Además, desde el momento en que murió su madre, tuvo que consagrarse á los intereses de la vida, en esa época en que las jóvenes sólo comprenden los placeres de la existencia. Educacion terrible del dolor que ha sido siempre el patrimonio

de las almas angelicales.

El amor que se funda en el dinero y en la vanidad, constituye una de las pasiones mas obstinadas y tenaces, así es que Pierquin no se descuidó en andar al retortero de la huérfana. Algunos dias despues de ocurrido el fallecimiento, buscó una ocasion para hablar á Margarita, y dió principio á sus operaciones con una habilidad que hubiera podido seducirla en otra ocasion; pero el amor habia ilustrado ya suficientemente su alma, y no se dejó subyugar por exterioridades tanto mas favorables á las asechanzas sentimentales, quanto que en aquella ocasion desplegó Pierquin la bondad que le era propia, la bondad del notario que trata de pescar una fortuna Escudado en su falso parentesco y en el perfecto conocimiento que tenia de los negocios y secretos de aquella familia, seguro de la estimacion y de la amistad del padre, ayudado por la negligencia de un sabio que no tenia ningunos proyectos para establecer á su hija, y creyendo que Margarita no habria aún hecho su eleccion, llegó ésta á comprender que todos aquellos actos obedecian á los cálculos mas odiosos; él creyó habérselas con una muchacha sencilla é inexperta.

y fué tan majadero, que desconoció los privilegios de la debilidad.

—Querida prima, dijo à Margarita paseándose con ella por el jardín, ya conoceis mi corazón y sabeis lo mucho que respeto el dolor que os embarga en estos momentos. Tengo un alma demasiado sensible para ser notario; yo, que sólo vivo con el corazón, me veo constantemente obligado á ocuparme de los intereses ajenos cuando quisiera consagrar mi vida entera á las dulces y delicadas emociones que pudieran hacerme dichoso. Mucho siento verme en la necesidad de hablaros de proyectos que no están en relacion con el estado de vuestra alma, pero es necesario que lo haga así. Pienso en vos continuamente desde hace muchos dias, y acabó de reconocer que por una extraña fatalidad, vuestra fortuna y la de vuestros hermanos se hallan en gran peligro. ¿Quereis salvar á vuestra familia de una completa ruina?

—¿Qué es lo que tengo que hacer? dijo medio asustada al oír estas palabras.

—Casaros, respondió Pierquin.

—Yo no quiero casarme, respondió Margarita.

—Os casareis cuando examineis dete-

nidamente la situación crítica en que os hallais.

—¿Y casándome, puedo salvar?...

—De eso se trata, querida prima, dijo el notario interrumpiéndola. El matrimonio emancipa...

—¿Y para qué quiero yo emanciparme? dijo Margarita.

—Para hallaros en posesión de vuestra fortuna, primita mía! dijo Pierquin con aire de triunfo. De ese modo, recibis la parte que os corresponde de la fortuna de vuestra madre; para que os la entreguen, es preciso liquidarla, y para liquidarla habrá que enagenar el bosque de Waignies. Entonces se capitalizarán todas las partes de la sucesión, y vuestro padre, como tutor, se verá obligado á colocar la parte de vuestros hermanos de modo que la química no pueda cercenarla.

—Y en otro caso, ¿qué es lo que sucedería?

—Que vuestro padre administraría vuestros bienes, que continuaria en su empeño de querer fabricar el oro, que tal vez venderia el bosque de Waignies y os dejaría desnudos como unos San Juanitos. El bosque de Waignies vale hoy por hoy cerca de millon y medio de

francos; pero el mejor dia se le antoja á vuestro padre hacer una corta general, y entónces no habrá quien dé por vuestras mil trescientas fanegas ni siquiera trescientos mil francos. ¿No es preferible evitar ese inminente peligro procurando desde hoy mismo vuestro casamiento, para que llegue el caso de tener que distribuir la herencia? De ese modo evitareis las cortas del bosque, del qual dispondrá vuestro padre el dia ménos pensado, causándoos gravisimos perjuicios. Ahora que no piensa en la química, colocará el importe de la liquidacion en el gran libro de la Deuda. Los fondos están á 59, y por lo tanto, esos pobres niños tendrán cerca de cinco mil francos de renta, y como no es posible disponer de los bienes de los menores, cuando vuestros hermanos lleguen á su mayor edad verán duplicada su fortuna. De no hacer las cosas así, os aseguro que... ¡Demonio! Vuestro padre ha tocado á la fortuna de vuestra madre, y ya veremos por el inventario el déficit que resulta; si vuestro padre se halla en descubierta tendremos que hipotecar sus bienes y de este modo se remediará el daño todo lo posible.

—¡De ningún modo! exclamó Margarita; eso sería ofender á mi padre. Las últimas palabras de mi madre están aún muy presentes en mi memoria para que yo pueda intentar semejante cosa. Mi padre es incapaz de despojar á sus hijos, añadió llorando amargamente. Vos no le conocéis, señor Pierquin.

—Querida prima, pero no comprendéis que si vuestro padre vuelve á dedicarse á la química...

—Quedaremos arruinados, ¿no es eso? ¡Claro! ¡Completamente arruinados! Creedme; Margarita, prosiguió cogiéndole una mano y colocándola sobre su corazón; yo cumplo con un gran deber insistiendo cerca de este particular. Únicamente vuestro interés.....

—¡Caballero dijo Margarita con suma frialdad y retirando su mano, el interés bien entendido de mi familia exige que yo no me case. Mi madre lo ha decidido así.

—Querida prima, eso es querer suicidarse, exclamó con la convicción del hombre de negocios que vé perder una fortuna; eso es tirar á la calle la herencia de vuestra madre. Por lo tanto, yo tendré la abnegación que exige la verdadera amistad que os profeso. ¡Ah! no

sabeis cuanto os amo! Yo os adoro desde el dia en que os ví en el último baile que dió vuestro padre! Estábais encantadora. Margarita, fiáos en la voz del corazón cuando habla de intereses. Luego, despues de una corta pausa, añadió: Si, nosotros convocaremos un consejo de familia y os emanciparemos sin consultaros.

—Pero ¿qué es eso de emanciparse?

—Es gozar una persona de sus derechos.

—Y si puedo emanciparme sin contraer matrimonio, ¿para qué quereis que me case? ¿Con quién he de casarme?

Pierquin procuró mirar á su prima con cierta ternura, pero la codicia se reflejaba en sus ojos de tal modo, que Margarita comprendió fácilmente que aquella improvisada ternura no era mas que un cálculo mezquino

—Podeis casaros con una persona que os guste..., repuso. Necesitais indispensablemente un marido, aún bajo el punto de vista de los negocios. Vais á tener que entenderos con vuestro padre, y estando sola no podríais negaros á sus exigencias.

—Sí, señor, yo sabré defender á mis hermanos cuando llegue la ocasion.

—¡Canastos con la bachillera!, dijo Pierquin para sus adentros.—No, no podreis resistir á sus exigencias, repuso en voz alta.

—No hablemos más de este asunto, dijo Margarita.

—Adios, prima. Yo trataré de servirlos, y os probaré cuánto os amo, preservándoos, aun á pesar vuestro, de una desgracia que todo el mundo prevea.

—Yo os agradezco el interés que os tomáis por mí, pero os suplico que no hagais ninguna proposicion ni intenteis nada que pueda causar el menor disgusto á mi padre.

Margarita permaneció pensativa en tanto que Pierquin se alejaba, y comparó aquellos discursos financieros y aquellas miradas que revelaban mas servilismo que dulzura, con la muda y melodiosa poesía con que Manuel sabia revestir sus sentimientos. En todo cuanto se hace, en todo cuanto se dice, existe un magnetismo admirable cuyos efectos no engañan nunca. El sonido de la voz, la mirada y la apasionada mímica del hombre que ama pueden ser imitados; una jóven puede ser engañada por un hábil farsante; pero para que éste logre su objeto, es preciso que esté solo. Si la jóven

tiene cerca de sí un alma que vibra al unísono de sus sentimientos no puede por menos de reconocer inmediatamente la expresión del amor verdadero.

Manuél se hallaba en aquel momento en el mismo que Margarita, bajo la influencia de las nubes que desde un principio oscurecían fatalmente su dicha, ocultando á su vista el hermoso cielo del amor, Manuel adoraba á su elegida con esa idolatría dulce y misteriosa que nace de una pasión no acariciada por la esperanza. De humilde condición y sin un nombre que ofrecerle, no veía ninguna probabilidad de llegar á ser su esposo. Ni una sola palabra de amor se había cruzado aún entre ellos. Sus alegrías habían sido las alegrías egoístas que los desgraciados tienen necesidad de saborear á solas. Habían gemido separadamente, sintiendo así que su agitación provenía de un rayo nacido de la misma esperanza. Parecían tener miedo de sí mismos, por tanto que se hallasen perfectamente el uno al lado del otro. Manuel no se atrevía á tocar la mano de la soberana á quien había erigido un altar en su pecho. El más insignificante contacto hubiera desarrollado en él abrazadoras voluptuosidades y no hubiese podido dominar el

desencadenamiento de sus sentidos. Pero aun cuando no habian cambiado entre sí ninguna de esas demostraciones á un mismo tiempo insignificantes é inmensas, inocentes y formales, que se permiten aún los mas tímidos amantes, habíanse confundido de tal modo sus almas, que ambos se sentian capaces de sacrificarse el uno por el otro, y éste era el único placer que podían disfrutar. Desde la muerte de la señora Claes, aquel amor secreto se ahogaba bajo los negros orespones del luto. El tinte oscuro de la esfera en que vivían habian llegado á ser completamente negro; y la claridad parecía en ella en medio de las lágrimas. La reserva de Margarita se convirtió casi en frialdad, porque tenia que cumplir el juramento exigido por su madre; y al tener mas libertad que antes, fué mucho mas severa consigo misma. Manuel había hecho suyo el duelo de su amada, comprendiendo que la mas insignificante frase de amor y la mas leve exigencia, serían un verdadero atentado á las leyes del corazon. Aquel inmenso amor estaba, pues, mas oculto que nunca. Aquellas dos tiernas almas producian el mismo sonido; pero separadas por el dolor, del mismo modo que lo

habian estado por la timidez de la juventud y por el respeto debido á los sufrimientos de la difunta, continuaban hablándose con el sublime lenguaje de los ojos y con la muda elocuencia de las acciones desinteresadas, armonías celestiales de la juventud, primeros pasos que dá el amor en su infancia. Manuel iba todas las mañanas á preguntar por el señor Claes y por Margarita, pero no entraba en el comedor sino cuando llevaba alguna carta de Gabriel ó cuando el Sr. Claes le rogaba que pasase á verle. Entonces miraba á la jóven y sentía en su frente mil pensamientos simpáticos: dolíase de la discrecion que le imponian las conveniencias sociales, y apenas se ausentaba de su lado, quedaba sumergido en una profunda tristeza. Aquel buen muchacho vivía tan preocupado del presente y se entregaba tan de veras á una dicha que consideraba fugaz, que Margarita sentía á veces no tener el suficiente valor para tenderle generosamente la mano y decirle: — ¡Seamos amigos!

Pierquin continuó sus persecuciones con esa obstinacion que viene á ser la paciencia irreflexiva de los nécios. Juzgaba á Margarita con ese criterio con

que el vulgo aprecia à las mujeres. Creía que las palabras casamiento, libertad y fortuna, que él habia deslizado en su oído, germinarian en su alma y harian florecer un deseo, del cual podria él aprovecharse, y se figuraba que su frialdad no era mas que puro disimulo. Rodeábase de cuidados y se mostraba galante con ella, pero no sabia ocultar el despotismo de un hombre acostumbrado à resolver las mas árduas cuestiones relativas à la vida de las familias. Decia, para consolarla, esas vulgaridades propias de las gentes de su profesion, que no saben apreciar el dolor, y hablan de él en términos secos que sólo sirven para profanarlo. Su cariño era una verdadera farsa, y su fingida melancolia desaparecia en cuanto ponía los piés en la calle. Serviase del tono que le permitia su confianza con la familia Claes, como de un instrumento propio para ganar mas y mas su afecto y para decidir à Margarita à un casamiento de que ya se hablaba en toda la ciudad. El amor verdadero, desinteresado y respetuoso, formaban un inmenso contraste con el amor calculado y egoista. Todo era homogéneo en aquellos dos hombres. El uno fingia una pasion y empleaba cuantos medios halla-

ba á su alcance para lograr casarse con Margarita: el otro ocultaba su amor y temia que llegara á descubrirse su abnegacion.

Poco tiempo despues de la muerte de su madre, pudo Margarita, en un mismo dia, comparar aquellos dos hombres, que eran los únicos que trataba; porque hasta entonces la soledad á que se veia condenada no la habia permitido ver el mundo, y la situacion en que se hallaba no permitia ningun acceso á las personas que hubiesen podido pensar en pedir su mano. Un dia, despues del almuerzo, llegó Manuel en ocasion en que el señor Claes se disponia á salir, Baltasar sufría tanto encerrado en casa, que iba á pasearse á lo largo de las murallas de la poblacion durante una buena parte del dia. Manuel se ofreció á acompañar al señor Claes, luego titubeó, pareció querer sacar fuerzas de flaqueza, miró á Margarita y se quedó. Margarita adivinó que el profesor queria hablarla, y le propuso un paseo por el jardin; despidió á Feliciano, y se sentó en un banco á la vista de su hermana y de la vieja Marta.

—El señor Claes está verdaderamente afectado, dijo el jóven al verle atravesar

el patio con gran lentitud. Todo el mundo le compadese; anda como un hombre que no sabe lo que pasa; se detiene sin motivo, mira y parece que no vé.

—Cada dolor tiene su expresion particular; dijo Margarita conteniendo sus lágrimas. ¿Qué teniais que decirme? repuso aparentando cierta calma despues de una corta pausa.

—Señorita, respondió Manuel con acento conmovido, yo no se si tengo derecho para hablaros del modo que voy á hacerlo. No veais en mis palabras mas que el deseo de seros útil, y permitidme creer que un profesor puede interesarse por sus discípulos hasta el punto de temer por su porvenir. Vuestro hermano Gabriel tiene quince años cumplidos, estudia la segunda enseñanza, y es necesario dirigir sus estudios con arreglo á las necesidades de la carrera que piense seguir. Vuestro padre es quien debe decidir esta cuestion; si no se ocupa del asunto, será una verdadera desgracia para Gabriel, pero tambien es duro tener que indicar á vuestro padre que no se ocupa de su hijo. En vista de esto, ¿no podríais consultar las inclinaciones de vuestro hermano y decidirle á que escoja, él mismo, una carrera que le haga

apto para la magistratura, la administracion ó la milicia? Supongo que ni vos ni el señor Claes querreis que viva sin hacer nada...

—¡De ningun modo! dijo Margarita. Manuel, teneis mucha razon y es agradezco vuestros consejos. Mi madre, al enseñarnos una porcion de labores, nos decia muchas veces que nadie sabia lo que podia suceder el dia de mañana. Es preciso que Gabriel llegue á tener méritos propios por medio de una sólida educacion. Pero, ¿cuál es la carrera mas conveniente para un hombre?

Señorita, dijo Manuel lleno de contento, Gabriel es el discípulo mas aventajado en las clases de matemáticas; si quisiese entrar en la Escuela politécnica, oreo que adquiria conocimientos útiles para todas las carreras. Al salir de allí, sería dueño de escoger la que mas le gustase. De este modo, sin prejuzgar nada hasta entónces, se iria ganando tiempo. Los hombres que aprovechan el tiempo en esa Escuela, son perfectamente recibidos en todas partes. De ahí salen los hacendistas, los diplomáticos, los sábios, los ingenieros, los generales, los marinos los magistrados, los fabricantes y los banqueros. Nada, por consiguiente, tie-

ne de extraño que un joven rico ó de noble cuna trate de ingresar en ella. Si Gabriel se decide á ello, yo os pediria un favor... ¿Me lo concederéis? ¡Decid que sí!

— ¿Qué es lo que queréis?

— Ser su pasante, dijo con timidez.

Margarita miró al joven Solís; le cogió una mano y le dijo:— Sí. Luego se detuvo un momento y añadió con acento conmovido: Mucho aprecio la delicadeza con que me ofrecéis precisamente lo que puedo aceptar de vos. Lo que acabais de decirme, me demuestra lo mucho que pensais en nosotros. Yo os lo agradezco.

Aunque estas palabras fueron dichas con la mayor sencillez del mundo, Manuel volvió le cabeza para no dejar ver las lágrimas que le arrancaba el placer de ser útil á Margarita.

— Mañana traeré á vuestros dos hermanos, dijo así que se tranquilizó un poco; mañana es dia de asueto.

Luego se levantó saludó á Margarita, que le acompañó un corto trecho, y cuando llegó al patio, la vió fija en la puerta del comedor, desde donde volvió á saludarle afectuosamente.

Después de comer, fué el notario á visitar al señor Claes, y se sentó en el jar-

din entre su primo y Margarita, precisamente en el mismo banco que Manuel habia ocupado poco antes.

—Querido primo, dijo, vengo esta tarde para que hablemos de negocios. Hoy hace cuarenta y tres dias que ocurrió el fallecimiento de vuestra esposa.

—Yo no los he contado, dijo Baltasar enjugando una lágrima que se le escapó al oír la palabra *fallecimiento*.

—Pero, caballero, dijo Margarita mirando al notario ¿á qué ocuparnos?...

—Querida prima, los notarios estamos en la dura necesidad de contar el tiempo en los casos en que la ley lo determina. Se trata precisamente de vos y de vuestros co-herederos. El señor Claes tiene hijos menores de edad y está en la obligacion de proceder á la formacion de un inventario dentro de los cuarenta y cinco dias siguientes al fallecimiento de su esposa, á fin de hacer constar los bienes de la comunidad; porque es preciso saber si ésta es buena ó mala, para aceptarla ó para sostener los derechos naturales de los menores.

Margarita se puso en pié.

—No os vayais, querida prima, dijo Pierquin, porque estos asuntos os interesan tanto como á vuestro padre. Ya sa-

beis la parte que tomo en vuestro dolor; pero es preciso que os hable hoy mismo de todos estos pormenores, porque de lo contrario podrian seguirseos á todos grandes perjuicios. En este momento cumplo mi deber como notario de la familia.

—Tiene razon, dijo el señor Claes.

—El plazo espira dentro de dos dias, repuso el notario, y por consiguiente tengo que proceder desde mañana á la formacion del inventario, áun cuando no sea mas que para retrasar el pago de los derechos de sucesion que vendrá á reclamaros el fisco; porque el fisco no tiene corazon, no se aflige por el dolor de nadie y echa sus garras, medien las circunstancias que quieran. Por lo tanto, todos los dias, desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde, vendré con mi escribiente y el tasador señor Raparlier. Así que terminemos aquí, iremos al campo. Del bosque de Waignies tenemos que hablar algo. Ahora pasemos á otra cosa. Tenemos que nombrar un consejo de familia para que éste nombre un tutor ó curador. El señor Conynoks de Brujas es hoy por hoy vuestro pariente mas cercano, pero es naturalizado belga! Debíais escribirle

acerca de este asunto, querido primo, para saber si quiere establecerse en Francia, en donde posee magníficas propiedades, y ver si podeis decidirle á que venga á habitar con su hija nuestro país. Si no se presta á ello, se formará el consejo segun los grados de parentesco.

—¿Y qué necesidad hay de hacer un inventario? preguntó Margarita.

—Porque es preciso hacer constar los derechos, los valores, el activo y el pasivo. Hecho esto, el consejo de familia adopta en pró de los menores las determinaciones que juzga.

—Pierquin, dijo el Señor Claes levantandose de su asiento, llenad todas las formalidades que creais necesarias para poner á salvo los derechos de mis hijos, pero evitadnos la pena de tener que enajenar lo que perteneció á mi querida...

No pudo acabar. Dijo estas palabras con tanta nobleza y con un acento tan persuasivo, que Margarita cogió la mano de su padre y la besó.

—Hasta mañana, dijo Pierquin.

—Venid á almorzar con nosotros; dijo Baltasar. Luego, meditando un momento, exclamó:—Es que mi contrato de casamiento se hizo al uso del Hainaut, yo no quise que mi mujer formase inventa-

rio para evitarla toda clase de disgustos y creo que tampoco estaré obligado...

—Me alegré mucho, dijo Margarita, porque de ese modo os dejarán en paz.

—Pues bien, mañana examinaremos vuestro contrato, respondió un tanto confuso el notario.

—¿Es que vos no le conocéis? le dijo Margarita.

Esta observacion interrumpió el diálogo, porque el notario no supo qué contestar á su prima.

—¡Esto se lo vá á llevar el diablo! dijo para sí al atravesar el patio; Este hombre tan distraido vuelve á recuperar su memoria, precisamente en los momentos en que le sirve muy bien para impedir que se adopten ciertas precauciones en contra suya. Sus hijos se quedaran sin un céntimo, lo mismo que dos y dos son cuatro. Id luego á hablar de negocios con las muchachas sentimentales y meneres edad. Me he devanado los cascos para salvar la fortuna de esas criaturas, procediendo con toda regularidad y entendiéndome con el iafelizote Conyneks... pero toda vá á ser inútil.

Cerró la puerta con gran violencia echando mil pestes contra les clientes que se dejan arruinar por su sentimentalismo

Baltasar tenia razon. El inventario no llegó á formarse, y por lo tanto no quedó determinada la situacion del padre con respecto á sus hijos.

Transcurrieron algunos meses sin que cambiase la situacion de la casa de Claes Gabriel, dirigido hábilmente por su preceptor Solís, trabajaba con gran aplicacion, aprendia varias lenguas extranjeras y se disponia para sufrir los exámenes de ingreso en la Escuela Politécnica. Feliciano y Margarita habian vivido en un completo aislamiento, yendo á habitar, por economía, durante el verano, la casa de campo de su padre. El señor Claes se ocupó de sus negocios, pagó sus deudas realizando una suma considerable sobre sus bienes y visitó el bosque de Waiguies.

A mediados del año 1817, apaciguada poco á poco su pena, permaneció solo y sin defensa contra la monotonía de la vida que llevaba y que iba haciéndosele cada vez mas pesadas. Al principio, luchó heroicamente contra la ciencia, que volvía á preocuparle insensiblemente, y se prohibió á sí mismo el pensar un momento en la química. Luego, pensó en ella, pero no quiso trabajar en sus pla-

nes sino teóricamente. Este estudio constante hizo renacer su pasión. Dudó que él hubiese prometido no continuar sus investigaciones, y recordó que su mujer no había querido aceptar su juramento. Es verdad que él se había prometido á sí mismo no continuar la solución de su problema, pero ¿no podría, cambiar de determinación, puesto que tenía probabilidades de lograr lo que deseaba? Tenía ya cincuenta y nueve años. A esta edad, la idea que le dominaba adquirió esa persistente firmeza que es el principio de toda monomanía. Luego, las circunstancias vinieron también á conspirar contra su vacilante lealtad. La paz que disfrutaba Europa había permitido la circulación de los descubrimientos y de las ideas científicas, adquiridas durante la guerra por los sábios de todos los países, que habían interrumpido sus relaciones hacia cerca de veinte años. La ciencia había seguido su marcha progresiva. El señor Claes opinó que los progresos de la química se habían dirigido, sin que los químicos se apercibiesen de ello, hácia el objeto de sus investigaciones. Las gentes consagradas á la alta ciencia creían, como él, que la luz, el calor, la electricidad, el galvanismo y el

magnetismo eran diferentes efectos de una misma causa, y que la diferencia que existía entre los cuerpos que hasta entonces se habían considerado como simples debía ser producida por las diferentes dosis de un principio desconocido, El miedo de que otra persona descubriese la reducción de los metales y el principio constitutivo de la electricidad, descubrimientos ambos conducentes á la solución del Absoluto químico, aumentó lo que los habitantes de Douai llamaban una locura, y llevó sus deseos á un paroxismo que sólo podrán comprender las personas apasionadas por la ciencia ó las que han conocido la tiranía de las ideas. Baltasar llegó así á verse bien pronto arrebatado por una pasión tanto mas violenta cuanto que había dormitado durante largo tiempo.

Margarita, que espiaba las agitaciones morales que devoraban á su padre, decidió abrir la sala y habitarla, con la cual despertó los recuerdos dolorosos de la muerte de su madre, y retardó la caída al abismo en que, sin embargo, debían precipitarse todos. Luego, quiso frecuentar la sociedad y obligó á Baltasar á que se distrajese de este modo. Presentáronse para ella varios partidos venta-

josos, y el señor Claes se ocupó de ellos, por mas que Margarita declaró que no se casaria hasta que cumpliese los veinticinco años. Pero, á pesar de los esfuerzos de su hija, á pesar de mil luchas horribles, á principios del invierno, Baltasar volvió á continuar en secreto sus interrumpidos trabajos. Era difícil ocultar semejantes ocupaciones á unas mujeres curiosas; así es que un dia que Marta se hallaba vistiendo á Margarita, le dijo:— ¡Señorita, estamos perdidas! Ese monstruo de Lemulquinier, que es el demonio en figura de persona, porque nunca le he visto hacer la señal de la cruz, ha vuelto á subir á la guardilla. Ya se ha embarcado vuestro padre para el infierno. ¡Quiera Dios que no os mate como mató á la pobre señora!

— ¡Eso no es posible! dijo Margarita.

— Venid y lo vereis...

La señorita Claes se asomó á la ventana y vió el humo que salia de la chimenea del laboratorio.

— Yo tengo cerca de veintiun años, pensó para sí, y sabré oponerme á que se disipe nuestra fortuna.

Al dejarse arrastrar por su pasion Baltasar trató los intereses de sus hijos con ménos respeto del que había tenido

con los de su mujer. Las dificultades eran menos insuperables, su conciencia era mas elástica y su pasión mas fuerte. Así es que marchó en su carrera de gloria, de trabajo, de esperanza y de miseria con todo el furor de un hombre lleno de convicción. Creyéndose seguro del resultado, se puso a trabajar día y noche con un afán que inquietó á sus hijas, porque éstas no sabían lo poco que perjudica el trabajo al hombre que se consagra á él por gusto.

Tan pronto como su padre volvió á comensar sus experimentos, Margarita suprimió todas las superfluidades de la mesa, se hizo económica hasta la avaricia, admirablemente secundada por Josefa y Marta. El señor Claes notó esta reforma que reducía la vida á lo puramente indispensable; no almorzaba; salía de su laboratorio á la hora crítica de la comida, y se acostaba durante algunas horas despues de permanecer en la sala entre sus dos hijas sin dirigirle una sola palabra. Al retirarse, les daba las buenas noches, y se dejaba besar maquinalmente en ambas mejillas. Semejante conducta hubiera causado grandes sinsabores domésticos, si Margarita no hubiese estado convenientemente pre-

parada para ejercer la autoridad de su madre, y escudada además por una pasión secreta contra los peligros de una libertad tan omnimoda.

El señor Pierquin había dejado de visitar á sus primas, creyendo que su ruina era inevitable. Las fincas rústicas de Baltasar, que producían diez y seis mil francos y valían cerca de doscientos mil escudos, estaban ya hipotecadas en trescientos mil francos, porque antes de volver á entregarse á la química, el señor Claes había tomado á crédito una suma bastante crecida; era preciso toda la renta para el pago de los intereses; pero como con la imprudencia propia de los hombres dominados por una sola idea, entregaba á Margarita el producto de dichas fincas para atender á los gastos de la casa, había calculado el notario que en tres años se lo llevaría todo la trampa, y la justicia devoraría lo que no hubiese derrochado Baltasar. La frialdad de Margarita había llevado á Pierquin á un estado de indiferencia casi hostil; y para tener derecho á renunciar á la mano de su prima, si ésta llegaba á verse en la pobreza, decía de los Claes con cierto tono de compasión:—¡Esas gentes están arruinadas! Yo he hecho

por salvarlas todo cuanto he podido. Pero, ¿qué quereis? La señorita Claes ha desechado todas las combinaciones legales que podian reservar á su familia de la miseria!..

Manuel habia sido nombrado director del Colegio de Douai, por mediacion de su tio. Su verdadero mérito le hizo digno de aquel puesto. Todas las noches iba á visitar á las dos jóvenes. á quienes acompañaba Marta cuando Baltasar se retiraba para acostarse. Hacía ya algun tiempo que el joven Solis, animado por la graciosa y muda satisfaccion con que Margarita acogia sus servicios, habia perdido su natural encogimiento. Los destellos de su alma, pura como un diamante, brillaron en todo su esplendor, y Margarita acogia sus servicios, habia perdido su natural encogimiento, Los destellos de su alma, pura como un diamante, brillaron en todo su esplendor, y Margarita pudo apreciar su fuerza y su duracion viendo que tenian un origen inagotable. Ella veia abrirse una por una las flores cuyos perfumes habian aspirado anticipadamente; porque Manuel realizaba á cada hora una de sus esperanzas y hacia brillar en las encantadas regiones del amor nuevas luces que di-

sipaban las nubes, despejaban su cielo y coloreaban las fecundas riquezas envueltas hasta entonces en las sombras. Mé- nos medroso ya, pudo desplegar las seducciones de su coran que tanto tiempo habia ocultado, esa alegre expansion de la edad juvenil, esa sencillez que dá una vida ocupada en el estudio, los tesoros de un delicado talento, no adulterado por el trato de gentes, y todas las inocentes alegrías que tan bien sienta á los jóvenes enamorados. Su alma y la de Margarita se comprendieron mejor, penetraron juntos hasta el fondo de sus corazones y hallaron en ellos idénticos pensamiento ; perlas de un mismo brillo! suaves y frescas armonias semejantes á las que, segun dicen, fascinan bajo el mar á los intrépidos buzos! Conociéronse mutuamente con ese cambio de ideas y con ese alternativa curiosidad que revestia en ellos las mas deliciosas formas del sentimiento. Las dos horas que Manuel pasaba todas las noches al lado de aquellas dos jóvenes y de Marta, hacian sobrellevar á Margarita la vida de dolor y de angustia á que se veia condenada. Aquel amor, que con la mayor sencillez iba tomando incremento, fué su único sostén. Manuel demostraba

su cariño con esa gracia natural que tanto seduce, con ese delicado talento que dá un claro oscuro á la uniformidad del sentimiento, del mismo modo que las facetas de una piedra preciosa, hacen brillar en ella todos los matices; arte admirable cuyo secreto poseen unicamente los corazones amantes y hace que las mujeres sean fieles á la Mano artista que les presta continuamente nuevas f6rmas y á la Voz que no repite una frase sin adornarla con nuevas modulaciones! ¡El amor no es únicamente un sentimiento, es tambien un arte! Una sola palabra, una atencion, la cosa mas insignificante, revela á una mujer el grande y sublime artista capaz de conmover su corazon sin marchitarlo.

—He tomado la delantera al señor Pierquin, dijo una noche á Margarita. Sé que viene á participaros una mala noticia y prefiero que la sepais por mí mismo. Vuestro padre ha vendido el bosque de Waignies á unos especuladores, y estos lo han vendido á su vez en varios lotes; ya están cortados todos los árboles y enajenadas las maderas. El señor Claes ha recibido trescientos mil francos al contado, con los cuales ha pagado sus

deudas en Paris, y para poder satisfacerlas por completo se ha visto además obligado a firmar un pagare de cien mil francos sobre los cien mil escudos que tiene aun que recibir de los compradores...

El señor Pierquin apareció en este momento.

— ¡Lo veis, querida prima? dijo ya estais arruinados! O, lo avise oportunamente y no quisisteis creerme. ¡Buenas tragaderas tiene vuestro padre! De un solo bocado se ha comido vuestro bosque. Vuestro tutor y curador, señor Conyncks, está ahora en Amsterdam acabando de liquidar su fortuna, y el señor Claes ha aprovechado esa circunstancia para hacer su negocio. Eso es una picardía. Hoy mismo he escrito una carta al bobalicon de Conyncks, pero pronto que venga, ya se habra acabado el pastel. No teneis mas remedio que perseguir a vuestro padre: el pleito durara poco, pero sera un pleito deshonroso que el señor Conyncks tendra que seguir por fuerza. La ley lo exige. Ved los resultados de vuestra terquedad. ¡Comprendéis ahora el muchísimo interés que yo me tomaba por vuestros asuntos?

— Tengo que daros una buena noticia,

señorita, dijo Solís con su simpática voz; Gabriel ha sido admitido en la Escuela politécnica; ¡todo ha salido a pedir de boca!

Margarita dió gracias a su amigo por medio de una sonrisa, y dijo:

—¡Ya tengo en qué gastar mis ahorros! Marta desde mañana nos ocuparemos en preparar toda la ropa que necesite Gabriel.—¡Pobre Feliciano mucho tenemos que trabajar, exclamó besando á su hermana en la frente.

—Mañana vendrá y permanecerá aquí unos diez días, porque debe estar en París el 15 de Noviembre.

—Mi primo Gabriel ha adoptado una excelente resolución, dijo el notario examinando á Manuel de pies á cabeza, porque habrá de verse en la necesidad de procurarse el sustento. Vamos á ver, querida prima; se trata de salvar el honor de la familia: ¿queréis ahora escucharme?

—No, dijo Margarita, si se trata de que me case, no quiero escucharos.

—Entonces, ¿qué es lo que vais á hacer?

—¿Yo?... Nada.

—Considerad que sois ya mayor de edad.

—Faltan aún algunos días, añadió Margarita. ¿Podeis proponerme algun partido que pueda conciliar nuestros intereses y lo que debemos á nuestro padre, con el honor de la familia?

—Querida prima, no podemos hacer nada sin consultar á vuestro tio. Por consiguiente, así que venga á Douai volveré á veros.

—Adios, dijo Margarita.

—¡Cuánto mas pobre, mas orgullosa? dijo para sí el notario.—Adios, señorita, contestó en alta voz —Señor director, tengo el honor de saludaros.

Y abandonó la habitacion sin hacer caso de Feliciano ni de Marta.

—Estoy estudiando el código hace dos dias, y he consultado con un antiguo abogado, amigo de mi tio, dijo Manuel con voz temblorosa. Si me lo permitís, saldré mañana para Amsterdam. Oid querida Margarita...

Al oír llamar así por primera vez, le miró con ternura y le dirigió una graciosa sonrisa. El se detuvo, señalando á Felicia y á Marta.

—Hablad delante de mi hermana, dijo Margarita. No hace falta que oiga esta conversacion para que se resigne á nuestra vida de privaciones y de traba-

jo, porque es muy buena y muy animosa, pero importa que conozca el mucho valor que necesitamos en estas circunstancias?

Las dos hermanas se estrecharon la mano y se besaron como queriendo darse una prueba de su union en presencia de la desgracia.

—Dejadnos, Marta.

—Querida Margarita, repuso Manuel dejando conocer en la inflexion de su voz la dicha que experimentaba conquistando los derechos que dá el cariño, he averiguado el nombre y domicilio de los compradores que deben aún doscientos mil francos de las maderas cortadas. Mañana si lo permitís, un abogado, á nombre del señor Conynoks, que sin duda aprobará esta medida, hará las correspondientes reclamaciones en la venta que acaba de verificarse. Dentro de seis dias llegará aquí vuestro tío, convocará un consejo de familia y hará que se emancipe Grabiél, que tiene ya diez y ocho años. Como vos y vuestro hermano quedareis autorizados para ejercer, vuestros derechos, pedireis vuestra parte del valor de la venta; el señor Claes no podrá negaros los doscientos mil francos reclamados oportunamente por el abo-

gado; y en cuanto á los otros cien mil francos que os restarán aún, se os dará una obligación hipotecaria sobre la casa que habitáis. El señor Conyncks reclamará las garantías necesarias para los trescientos mil francos que corresponden á Feliciano y á Luciano. Hecho esto, vuestro padre se verá obligado á hipotecar sus bienes de la llanura de Orchies, gravados ya en cien mil escudos, y como la ley concede prioridad retroactiva á las inscripciones tomadas en beneficio de los menores, todo quedará á salvo. El señor Claes no podrá en lo sucesivo disponer de nada, porque vuestras fincas rústicas no pueden ser enajenadas y las suyas están ya hipotecadas por mucho más de su valor. Todas estas cuestiones quedarán zanjadas en el seno de la familia, sin necesidad de escándalos ni de litigios, y vuestro padre se verá en la necesidad de continuar prudentemente sus investigaciones, si es que no las abandona por completo.

—Sí, dijo Margarita; pero ¿cuáles serán nuestras rentas? Los cien mil francos hipotecados sobre esta casa no nos producirán nada, puesto que la habitamos nosotros, y como el producto de los bienes que posee mi padre en la llanura

de Orchies habrá de servir para pagar los intereses de los trescientos mil francos que se deben á unos extranjeros, no tendremos con qué vivir!

—Por de pronto, dijo Selis, colocando en los fondos públicos los cincuenta mil francos que le quedarán á Gabriel de su parte, obtendreis, segun el curso actual, mas de cuatro mil francos de renta, que bastarán para los gastos de su educacion en Paris. Gabriel no puede disponer ni de la suma inscrita sobre la casa de su padre ni del fondo de sus rentas; asi es que no hay que temer que malgaste ni un céntimo, y esto ya es un cuidado ménos. Además, ¿no podeis disponer de vuestros cincuenta mil francos?

—Es que mi padre me los pedirá, dijo Margarita sobresaltada, y yo no tendré valor para negárselos.

—No importa, querida Margarita; podeis ponerlos á salvo cediéndolos á su nombre en el Gran libro. Esa suma os producirá doce ó trece mil francos de renta, que os permitirán vivir. Los menores emancipados no pueden enajenar nada, sin autorizacion del consejo de familia, y de este modo conseguis tres años de tranquilidad. Trascurrido este

plazo, ya habrá resuelto vuestro padre su problema ó habrá renunciado á él, y Gabriel, llegado á su mayor edad, os devolverá los fondos para arreglar las cuentas de los cuatro hermanos.

Margarita le hizo explicar nuevamente varias disposiciones de la ley que no habia comprendido en un principio. Era un espectáculo curioso el de aquellos dos enamorados estudiando el código que habia llevado Manuel para enseñar á su amada las leyes referentes á los bienes de los menores, las cuales llegó ella á conocer perfectamente, gracias á esa penetracion natural de las mujeres, que el amor multiplica prodigiosamente.

Al dia siguiente, volvió Gabriel á la casa paterna. Cuando el jóven Solís le presentó á Baltasar anunciándole que habia sido admitido en la Escuela politécnica, el padre dió las gracias al director y dijo:—Me alegro mucho: ¡Gabriel llegara á ser un sábio!

—¡Ay, hermano mio; dijo Margarita mientras Baltasar subia de nuevo á su laboratorio; trabaja mucho, no gastes dinero! Haz todo lo necesario, pero sé económico. Los dias en que te toque salir de la escuela, vé á casa de nuestros amigos y de nuestros parientes en Paris,

y así no contraerás ninguna de esas aficiones que arruinan á los jóvenes. Tu pensión importa casi mil escudos, y por lo tanto podrás disponer de unos mil francos para tus pequeños gastos: creo que con eso tendrás bastante.

—Yo respaldo de él, dijo Solís dando un golpecito en el hombro á su discípulo.

Un mes despues, el señor Conyncks, de acuerdo con Margarita, habia obtenido del señor Claes todas las garantías que podian desearse, y el plan juiciosamente concebido por Manuel Solís fué aprobado y ejecutado al pié de la letra. Baltasar, que se vió en presencia de la ley y de un primo cuya exajerada probidad no le permitia transigir en las cuestiones de honor, se avergonzó de la venta que habia autorizado en vista de las exigencias de sus acreedores, y admitió cuantas proposiciones se le hicieron. Satisfecho con poder reparar el daño que involuntariamente habia causado á sus hijos, firmó todos los documentos con la preocupacion del sábio. Habíase vuelto completamente imprevisor, como esos negros que por la mañana venden á su mujer por un trago de aguardiente, y

luego la lloran no bien llega la noche. No se preocupaba absolutamente para nada del porvenir, ni se preguntaba cuáles serian sus recursos cuando gastase su último escudo. Continuaba sus trabajos y continuaba sus compras, sin saber que ya no era mas que el poseedor titular de su casa y de sus propiedades, y que le sería imposible, gracias á las leyes, procurarse dinero alguno sobre unos bienes de que sólo era, en cierto modo, depositario judicial.

El año 1818 terminó sin que ocurriese ningun suceso desagradable. Las dos jóvenes pagaron los gastos de la educación de Luciano, y atendieron á las necesidades de la casa con los diez y ocho mil francos de renta, colocados á nombre de Gabriel, el cual remitía religiosamente el importe de cada semestre.—Manuel Solis vió morir á su tio en el mes de Diciembre de dicho año

Una mañana, llegó á noticia de Margarita que su padre habia vendido su coleccion de tulipanes, el mobiliario de la casa exterior y todo el servicio de plata. Vióse, pues, obligada á comprar de nuevo los cubiertos necesarios para el servicio de la mesa, é hizo grabar en ellos sus iniciales. Hasta entonces no ha-

bia hablado una sola palabra acerca de los despilfarros de Baltasar, pero llegada la noche y despues de comer, rogó á Feliciana que la dejase á solas con su padre, y cuando éste, siguiendo su costumbre tomó asiento al lado de la chimenea, Margarita le dijo:

—Querido padre, sois dueño de vender todo cuanto hay aquí, hasta vuestros hijos. Aquí todos os obedeceremos sin murmurar una palabra; pero me veo en la necesidad de deciros que estamos sin dinero, que apenas tenemos con qué vivir este año, y que Feliciana y yo vamos á vernos obligadas á trabajar dia y noche para poder pagar la pension de Luciano, con el importe de los encajes que estamos fabricando. Padre mio, ¡yo os suplico que no continueis vuestros trabajos!...

—Tienes razon, hija mia; dentro de seis semanas dejaré ya de trabajar! Para entonces, ya habré hallado *lo Absoluto* ó haoré adquirido la conviccion de que *lo Absoluto* no puede hallarse. Entonces, todos sereis ricos, todos millonarios...

—Dejadnos por ahora un pedazo de pan; respondió Margarita.

—¡No teneis pan en casa!... dijo Claes con acento de horror; ¡que no hay pan

en casa de los Claes!... ¿Y todos nuestros bienes?

—Habeis talado el bosque de Waignies; y el suelo, que aún no está libre, no puede producir nada. Las rentas de nuestras posesiones de Orchies no bastan á pagar los intereses de las cantidades que habeis tomado á préstamo.

—Entonces, ¿de qué vivimos? preguntó.

Margarita le enseñó su aguja y añadió.

—Las rentas de Gabriel nos ayudan á salir adelante, pero nada mas. Yo podría sacar la casa á salvo si no me encontrase á cada paso con una infinidad de facturas que no esperaba, puesto que nada me advertís de las compras que hacéis en la ciudad. Cuando creo que tengo bastante para todo un trimestre y que todo vá á salir á pedir de boca, recibo una cuenta de sosa, de potasa, de zinc, de azufre y ¡qué sé yo cuantas cosas mas!

—Querida mia, sólo te pido seis semanas mas de paciencia! Luego, ya verás cómo vuelvo á ser juicioso. ¿Entonces si que vas á ver cosas buenas, hija mia!

—Ya es hora de que penseis en vuestros asuntos. Todo lo habeis vendido: los

cuadros, los tulipanes, el servicio de plata; ¡ya no nos queda nada! Vamos, ¡no contraigas nuevas deudas!

—¡Ya no quiero contraer mas? dijo Baltasar.

—¡Es decir que teneis deudas! exclamó Margarita.

—Poca cosa, poca cosa, respondió bajando los ojos y rubricizándose.

Margarita se vió por primera vez humillada al contemplar el sonrojo de su padre, y se sintió tan afectada que no pudo continuar aquel diálogo.

Un mes despues de ocurrir esta escena, un banquero de la ciudad fué á cobrar una letra de cambio de diez mil francos firmada por el señor Claes. Margarita rogó al banquero que la concediese un plazo de veinticuatro horas, y al indicarle su apuro por no tener aviso de aquel pago, éste le advirtió que la casa Protez y Chiffreville tenia otras nueve de igual cantidad, vencedoras de mes en mes.

—¡Ya no hay mas que hablar! exclamó Margarita, ¡ha llegado la hora fatal!

Mandó buscar á su padre, y se paseó por la sala con extraordinaria agitacion y hablando consigo misma.

—Hay que encontrar cien mil francos, decía, ó dejar que lleven á nuestro padre á la cárcel. ¡Qué hacer, Dios mio!...

Baltasar no bajó. Margarita, causada de esperar, subió al laboratorio y vió á su padre en medio de una habitacion inmensa, perfectamente alumbrada y llena de máquinas y vasijas cubiertas de polvo, una infinidad de libros y varias mesas atestadas de productos con sus correspondientes números y etiquetas. Todo revelaba el desórden que lleva consigo la preocupacion del sábio y estaba en abierta contraposicion con los hábitos flamencos. Entre aquel conjunto de retortas, alambiques, metales, cristalizaciones y muestras, colgados de las paredes ó abandonados sobre las hornillas, hallábase Claes en mangas de camisa, con los brazos remangados como un trabajador, y con el pecho descubierto. Su mirada, horriblemente fija, no se apartaba de una máquina neumática cuyo recipiente, provisto en la parte superior de una lente, compuesta de cristales dobles y convexos, reconcentraba los rayos de sol que penetraban en la habitacion por el inmenso tragaluz de la guardilla. El recipiente de la máquina neumática se hallaba en comunicacion con los hilos

de una pila de Volta. Lemulquinier, ocupado en dar movimiento á esta máquina, montada sobre un eje movable á fin de que la lente se hallase siempre colocada perpendicularmente á los rayos del sol, se levantó, con la cara llena de tiznones, y dijo:

—¡Cuidado, señorita, no os acerqueis!

El aspecto de su padre que, casi arrodillado delante de su máquina, recibía de lleno la luz del sol y cuyos despeinados cabellos parecían hilos de plata; su rostro contraído por una espantosa ansiedad; el extraño conjunto de los objetos que allí se veían, y la oscuridad en que se hallaban los cuatro ángulos de aquella inmensa guardilla, impresionaron vivamente á Margarita y exclamó interiormente.

—*¡Mi padre está loco!*

Acercóse á él y le dijo al oído:

—Decid á Lemulquinier que nos deje solos.

—No, no hija mía, le necesito; estoy haciendo un experimento que á nadie se le había ocurrido hasta ahora. Hace tres días que esperamos con ansiedad un rayo de sol. Ya tengo el medio de someter los metales, en el mas perfecto vacío, á los rayos solares concentrados y á las co-

rrientes eléctricas. Mira, dentro de un momento, con estos poderosos medios, yo solo...

--Ay, querido padre, mejor sería que reserváseis todos vuestros recursos para pagar las letras de cambio...

—¡Espera, espera!

—Ha estado en casa el señor Mersktus; hay que entregarle, á las cuatro de la tarde, diez mil francos.

—¡Sí, sí, enseguidita! Tengo firmadas varias letras para este mes, efectivamente. ¡Creí que á esta fecha habria descubierto *lo Absoluto*! ¡Valgame Dios! ¡Si tuviésemos ahora el sol de Julio, ya estaria logrado mi objeto!

¶ Asió sus cabellos con ambas manos; sentóse sobre un desvencijado sillón y las lágrimas acudieron á sus ojos.

—¡Tiene razon el amo! ¡Ese sol, que apenas calienta, tiene la culpa de todo! ¡Maldito sol!

¶ Ni el amo ni el criado se acordaban ya de Margarita.

—Dejadnos solos, Lemulquinier, dijo ésta.

—Hija mia, ¡mira que estoy haciendo un nuevo experimento! exclamó el señor Claes.

—Padre mio, dejad vuestros experi-

mentos, le dijo su hija cuando estuvie-
ron solos; teneis que pagar cien mil fran-
cos y no poseemos ni un ochavo. Aban-
donad vuestro laboratorio; hoy se trata
de vuestra honra. ¿Qué vá á ser de vos
cuando esteis en la cárcel? ¿Vais á man-
char vuestras canas y el nombre de Cla-
es, declarándoos en quiebra? No, yo me
opondré á ello. Yo tendré suficientes
fuerzas para combatir vuestra locura,
porque sería una cosa espantosa que no
tuviéseis pan que llevar á la boca en los
últimos días de vuestra vida! Volved á
la razon y examinad la situacion en que
nos hallamos.

—¡Locura! exclamé Baltasar ponién-
dose de pié y mirando fijamente á su hi-
ja. Cruzó los brazos sobre el pecho y re-
pitió tan majestuosamente la palabra
locura, que Margarita se estremeció—
¡Ah! tu madre no hubiera pronunciado
esa palabra, repuso, ¡Tu madre no igno-
raba la importancia de mis investigacio-
nes, porque habia estudiado la ciencia
para poder comprenderme! ¡Sabia que
yo trabajaba en pró de la humanidad,
que no habia en mí ninguna mira mez-
quina ni personal! Ya veo que el senti-
miento de la mujer que ama está muy

por encima del cariño filial. ¡Sí el amor es el más bello sentimiento de la humanidad! ¿Volver á la razon? repuso golpeándose el pecho, ¿acaso la he perdido?... Si somos pobres, hija mia, yo lo quiero así. ¡Soy vuestro padre y teneis que obedecerme! Ya os haré rica cuando lo tenga por conveniente. ¡Vuestra fortuna! Eso es una tontería comparado con lo que yo busco. Bien podeis esperar mientras yo me consumo en esfuerzos gigantescos.

—Padre mio, yo no tengo derecho á pedir os cuentas de los cuatro millones que habeis consumido sin resultado en esta guardilla; yo no os hablaré de mi madre, á quien habeis asesinado; yo os diré que si yo tuviese un marido, le querria, sin duda, tanto como os queria mi madre, y estaria, como ella, dispuesta á hacer por él todo género de sacrificios. He obedecido sus órdenes, consagrandome exclusivamente á vos, y os lo he demostrado permaneciendo soltera, para no obligaros á darme cuenta de vuestra tutela. Dejemos el pasado y pensemos en el presente. He venido aquí para hacer os ver la angustiosa situacion que vos mismo habeis creado. Hace falta dinero para vuestra letra de cambio, ¿lo oís? Aquí no hay nada que embargar mas que el

retrato de vuestro abuelo Van Claes. Vengo, pues, en nombre de mi madre, que fué demasiado débil para defender á sus hijos contra su padre, y me mandó que os resistiese; vengo en nombre de mis hermanos y de mi hermana; vengo, padre mio, en nombre de los Claes á mandaros que abandoneis vuestros experimentos y os procureis una fortuna antes de volver á continuarlos. Si os revestís de vuestra autoridad paternal, que sólo sirve para matarnos, yo tengo en favor mio á vuestros antepasados y á nuestra propia honra que han de poder mas que vuestra química. ¡Las familias son antes que la ciencia! ¡Yo he cumplido sobradamente mis deberes de hija!

— ¡Y ahora quieres ser mi verdugo! dijo Baltasar con voz apagada.

Margarita salió de la habitacion para no verse obligada á abandonar el papel que empezaba á desempeñar, y porque creyó oír la voz de su madre cuando le dijo: *¡No contraries demasiado á tu padre! Quierele mucho.*

— ¡Bonita obra está haciendo allí arriba la señorita! dijo Lemulquienier bajando á la cocina para almorzar. ¡Ahora que íbamos ya á dar con el secreto en cuanto saliese un poco el sol! ¡Ah, mi

amo es el hombre de mas talento que ha echado Dios al mundo!—Ya no faltaba un tanto así, le dijo á Josefa, mordiéndose la uña del pulgar derecho, para que conozcamos el principio de todo. Y á lo mejor ¡pataplum! se desenelga la señorita gritando no sé que tonterías de unas letras de cambio!

—¿Sí? pues pagad esas letras de cambio con vuestros ahorros, dijo Marta.

¡Pero, qué! ¿no hay por ahí un poco de manteca para mí? dijo Lemulquinier á Josefa.

—¿Y dinero para comprarla? respondió incomodada la cocinera. Pero, hombre del demonio, ya que sabeis hacer oro en vuestro laboratorio, ¿por que no haceis tambien un poco de manteca? Eso sería mucho mas fácil, y con lo que os dieran por ella tendríamos para ir á la compra. Nosotras no comemos mas que pan seco, y las pobres señoritas se contentan con un poco de pan y unas nueces! ¿Quereis estar mejor alimentado que los amos? La señorita no quiere gastar mas que cien francos al mes en todo lo que hace falta en casa. No hacemos mas que una sola comida.

Si quereis regodeos, allí arriba tenéis vuestros hornillos para fabricar perlas,

que todo el mundo no habla mas que de eso en el mercado. ¡Mejor sería que fabricara pollos asados!

Lemulquinier cogió un gran trozo de pan y salió.

—¡Mejor! dijo Marta; ahora se comprará algo con su dinero! Así ahorramos. ¡Pero que avaro es ese bribon!

—Ya le arreglaría yo poniéndole á rigurosa dieta, dijo Josefa. Ya hace ocho dias que no ha fregado nada en toda la casa; yo hago el trabajo suyo; bien podia obsequiarme con unas sardinas. ¡Si llega à comprarlas, vereis con que gracia se las quito!

—¡Creo que oigo llorar á la señorita! dijo Marta. El vejestorio de su padre, que parece un nigromático, vá á comerse hasta los clavos de la casa si Dios no lo remedia. A ese hombre le ha cogido el demonio por su cuenta. En mi tierra ya le hubieran quemado vivo; pero aquí tienen las gentes la misma religion que los moros de Africa.

En efecto, la señorita Claes cruzó la galería sin poder comprimir sus sollozos. Llegó á su habitacion, buscó la carta de su madre, y leyó lo que sigue:

«Hija mia, si Dios lo permite, mi espíritu estará en tu corazon cuando leas

»estas líneas, que son las últimas que es-
»cribo y sólo rebo an amor hácia mis po-
»bres hijos que quedan abandonados á
»un demonio, al cual no he sabido resistir.
»tir. Ya habrá devorado vuestro pan co-
»mo devoró mi vida y mi amor. Ya sa-
»bes, hija mia, cuánto quise á tu padre!
»Voy á morir queriéndole ménos, toda
»vez que tomo contra él ciertas precau-
»ciones que no hubiera podido adoptar
»en vida. Sí; he querido guardar en el
»fondo de mi ataúd mi último recurso
»para el dia en que os encontréis en la
»mayor desdicha. Si ha reducido á la
»indigencia, ó si necesitas salvar tu
»honra; tú hallarás, hija mia; en ca-
»sa del señor Solis, ciento setenta mil
»francos que podrán sacarte de los apu-
»ros. ¡Si no ha podido vencer su pa-
»sion, si sus hijos no han sido para él un
»obstáculo mas poderaso que el de mi fe-
»licidad y no han podido detenerle en ese
»sendero criminal, separáos de vuestro
»padre y vivid al ménos! Yo no podia
»abandonarle, porque me habia consa-
»grado á él; Tú Margarita, debes salvar
»á la familia! Yo te perdono todo cuanto
»hagas para defender á Gabriel; á Lu-
»ciano y á Feliciano. Ten valor y sé el
»ángel tutelar de los Claes. Se enérgica;

no me atrevo á decirte que no seas com-
pasiva, pero para poder reparar las des-
gracias sucedidas, es preciso conservar
alguna fortuna, y debes obrar como si
estuviese en la mas profunda miseria,
porque nada bastará á detener el furor
de la pasion que me ha despojado de to-
do. De modo, hija mia, que para tener
mucho corazon, es preciso que no te
acuerdes de que tienes corazon; tu fin-
gimiento, cuando te veas obligada á
engañar á tu padre, será un fingimien-
to loable, y por muy censurables que
puedan parecer tus actos, serán heró-
icos siempre que tiendan á proteger á la
familia. El señor Solís, que es un hom-
bre virtuoso y de conciencia recta, me
lo ha asegurado así. Yo no tendria va-
lor para decirte este, ni aun á la hora
de mi muerte. Sé, sin embargo, buena
y respetuosa en esa horriblelucha! Com-
bate con cariño y rebusa con dulzura.
Abraza en mi nombre á mis queridos
hijos, en el momento de empezar á cum-
plir estas disposiciones protectoras.
¡Dios y los santos te protejan!

«JOSEFINA»

A esta carta iba unido un documento
firmado por el abate Solís y su sobrino,

por el cual se comprometian á entregar el depósito que les habia confiado la señora Claes á cualquiera de sus hijos que presentase dicho escrito.

—¡Marta! gritó Margarita á la criada, id en seguida á casa del señor Solís y decidle que tenga la bondad de venir á verme para un asunto importante y urgente.—¡Qué hombre tan honrado y tan discreto! Nunca me ha hablado una palabra de esto, y eso que conoce perfectamente mis trabajos y mis penas y daría cualquier cosa por poderlos compartir conmigo!

Manuel llegó á la habitacion de Margarita antes de que Marta estuviese de vuelta.

—¿Conque teneis secretos para mí? le dijo Margarita enseñándole el recibo que acababa de leer.

Manuel bajó la cabeza.

—¡Ah! Margarita, bien veo que sois muy desgraciada, repuso con los ojos llenos de lágrimas

—Si, es verdad. ¡Sed vos mi apoyo, vos que tan buen concepto merecías á mi pobre madre!

—Mi vida entera os pertenece desde el momento en que os ví en la galería, respondió Manuel llorando de alegría y de

delor; pero yo no podia creer que llegase un dia en que aceptáseis la vida que os tenía consagrada. Dispensadme que haya obedecido tan escrupulosamente la voluntad de vuestra madre, cuyas intenciones no me era permitido juzgar.

—Vos nos habeis salvado, dijo Margarita interrumpiendole y tomando su brazo para bajar á la sala.

Manuel le explicó el origen de la suma que conservaba en depósito, y Margarita á su vez le refirió la triste necesidad en que se hallaba su padre.

—Es preciso pagar esas letras de cambio, dijo Manuel, y si se hallan todas en poder del señor Mersktus, os ahorrareis los intereses. ¡Yo os entregaré los setenta mil francos restantes. Mi pobre tío me ha dejado en oro una suma casi igual que podré traer con todo sigilo.

—Sí, traedla esta noche y la esconderemos mientras duerma mi padre. Si supiese que tengo dinero sería probable que tratase de arrebatármelo. ¡Ah, Manuel! ¡qué desgracia tan grande es tener que desconfiar de su padre!... dijo llorando y apoyando la frente sobre el pecho de Manuel.

Este infantil movimiento fué la pri-

mera expresion viva de aquel amor siempre melancólico y contenido siempre en una esfera de dolor; ¡pero sus corazones, llenos de pasion, debian desbordarse muy pronto bajo el horrible peso de la miseria!

—¡Yo no sé qué hacer! ¡Yo no sé qué partido tomar! Mi padre no vé nada, no se cuida de nosotros; ni de él, y no comprendo como puede vivir en esa atmósfera horrible que reina en la guardilla.

—¿Qué podeis esperar de un hombre que exclama á todas horas, como Ricardo III: *Mi reino por un caballo!* dijo Manuel. Vuestro padre continuará siendo implacable y vos debeis serlo tanto como él. Pagad sus letras de cambio; dadle, si quereis, vuestra fortuna, pero la de vuestra hermana y la de vuestros hermanos, no es vuestra ni suya.

—¡Dar mi fortuna! dijo Margarita estrechando la mano de Manuel y mirandole amorosamente. ¡Vos me aconsejais eso! ¡Y Pierquin inventaba mil mentiras para que no me deshiciese de ella!

—Es que yo tal vez tengo un modo especial de ser egoista. Unas veces os deseo sin fortuna porque me figuro que asi os hallaríais más cerca de mí, y en otras ocasiones quisiera que fuéseis rica y di-

chosa, y pienso que es una tontería el creerse separados por las mezquinas grandezas que dá la fortuna.

—¡Querido mio! no hablemos de *nosotros*...

—¡*Nosotros!* repitió Manuel, y añadió despues de un momento:—El mal es grave, pero no irreparable.

—Nosotros solos podremos repararlo, porque la familia Claes no tiene ya jefe. Para dejar de ser padre y hombre y perder toda nocion de lo justo y de lo injusto, puesto que siendo tan generoso y tan probo ha disipado, á pesar de la ley, el patrimonio de sus hijosconfiado á su custodia, ¿en qué abismo debe haber caido! Pero, Dios mio, ¿qué es lo que busca?

—Desgraciadamente, querida Margarita, si vuestro padre yerra como jefe de familia, como hombre científico tiene razon. Veinte personas en Europa le admiraran, y las demas le tendrán por loco. Pero no tengais ningun escrúpulo en rehusarle la fortuna de sus hijos, porque los descubrimientos han dependido siempre de la casualidad. Si ha de llegar á encontrar la solucion de su problema, ya la hallará sin hacer tantos gastos, y tal vez cuando ménos se lo figure!

—¡Esta lucha vá á ser eterna! dijo

Margarita. Mi pobre madre se hubiera ya muerto mil veces.

—Esta lucha terminará pronto, repuso Manuel. Así que no tengais ya nada, el señor Claes carecerá de crédito y tendrá que dejar sus experimentos.

—Entonces que los deje desde hoy mismo, exclamó Margarita, porque ya no tenemos ninguna clase de recursos.

Solis fué á rescatar las letras de cambio y volvió para entregarselas á Margarita.

Baltasar bajó poco antes de la hora de comer. Su rostro tenia el sello de una tristeza horrible. Esta tristeza parecia indicar que había recobrado la razon y vuelto á sus antiguos sentimientos. Asomóse á las ventanas que daban al patio y al jardin, y cuando estuvo seguro de que se hallaba á solas con su hija, se acercó á ella en actitud melancólica y llena de bondad.

—Hija mia, dijo cogiéndole la mano y estrechándola cariñosamente, perdona á tu anciano padre. Sí, Margarita, yo confieso que he obrado mal y que tú tenias razon. ¡Mientras yo no resuelva mi problema, seré un miserable! Debo ausentarme de aquí. ¡No quiero presenciar la venta del retrato Van Claes! dijo con-

templándole con los ojos arrasados de lágrimas. ¡El murió por la Libertad, yo moriré por la ciencia! ¡El fué venerado, yo seré aborrecido!

—¡Ay, no, padre mio, no! dijo Margarita arrojándose en sus brazos; ¡todos nosotros os adoraremos! No es verdad, Feliciano? dije al ver entrar á ésta en la habitación.

—¿Qué os pasa, padre mio? dijo la jóven cogiéndole una mano.

—¡Yo os he arruinado!

—¡Vaya! dijo Feliciano, nuestros hermanos ganarán para manternos. Luciano ha obtenido ya en su clase el primer premio.

—Mirad, padre mio, repuso Margarita conduciendo á Baltasar cerca de la chimenea. Aquí teneis vuestras letras de cambio, pero no firmeis mas documentos de estos, porque no sería posible pagarlos...

Baltasar quedó mudo de sorpresa.

—¡Conque tienes dinero! dijo en voz baja á Margarita.

El rostro de Claes reveló una profunda alegría y una consoladora esperanza. Miró á su alrededor como si quisiese hallar el tesoro con que soñaba, y la pobre Margarita sintió oprimírsele el corazón.

—Tengo mi fortuna, padre mio, dijo con acento de dolor.

—Dámela, dijo con la entonacion de un avaro, yo te la devolveré centuplicada.

—Sí, yo os la daré, respondió Margarita contemplando à Baltasar, que no comprendió el sentido que su hija daba à esta frase. La jóven queria decir que pensaba reservarla para tener con qué alimentarle en lo sucesivo.

—¡Ay, hija mia! dijo; ¡tú me salvas la vida! He discurrido un nuevo experimento que será mi último ensayo. Si no me dà el resultado que espero, renunciaré à hallar lo *Absoluto*. ¡Cójete de mi brazo, hija de mi alma, yo quisiera que fueses la mujer mas dichosa del mundo! Tú me vuelves à la felicidad, à la gloria; tú me facilitas los medios para que pueda colmaros de tesoros y os llenaré de joyas y de riquezas.

Besó à su hija en la frente, la cogió ambas manos y le hizo mil zalamerias. Durante la comida sólo se ocupó de Margarita, y la contemplaba con ese cariño, con esa atencion y esa vivacidad propias de un jóven que quiere cautivar el corazon de su amada. Procuraba adivinar sus pensamientos y sus deseos, y se levanta-

ba para servirla. Estas atenciones exageradas é impropias de su edad hacian que Margarita se sintiese avergonzada, pero conservaba su serenidad y hablaba á cada momento de la precaria situacion en que se hallaban, recordando con tino y oportunidad las principales vicitudes por que habian ido pasando en los últimos años.

—Calla, calla, le dijo Baltasar; dentro de seis meses os llenaremos la casa de oro y de cosas ricas. Vivirás como una reina. La naturaleza entera nos pertenecerá, tendremos la supremacía en todo... gracias á tí... ¡Margarita mia!—¡Margarita! repuso sonriendo, tu nombre es una profecía. Margarita quiere decir una perla. Sterne ha dicho eso no sé dónde. ¿Has leído las obras de Sterne? ¿Quieres que te las deje? Verás cómo te gustan.

—La perla, repuso Margarita, proviene, segun dicen, de una enfermedad, ¡y ya hemos sufrido bastante!

—No te aflijas, tú harás la felicidad de las personas que te son queridas, porque tendrás poder y riquezas.

—Sí, la señorita tiene muy buen corazón, dijo Lemulquinier esforzándose en fugir una sonrisa.

Durante el resto de la noche, Baltasar desplegó con sus dos hijas todas la gracias de su carácter y todo el encanto de su conversacion; estuvo tentador como la serpiente del Paraiso. Sus palabras y sus miradas derramaban un fluido magnético. Hizoles conocer aquel poder del génio, aquel talento mágico que fascinaba á su madre, y les habló directamente al corazon. Cuando llegó Solís, encontró reunidos á los tres, cosa que no veia hacia mucho tiempo. El jóven director, á pesar de su natural reserva, quedó sometido al prestigio de aquella escena, porque la conversacion y las maneras de Baltasar ejercian una influencia irresistible. Aunque se hallen sumergidos en los abismos del pensamiento y ocupados incesantemente en observar el mundo moral, los hombres consagrados á la ciencia notan perfectamente los mas insignificantes detalles de la esfera en que viven. Mas bien impetuosos que distraidos no se encuentran nunca en armonia con nada de cuanto les rodea: saben y olvidan. Prejuzgan el porvenir, profetizan para su uso particular, conocen cualquier acontecimiento antes de que suceda, pero no hablan nunca de él. Si en el silencio de la meditacion hacen uso de su po

der para reconocer lo que pasa en derredor suyo, bástales la satisfaccion de haber sabido adivinar: el trabajo los domina, y casi siempre aplican falsamente los conocimientos que han adquirido sobre las cosas de la vida. A veces, cuando abandonan su apatía social, ó cuando pasan del mundo moral al mundo exterior, lo hacen sin perder su rica memoria y no parecen extraños á nada. Baltasar, que unia la perspicacia del corazon á la perspicacia del cerebro, conocia todo el pasado de su hija; conocia ó habia adivinado los mas insignificantes pormenores del amor misterioso que la unia á Manuel, y se lo demostró á ambos con toda sutileza y sancionó su cariño dándole su aprobacion. Esta era la mejor lisonja que podia emplear un padre, y los dos amantes no supieron resistir á ella.

Cuando se retiró Baltasar, Solís colocó sobre la mesa de costura de Margarita tres mil ducados en oro que traía en los bolsillos, los cubrió con la tela que ésta estaba remendando y salió en busca de la cantidad restante. Cuando volvió, Feliciano habia ido ya á acostarse. Eran las once. Marta habia acompañado á Feliciano.

—¿En dónde vemos á esconder esto? dijo Margarita, que no pudo resistir al placer de jugar con algunos ducados.

¡Esta niñería la perdió!

—Voy á levantar esta columna de mármol cuyo zócalo está hueco, dijo Manuel. Vos introducís los paquetes, y el diablo que vaya luego á dar con ellos.

En el momento en que Margarita hacia su penúltimo viaje de la mesa de costura á la columna, dió un grito penetrante y dejó caer los paquetes, que se hicieron pedazos y sembraron las monedas por el suelo: su padre se hallaba en la puerta de la sala, y su rostro, que reflejaba la mas espantosa avidez, la habia aterrorizado.

—Que haceis ahí? dijo mirando alternativamente á su hija y á Solís.

Margarita, llena de miedo, parecia clavada sobre el pavimento, y Manuel, de pié al lado de la columna, guardaba una actitud bastante significativa.

El ruido del oro al caer al suelo fué horrible, y las monedas derramadas sobre la alfombra eran toda una profecía.

—No me engañaba, dijo sentandose Baltasar, habia oido sonar el oro.

Estaba tan conmovido como los dos jóvenes, cuyos corazones palpitaban tan

perfectamente al unísono, que se oían sus latidos como los golpes de un péndulo, en medio del profundo silencio que reinó de repente en la habitación.

—Gracias, Manuel, dijo Margarita dirigiéndole una mirada que parecía decirle:—Ayudadme á salvar esa suma.

—¿Qué significa ese oro?... repuso Baltasar mirando codiciosamente las monedas que se ofrecían á su vista.

—Este caballero, respondió Margarita, me ha prestado ese oro para poner a salvo la honra de vuestra casa.

Solis se ruborizó y quiso abandonar la estancia.

—Caballero, dijo Baltasar cogiéndole de un brazo, permitidme que os dé las mas expresivas gracias.

—No teneis por qué dármelas, caballero. Este dinero es de esta señorita, á quien se lo presto sobre sus bienes; respondió mirando á su amada, quien le dió las gracias con un ligero movimiento de cabeza.

—Yo no puedo consentir eso, exclamó el señor Claes.

Cogió una pluma y un papel de la mesa en que acostumbraba á escribir Feliciano, y volviéndose hacia los dos jóve-

nes, cada vez mas sorprendidos, preguntó.

—¿Cuánto dinero hay?

La pasion que dominaba Claes le habia hecho mas astuto que el administrador mas lince de una sociedad por acciones. Aquella suma iba á ser para él. Margarita y Manuel no sabian que contestar.

—Vamos á contarlo, dijo Baltasar.

—Hay seis mil ducados, respondió Manuel.

—¡Setenta mil francos! repuso el señor Claes.

Margarita miró á su prometido como queriendo prestarle ánimo.

—Caballero, dijo Manuel, el compromiso que habeis adquirido no puede tener valor alguno. He prestado á esta señorita cien mil francos para rescatar unas letras de cambio que no os era posible pagar, y por lo tanto tampoco podreis ofrecerme ninguna garantía. Eso setenta mil francos son de vuestra hija, y puede disponer de ellos como mejor le parezca; pero solo se los presto bajo promesa que me ha hecho de firmar un contrato autorizándome para adquirir la parte que pueda corresponderme en los terrenos de Vaignies.

Margarita volvió la cabeza para ocultar las lágrimas que asomaban á sus ojos al ver la nobleza con que Manuel se conducía. Educado por su tío en la práctica mas severa de las virtudes religiosas, tenía verdadero horror á la mentira; después de haber ofrecido su vida y su corazón á Margarita, le sacrificaba en aquel momento su conciencia.

—Adios, caballero, le dijo Baltasar, creía que tendríais mas confianza en un hombre que os consideraba como á su propio hijo.

Manuel miró dolorosamente á Margarita, y fué acompañado por Marta hasta la puerta de la calle.

Al quedarse solos el padre y la hija, dijo Claes:

—¿Es verdad que me quieres?

—Padre mio, no andeis con rodeos. Quereis que os entregue esa suma, y yo os la rehuso terminantemente.

Margarita se puso á recoger los escudos. Su padre la ayudó en esta tarea sin pronunciar una sola palabra, y ambos contaron el dinero así reunido. Margarita, sin aparentar la menor desconfianza, admitió desde luego este oficioso auxilio. Reunidos ya en un monton los dos mil

ducados, Baltasar, lleno de desesperación, exclamó:

—¡Margarita, yo necesito ese oro!

—Si os apoderais de él cometeréis un robo, respondió su hija con acento tranquilo. ¡Oid, padre mio! Es preferible matarnos de un solo golpe, que vernos obligados à sufrir mil muertes cada dia; así, pues, decidid si sois vos ó somos nosotros quien debe sucumbir.

—¿Quereis ser los asesinos de vuestro padre?

—¡No haríamos mas que vengar à nuestra madre! dijo Margarita mostrando el sitio en que espiró la señora Claes.

—Hija mia, si tú supieses de lo que se trata, no me hablarías de ese modo. Escucha, yo te explicaré el problema...

—¡Pero tú no puedes, comprenderme! exclamó con desesperación. ¡Mira, dame ese dinero! Cree una vez en tu padre. Sí,

yo sé que he causado mucha pena à tu madre; que he disipado, como dicen los ignorantes, mi fortuna y he disipado la vuestra; que todos considerais mis trabajos como una locura; pero hija mia, hija de mis entrañas, Margarita de mi alma ¡ten la bondad de escucharme! Si no lo gro lo que deseos, yo me entregaré completamente à tí; yo te obedeceré como tú

deberias obedecerme; yo haré todo lo que tú quieras; yo te dejaré que manejes mi fortuna; yo dejaré de ser el tutor de mis hijos y me despojaré de toda autoridad. Te lo juro por tu madre dijo llorando como un niño.

Margarita volvió la cabeza para no ver las lágrimas de su padre, y el señor Claes se arrodilló á los pies de su hija, creyendo que de este modo lograría hacerla ceder.

— ¡Margarita, Margarita! ¡dáme ese dinero! ¡dáme ese dinero! ¿Qué significan setenta mil francos si al darlos te evita un eterno remordimiento? Tú vas á matarme; tu conducta vá á ser la causa de mi muerte. ¡Oye! mi palabra será sagrada. Si no logro mi empresa, renuncio á mis trabajos, saldré de Flandes, abandonaré la Francia, si así lo exiges, é iré á trabajar como un simple obrero para rehacer mi fortuna, ochavo por ochavo, y dar un dia á mis hijos lo que la ciencia les ha arrebatado.

Margarita queria alzar á su padre del suelo, pero él insistia en continuar arrodillado, y añadió sollozando:

— ¡Sé cariñosa y compasiva por la última vez! Si no logro mi esperanzas, yo mismo reconoceré el fundamento de tus

cargos contra mí. ¡Llámame entonces loco y viejo! ¡Llámame mal padre! ¡Díme que soy un ignorante! Yo te escucharé besandote las manos ¡Pégame, si quieres, cuando llegue ese caso, y al recibir tus golpes te bendeciré como á la mejor de las hijas, recordando que me has dado tu sangre!

—Si solo se tratase de mi sangre, yo os la daría sin titubear un momento; pero, ¿debo yo consentir que sacrifiqueis mis hermanos en aras de la ciencia? No, ¡dejadme, dejadme! dijo enjugando sus lágrimas y rechazando las caricias de su padre.

—¡Setenta mil francos y dos meses! dijo con rabia Baltasar, poniendose en pié. Eso es lo único que me hace falta, y mi hija, mi hija... se coloca entre la gloria, entre la riqueza y yo.—¡Maldita seas! añadió. ¡Tu no eres hija, ni mujer tú no tienes corazon: tu no sabrás ser buena madre ni buena esposa!—¡Hija de mi alma, hermosa mia, déjame coger ese dinero! ¡Yo te adoraré mientras tu viva!

Con un movimiento lleno de espantosa energía acercó sus manos á aquel monron de oro

—Yo no puedo resistir á la violencia,

dijo Margarita señalando el retrato de su abuelo, ¡pero Dios y Claes nos observan!

—Pues bien, vive cubierta con la sangre de tu padre, gritó Baltasar dirigiendo una mirada horrible á su hija.

Luego se levantó, contempló la sala y salió lentamente. Al llegar á la puerta, se volvió, del mismo modo que lo hubiera hecho un mendigo, é interrogó á Margarita con un gesto que fué contestado con la cabeza negativamente.

—Adios, hija mia, dijo con dulzura, ¡procura ser feliz!

Así que hubo desaparecido, Margarita permaneció en un estupor que la dejó, por decir así, aislada de la tierra: ya no estaba en la sala; ya no sentia su cuerpo tenia alas y volaba por los espacios del mundo moral en que todo es inmenso, en que el pensamiento acorta las distancias y el tiempo, y en que una mano divina descubre el velo del porvenir. Creyó que trascurrían días enteros entre cada uno de los pasos que daba su padre al subir la escalera; luego se estremeció de horror cuando le oyó entrar en su habitación. Guiada por un presentimiento que

vine á aumentar la deslumbradora luz de un relámpago, subió la escalera, sin luz y con todo silencio; ligera como una áeche, y vió á su padre apuntándose á la frente con una pistola.

—¡Tomad todo cuanto querais! gritó echándose en sus brazos.

Luego se dejó caer sobre un sillón. Baltasar, al ver su terrible palidez, lloró como lloran los ancianos: recobró casi instantáneamente su alegría, la besó en la frente, le dijo una infinidad de palabras cariñosas, parecia querer saltar de contento, y jugaba con ella como juega un amante con su amada despues de haber obtenido sus anhelados favores.

—¡Basta, basta! padre mio, dijo Margarita. ¡Pensad en vuestra promesa! Si no lograis vuestro objeto, ¿me obedeceris?

—¡Sí!

—¡Ah! madre mia, dijo ella volviéndose hacia la habitacion de la señora Claes ¿no es verdad que vos tambien hubièrais hecho lo que yo acabo de hacer?

—¡Duerme tranquila, dijo Baltasar, tú eres una buena hija!

—¡Dormir! exclamó Margarita, yo no puedo tener ya el sueño de la juventud; vos, padre mio, me habeis envejecido, del

mismo modo que marchítasteis el corazón de mi madre.

—¡Pobre niña! Yo quisiera tranquilizarte dándote á conocer los efectos del magnífico experimento que acabo de idear; entonces comprenderías...

—¡Yo sólo comprendo nuestra ruina! dijo Margarita abandonando la habitación de su padre.

Al día siguiente, Solís fué á casa de Baltasar acompañando á Luciano.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? preguntó con tristeza á Margarita.

—Que he complacido á mi padre, respondió ésta.

—Vida mia, dijo Manuel trasportado de melancólica alegría, si hubierais resistido, yo os hubiese admirado; pero débil, ¡yo os adoro!

—¡Manuel de mi alma! ¿qué va á ser de nosotros?

—¡Eso corre de mi cuenta! exclamó el enamorado jóven con acento de viva satisfacción.

VI

El padre desterrado

Tracurrieron algunos meses en la mas perfecta tranquilidad: Solís hizo comprender á Margarita que sus insignificantes economías no conducian á nada, y le aconsejo que viviese con mas holgura, echando mano de la cantidad que aun le quedaba del legado de su madre. Durante este tiempo, Margarita fué víctima de la misma ansiedad que atormentó á su madre en circunstancias análogas. Aunque era bastante incrédula, llegó á tener alguna confianza en el génio de su padre, porque, por un fenómeno inexplicable, hay muchas personas que, faltas de fé, dan cabida á la esperanza. La espe-

ranza es un deseo, la fé es una certidumbre. Margarita pensaba para sí:— «Si mi padre realiza sus deseos, seremos dichosos!» Claes y Lemulquinier, eran los únicos que decían:—«Lograremos nuestro propósito!»

Desgraciadamente, la tristza de Baltasar aumentaba por momentos. Cuando bajaba á comer no se atrevia á mirar á si hija, pero á veces la contemplaba con aire de triunfo. Margarita pasaba las noches haciendo que Solís le explicase varias dificultades legales; asediaba á su padre con mil preguntas relativas á sus relaciones de familia, y completaba su educacion viril preparándose evidentemente para ejecutar un plan que tenía proyectado para el caso en que Baltasar sucumbiese de nuevo en su lucha con lo desconocido.

A principios del mes de Julio, el señor Claes permaneció todo un dia sentado en un banco del jardin, y sumergido en una profunda tristeza; contempló varias veces el sitio que antes ocupaban los tulipanes y las ventanas del cuarto que habitó su mujer; estremeciósse al pensar en todo cuanto le habia costado su lucha, y todos sus movimientos revelaron infinidad de pensamientos á la ciencia. Mar-

garita se puso á trabajar á su lado poco antes de la hora de comer.

—Decidme, padre mio, ¿no habeis logrado?...

—No, hija mia.

—¡Ah! dijo con dulce voz Margarita, no quiero regañaros; los dos somos igualmente culpables. Quiero, sin embargo, que cumplais vuestra palabra, y os conduzcais como debe conducirse un Claes. Vuestros hijos os amarán y os respetarán, pero desde hoy me pertenecis por completo y debéis obedecerme. No os inquieteis por eso, yo seré cariñosa y procuraré que cese semejante situacion. Yo me voy con Marta, voy á dejaros por un mes próximamente, con el único objeto de ocuparme de vos; porque desde ahora debo consideraros como si fuéseis un hijo mio, dijo besándole en la frente. Desde mañana se encargará Feliciano de la casa. La pobre muchacha no tiene mas que diez y siete años y no sabrá oponeros ninguna resistencia. Sed generoso, no le pidais un ochavo, porque solo puede disponer de lo estrictamente necesario para los gastos de la casa. Tened valor, renunciad durante dos ó tres años á vuestros trabajos y á vuestros proyectos. Entre tanto podeis madurar vuestro problema;

yo reuniré el dinero necesario para que podais resolverlo, y creo que entonces lo conseguireis. ¿No os parece que esto es hablar razonablemente?...

—¡De modo que aún tenemos alguna esperanza! dijo Baltasar.

—Sí, por cierto, con tal de que cumplais vuestra palabra

—Yo te obedeceré, hija mía, respondió Claes profundamente emocionado.

Al día siguiente, el señor Conyncks de Cambrai llegó en busca de su sobrina. Iba en carruaje de camino y sólo quiso permanecer en casa de su primo el tiempo necesario para que Margarita y Marta hiciesen los preparativos necesarios. El señor Claes recibió afablemente á su primo, pero dejaba ver que su presencia le entristecía y le humillaba. Conyncks adivinó los pensamientos de Baltasar, y durante el almuerzo le dijo con su habitual franqueza:—Querido primo, tengo algunos de vuestros hermosos cuadros, porque soy extremadamente aficionado á la pintura, que es una pasión cara por demás; pero cada uno de nosotros tiene su correspondiente locura...

—¡Pero, tío! dijo Margarita.

—Todo el mundo cree que estais arruinado, querido primo, pero un Claes

tiene siempre aquí multitud de tesoros, dijo golpeándose la frente, Y aquí también, ¿no es verdad! añadió poniendo la mano sobre su corazón. ¡Por eso tengo confianza, en vos! Por eso é dispuesto de mis economías para proporcionaros algunos escudos.

—¡Ah! exclamó Baltasar, yo os daré en cambio mil tesoros.

—¡Querido primo, los únicos tesoros que se conocen en Flandes son la paciencia y el trabajo! respondió con tono severo el señor Conyncks. Nuestro ilustre antecesor tiene esas dos palabras sobre su frente, dijo mostrando el retrato del presidente Van Claes.

Margarita abrazó á su padre, se despidió de él cariñosamente, hizo mil recomendaciones á Josefa y á Feliciano y salió con dirección á París. Su tío era viudo, no tenía mas que una hija de doce años y poseía una inmensa fortuna. No era, por lo tanto, imposible que tratara de casarse; así es que los habitantes de Douai creyeron que la señorita Claes iba á casarse con su tío.

Los rumores acerca de esta boda hicieron que Pierquin fuese á visitar á Claes. El interesado notario había cambia-

do completamente de ideas. Hacia dos años que la población de Douai se hallaba dividida en dos campos enemigos. La nobleza había formado su círculo y la burguesía tenía también el suyo, declaradamente hostil al primero. Esta repentina separación que se verificó en toda Francia, dividiéndola en dos naciones enemigas cuyo rencor fué creciendo al mismo tiempo que su envidia, llegó á ser una de las causas que hicieron á los departamentos patrocinar la revolución de Julio de 1830. Entre aquellas dos sociedades, monárquica la una y liberal exagerada la otra, se hallaban los funcionarios públicos, admitidos según su importancia en uno ó en otro círculo, y que á la caída del poder legítimo permanecieron neutrales. Al comenzar la lucha entre la nobleza y la burguesía, los cafés realistas adoptaron un lujo hasta entonces desconocido, y rivalizaron de tal modo con los cafés liberales, que aquellas fiestas gastronómicas costaron, según dicen, la vida á varios personajes de complejión delicada, que no pudieron soportar semejante excesos. Como era de esperar, aquellas dos sociedades se hicieron exclusivistas y exigentes; Pierquin fué excluido de los círculos aristocráticos

y rechazado de los cafés de la burguesía. Su amor propio se resintió mucho de semejantes repulsas, y poco á poco se halló divorciado de las gentes con quienes antes se trataba. Frisaba ya en los treinta y tres años, única época de la vida en que los hombres que piensan en casarse pueden todavía aspirar á la mano de una jóven. Las señoritas que él podía solicitar pertenecian á la burguesía, y su ambicion anhelaba ocupar un puesto en la alta sociedad, cosa que no podia lograr, á ménos de contraer un noble parentesco. El aislamiento en que vivia el señor Claes habia hecho que su familia permaneciese extraña á aquel movimiento social, y aunque pertenecia á la antigua nobleza del país, era probable que sus preocupaciones le impidiesen obedecer á las antipatias creadas por aquella nueva clasificacion de personas. Por pobres que fuesen las señoritas Claes, debian tener un dote que siempre es una fortuna para cualquier advenedizo. Pierquin volvió pues, á visitar á los Claes con el oculto propósito de hacer todo cuanto le fuera posible para lograr un casamiento que realizase en lo sucesivo todas sus ambiciones. Acompañó á Baltasar y á Felicians durante la ausencia de Margarita,

pero comprendió demasiado tarde que tenía en Manuel Solís un poderoso enemigo. La herencia del difunto abate debía ser considerable, según opinión de todos, y a los ojos de un hombre que reducía á cuestión de números todas las cosas de la vida, el joven heredero aparecía más poderoso por su dinero que por las seducciones del alma, seducciones de que Pierquin no hacía maldito el caso. Aquella fortuna daba al nombre de Solís todo su valor. El oro y la nobleza eran como dos lucernas que, al prestarse mutuamente su brillo, redoblaban su intensidad. La sincera amistad que el joven director profesaba á Feliciano, á quien consideraba como hermana suya, excitó la emulación del notario. Trató de eclipsar á Manuel barajando las frases más de moda con las expresiones de una galantería superficial, y adoptando toda la mimica de un joven ardientemente enamorado. Al decir que estaba desengañado de las cosas del mundo, volvía sus ojos hacia Feliciano, como queriendo hacerla creer que ella únicamente podía reconciliarle con la vida. Feliciano, que oía por primera vez semejantes galanterías, escuchó ese lenguaje que, aun siendo fingido tiene siempre algo de grato, creyó ver

una gran profundidad allí donde sólo existia el vacío ver una gran profundidad allí donde sólo existia el vacío, y no sabiendo cómo fijar los vagos sentimientos que rebosaban en su alma, sintió cierta inclinación hacia su primo. Envidiando, tal vez sin saberlo, las amorosas atenciones que Manuel prodigaba á su hermana, quiso sin duda ser como ella el objeto de las miradas, de los pensamientos y de la solicitud de un hombre. Pierquin comprendió fácilmente la preferencia que Feliciano le daba sobre Manuel, y esto bastó para que insistiese en sus esfuerzos, comprometiéndose mas de lo que pensaba. Manuel estudió las causas de aquella extraña pasión del notario, porque queria velar por Feliciano y proteger su porvenir. Hubo entre la prima y el primo alguno que otro diálogo cariñoso, algunas palabras á hurtadillas y en voz baja, y esas insignificantes sutilezas que dan á una mirada y á una palabra una expresión cuya insidiosa dulzura puede causar inocentes errores. Valido de la amistad que se habia establecido entre él y Feliciano, trató Pierquin de averiguar el objeto del misterioso viaje de Margarita para saber si se trataba de casamiento y si debía re-

nunciar á sus esperanzas; pero, á pesar de su extraordinaria sutileza, ni Baltasar ni Feliciana pudieron satisfacer su curiosidad, por la sencilla razon de que ninguno de ellos conocia los proyectos de Margarita, que, al constituirse en dictador de la familia, obraba por su propia cuenta y con el mas escrupuloso sigilo.

La profunda tristeza de Baltasar y su completo decaimiento hacían que las noches se pasasen poco divertidas. Manuel habia conseguido hacerle jugar al chaquete, pero se distraía á cada momento, y aquel hombre de tan vasta inteligencia parecia, las mas de las veces, un pobre estúpido. Defraudado en sus esperanzas, atormentado por la idea de haber derrochado tres fortunas, se hallaba como un jugador sin dinero, y sucumbia bajo el peso de su espantosa ruina. Aquel hombre de génio, á quien la necesidad reducía á la nada, se condenaba á si mismo y ofrecía un doloroso y triste espectáculo capaz de conmover al hombre mas insensible. Hasta el mismo Pierquin contemplaba con cierto sentimiento de respecto á aquel leon enjaulado, cuyos ojos, brillantes como el rayo, habia amortiguado una horrible tristeza, y parecían

pedir la limosna que los labios no osaban implorar. A veces, la idea de un experimento animaba aquel rostro demacrado, y al contemplar la sala, los ojos de Baltasar se fijaban en el sitio en que su mujer había espirado, corrían las lágrimas por su descarnadas mejillas y dejaba caer la cabeza sobre su oprimido pecho. Había levantado el mundo como un gigante, y el mundo, con peso mucho mayor, volvía á caer sobre su pecho. Aquel terrible dolor, con tanto valor reprimido ejercía su influencia sobre Pierquin y Solís, que a veces se impresionaban hasta el punto de querer ofrecer á aquel hombre el dinero necesario para una nueva série de experimentos; ¡hasta este punto son comunicativas las convicciones del génio! Los dos comprendían que la señora Claes y Margarita hubiesen arrojado sus millones en aquel abismo; pero la razón comprimía muy luego los impulsos del corazón, y sus emociones se revelaban únicamente por algunas palabras consoladoras que agriaban más aún los dolores de aquel abatido gigante.

El señor Claes no hablaba de su hija mayor y no parecía inquietarse por su ausencia ni por el silencio que guardaba no escribiéndole á él ni á Felicioana.

Cuando Solis ó Pierquin le preguntaban por ella, parecia afectarse desagradablemente. ¿Temia acaso que Margarita tramase algo contra él? ¿Creiase humillado por haber resignado en su hija los derechos del poder paternal? ¿Era que la amaba ménos desde que se habian trocado los papeles de padre ó hija? Tal vez estas razones y tambien algunos de esos sentimientos que anublan el alma eran causa de la indiferencia con que trataba á Margarita. Por muy grandes que sean los hombres, siempre adolecen de ciertas debilidades que los ponen al nivel de los mas simples mortales. Tienen la doble desgracia de sufrir las consecuencias de sus buenas cualidades y las de sus defectos, y Baltasar estaba tal vez destinado á familiarizarse con el dolor de su vanidad ofendida. La vida que él llevaba y las noches en que estas cuatro personas se reunieron durante la ausencia de Margarita, eran una vida y unas noches llenas de tristeza y de vagos temores en que apenas cabia algun ligero consuelo. La ausencia de la hija primogénita creaba allí una atmosfera que juzgaban insoportable, porque Margarita era el alma, la esperanza y la fuerza de aquella familia.

Dos meses transcurrieron de este modo, y durante este tiempo Baltasar aguardó resignadamente á su hija.

Margarita volvió á Douai acompañada de su tío que se instaló en la casa en vez de regresar á Cambrai, sin duda con objeto de apoyar con su autoridad alguna enérgica medida proyectada por su sobrina. El regreso de Margarita fué celebrado con una pequeña fiesta de familia. El notario y Solís fueron invitados á comer por Feliciano y Baltasar. Cuando el carruaje se detuvo ante la puerta de la casa, fueron los cuatro á recibir á los viajeros con grandes demostraciones de júbilo. Margarita pareció tan satisfecha de volver á ver el hogar paterno, que sus ojos se llenaron de lágrimas al atravesar el patio para llegar al salón. Al abrazar á su padre, se ruborizó como una esposa culpable que no sabe fingir; pero sus miradas recobraron su pereza cuando contempló á Solís, en quien parecía hallar la fuerza necesaria para terminar la obra que secretamente tenia ideada. Durante la comida, á pesar de la alegría que animaba los rostros y las palabras, el padre y la hija se examinaron con desconfianza y con curiosidad. Baltasar no hizo á

Margarita ninguna pregunta acerca de su permanencia en París, sin duda por conservar su dignidad paternal. Solis imitó esta reserva; pero Pierquin, que se habia acostumbrado á conocer todos los secretos de la familia, dijo á Margarita, ocultando su curiosidad bajo la apariencia de una sencillez que le era desconocida:

— ¡Vaya, vaya, querida prima! Habreis visto París, los teatros...

— No he visto nada en París, respondió Margarita, no he ido allí para divertirme. He visto transcurrir los dias bien tristemente, y sólo he pensado en el momento de volver á Douai.

— He tenido que incomodarme con ella para lograr que fuese una noche á la ópera, y vi que se fastidiaba soberanamente, dijo el señor Conyncks.

La noche se pasó bastante aburrida, todos se encontraban como fuera de su centro y procuraban ocultar con forzada sonrisas la ansiedad que los devoraba. Margarita y Baltasar experimentaban sordos y crueles temores que devoraban sus almas. A medida que trascurría la noche, iba desapareciendo la serenidad del padre y de la hija, Margarita procuraba á veces sonreír; pero sus gestos, sus

miradas y el timbre de su voz descubrian en ella una viva inquietud. El señor Conyncks y Solis parecian conocer la causa de la agitacion de la jóven, y la animaban de cuando en cuando, dirigiéndola expresivas miradas. Resentido por verse extraño á una resolucion y á unos planes que le atañian en primer término, Baltasar se separaba insensiblemente de sus hijos y de sus amigos, afectando un profundo silencio. Margarita le daria á conocer indudablemente sus proyectos acerca de él. Para un hombre superior y para un padre, esta situacion era intolerable. Llegado á una edad en que no se oculta nada á sus hijos y en que la extension de las ideas dá fuérza á las pasiones, aumentaba su pena y su malestar viendo acercarse el momento de su muerte civil. En aquella noche se verificaba una de esas crisis de la vida interior que sólo pueden explicarse por medio de imágenes. Las nubes y el rayo se amontonaban en el cielo, y todo sonreia en el campo; todos tenian calor, veian venir la tempestad, y alzaban la cabeza y continuaban su camino. El señor Conyncks fué el primero que marchó á acostarse, y Baltasar le condujo á su habitacion. Durante la ausencia de éste, Pierquin y

Solís se retiraron tambien. Margarita saludó afectuosamente al notario; no dijo nada á Manuel, pero estrechó su mano y le miró con ojos humedecidos por el llanto. Despidió á Feliciano, y cuando el señor Claes volvió á la sala, encontró sola á su hija.

—Padre mio, dijo ésta con voz temblorosa, únicamente las graves circunstancias en que nos hallamos hubieran podido decidirme á salir de casa; pero despues de mil angustias y de mil dificultades que he tenido que vencer, vuelvo aquí con algunas probabilidades de salvacion para todos nosotros. Gracias á vuestro nombre, á la influencia de nuestro tio, y á las relaciones del señor Solís, hemos conseguido para vos el empleo de Tesorero de la Hacienda en Breaña, que representa, segun dicen, unos diez y ocho ó veinte mil francos anuales. Hé aquí vuestro nombramiento, dijo sacando una credencial de su cartera de viajes. Vuestra permanencia aquí en estos años de privaciones y de sacrificios, sería intolerable. Nuestro padre debe continuar en una situacion análoga á la en que siempre ha vivido. Yo no os pediré nada de vuestras rentas y podeis emplearlas como mejor os parezca. Únicamente os

suplico que penseis en que no tenemos renta ninguna y que todos tenemos que sustentarnos con lo que Gabriel nos proporcione de la suya. Nadie se enterará de nuestra vida recogida y metódica. Si permaneciéseis aquí, seriais un obstáculo para que mi hermana y yo pudiésemos realizar la empresa de mejorar la suerte de la casa. Creo que no abuso de la autoridad que me habeis concedido, colocándoos en una posición que ha de permitirnos rehacer vos mismo vuestra fortuna. Dentro de uno ó dos años podeis llegar á ser Tesorero general.

—Esto quiere decir, Margarita; repuso lentamente Baltasar, que me echas de casa.

—No creo merecer una frase tan dura, respondió la jóven conteniendo los tumultuosos impulsos de su corazón.

Volvereis con nosotros cuando podais habitar vuestro país natal con toda la consideración que mereceis. Además, padre mio, ¿no habeis jurado obedecerme? repuso con frialdad. No debeis oponerme ninguna resistencia. Mi tío se ha quedado aquí para conducirnos á Bretaña y evitar que hagais solo el viaje.

—No iré de ningún modo, exclamó Baltasar poniéndose en pié; no necesito

que nadie me socorra para rehacer mi fortuna y pagar las sumas que debo á mis hijos.

—Entonces haremos otra cosa, repuso Margarita sin inmutarse. Reflexionad bien lo que os digo. Si continuais en esta casa, vuestros hijos la desalojarán para que seais en ella el dueño absoluto.

—Margarita, gritó Baltasar.

—Luego, continuó sin hacer caso de la irritacion de su padre, enteraremos al ministro de vuestra renuncia para que sepa que no quereis aceptar un empleo lucrativo y honroso.

—¡Abandonarme mis hijos!

—Sí, señor; ó salís de aquí, ó nos marchamos nosotros, dijo Margarita. Si yo fuese vuestra única hija imitaria á mi madre, y no me ocuparia para nada de vuestra conducta. Pero no puedo consentir que mis hermanos perezcan de hambre ó de desesperacion á vuestro lado: lo he prometido á la que murió ahí... dijo mostrando el lugar que ocupaba el lecho de su madre. Os hemos ocultado nuestros dolores, hemos sufrido sin quejarnos, pero hoy se han agotado ya nuestras fuerzas. No estamos al borde del abismo padre mio, estamos ya en el fondo. Para salir de él, no solamente ne-

cesitamos valor, es preciso además que no nos veamos contrariados por los caprichos de una pasión...

—¡Hijos de mi alma! exclamó Baltasar cogiendo la mano de Margarita, yo os ayudaré, yo trabajaré, yo...

—Aquí teneis los medios para lograrlo, respondió Margarita presentándole la credencial.

—Pero, hija mia, ¿no ves que el medio que me ofreces para rehacer mi fortuna es demasiado lento? Me haces perder el fruto de diez años de trabajo y las sumas enormes gastadas en mi laboratorio. Mira, dijo señalando hacia la guardilla, allí están todos nuestros recursos:

Margarita se levantó y se dirigió hacia la puerta, diciendo:

—¡Padre mio, en vista de lo que os he dicho, escoged!

—¡Ah, hija mia, eres muy cruel! respondió Baltasar dejándose caer sobre un sillón.

Al día siguiente por la mañana, Lemulquinier participó á Margarita que el señor Claes habia salido. Esta noticia la hizo palidecer de tal modo, que el antiguo criado le dijo:

—Tranquilizaos, señorita, el señor ha dicho que volveria á las once para al-

morzar. Esta noche no se ha acostado. A las dos de la madrugada estaba aún paseándose por la sala, y miraba desde las ventanas el tejado del laboratorio. Yo que estaba esperándole en la cocina, vi que lloraba; está sumamente disgustado. Ahora tenemos ese magnífico sol de Julio, capaz de enriquecernos á todos, y si quisiéseris...

—¡Callad! dijo Margarita adivinando todos los pensamientos que sin duda se le habian ocurrido á su padre.

Habíase efectuado efectivamente en Baltasar ese fenómeno que se observa en todas las personas dedicadas á una vida sedentaria. Su existencia dependia, por decir así de los lugares con que se habia identificado. Su pensamiento, fijo siempre en su laboratorio y en su casa, hacia que le fuesen completamente indispensables. Allí estaban sus esperanzas y la única atmósfera que sus pulmones podian respirar. Esta alianza de los lugares y de las cosas entre los hombres, tan poderosa en las naturalezas débiles, llega á ser casi tiránica en las personas que se consagran al estudio y á la ciencia. Abandonar su casa, era tanto para Baltasar como renunciar á la ciencia y á su problema; era morir.

tad. Supongo que hareis lo mismo con estas dos pobres muchachas que podrán tener necesidad de vuestros consejos. Conviene, pues, que aclaremos este particular. Cuando yo esté en casa, os recibiré siempre con muchísimo gusto; pero cuando Felioiana se halle aquí sola con Josefa y Marta, excuso deciros que no debe ver á nadie, aunque se trate de un antiguo amigo ó de uno de nuestros más adictos parientes. En las circunstancias en que nos hallamos, nuestra conducta debe ser de todo punto irreprochable. Tenemos que vivir mucho tiempo consagradas al trabajo y á la soledad.

Hubo algunos instante de silencio. Manuel, contemplando con admiracion la cabeza de Margarita, parecia mudo, y Pierquin no sabia quo decir. Despidióse de su prima, furioso contra si mismo, porque habia comprendido que Margarita amaba á Manuel, y que acababa de cometer una verdadera necedad.

—¡Ah, Pierquin; Pierquin! decia apostrofándose à si mismo en la calle, te has conducido como un animal. Soy un estúpido! Tengo doce mil francos de renta las utilidades de mi profesion y la expectativa de la herencia de mi tio Des

Rasques, que vendrá á doblar mi fortuna el dia ménos pensado, y cometo la infamia de ofrecer dinero á interés á la señorita Claes? Estoy seguro que estarán ahora burlandose de mí. Y no debo pensar ya en Margarita! Nó. Despues de todo, Feliciano es una muchacha bonachona y jóven, y salgo ganando. Margarita tiene un carácter de hierro, trataria de dominarme y se saldria con ella! Vaya, hay que mostrarse generoso; hay que dejar de ser notario, cueste lo que cueste. Definitivamente me decido por Feliciano y voy á hacerla el amor en toda regla! Qué diablo! tendrá un dia una granja de cuatrocientas treinta fanegas, que producirán con el tiempo de doce á catorce mil francos de renta, porque las tierras de Waigaies son buenas. En cuanto muera mi pobre tio, vendo mi estudio y cántame con cua-renta-mil-francos-de-renta! Casado con una Claes y parentado con las mejores familias del país!... Diantre! Ahora veremos si los Courtdeville, los Magalhensy los Savaron de Savaras tendrán á ménos el visitar á un Pierquin Claes-Molina-Nourho. Seré alcaide de Douai, me concederán una gran cruz, podré ser diputado, llegaré á ser todo lo que me dé la gana!

Conque, mucho ojo, Pierquin, ándate con tiento y no vuelvas á cometer mas tonterias! Porque, aquí entre nosotros, te aseguro que Feliciana... la señorita Feliciana Claes, está enamorada de tí.

Cuando los dos amantes permanecieron solos, Manuel estrechó la mano de Margarita, y levantándose ambos se dirigieron hácia el jardín; pero, ya en el centro de la sala, Manuel no pudo contener su alegría, y con verdadera y profunda emoción dijo á Margarita:

—¡Yo tengo trescientos mil francos vuestros!...

—¿Cómo es eso? exclamó la jóven; ¿os confió mas dinero mi pobre madre?... ¡Decís que nó! Pues ¿qué significa eso?

—Pero, Margarita, ¿no es vuestro todo cuanto yo poseo?

—¡Querido Manuel! dijo ella estrechando su mano.

Luego, en vez de ir al jardín, se sentó en la mecedora.

—Yo soy quien debe daros las gracias, dijo él, puesto que aceptais mi ofrecimiento.

—Este momento, querido de mi alma, dijo Margarita, borra muchos dolores y presagia un feliz porvenir! Si, yo acepto tu fortuna, repuso sonriendo como

un ángel; yo se cómo he de hacerla mía.

Miró al retrato de Van Claes como para hacerle testigo de sus palabras. El jóven, que seguía las miradas de Margarita, no la vió sacar de uno de sus dedos una sortija, y sólo se apercibió de este hecho al escuchar estas palabras:

—En medio de nuestras profundas miserias podemos aún hallar la dicha. La negligencia de mí padre me permite disponer de mí misma; dijo presentándole la sortija. Toma, Manuel! Mí madre te adoraba y seguramente te hubiera concedido mi mano!

Manuel sintió sus ojos bañados en lágrimas, palideció, cayó de rodillas, y dijo á Margarita, dándole un anillo que llevaba siempre puesto:

—Hé aquí el anillo de boda de mi madre!—Margarita mia, dame otra nueva prenda de tu amor! dijo besando la sortija.

Margarita se inclinó para ofrecer su frente á los labios de Manuel.

—Ay, querido mio, creo que estamos cometiendo una mala accion, dijo profundamente conmovida.

—Mí tio decia que la adoracion era el pan de la paciencia; al hablar del cris-

tiano que ama á Dios. Yo puedo amarte de este modo, porque hace mucho tiempo que te confundí con el Señor, que todo lo ha creado, y me someto á El lo mismo que me someto á tí.

Aquella dulce exaltacion los dominó por algunos instantes. Era la sincera y tranquila efusion de un sentimiento que, semejante á un caudaloso manantial, se desbordaba en pequeñas é incesantes oleadas. Los acontecimientos que los separaban por un tiempo indeterminado, eran un motivo de melancolia que hizo su dicha mas sensible, dandole una penetrabilidad parecida á la del dolor. Feliciano, á juicio de ambos amantes, regresó demasiado pronto para ellos. Manuel, guiado por ese admirable tino que permite á los amantes adivinarlo todo, dejó solas á las dos hermanas, despues de cambiar con Margarita una mirada en que ella pudo leer cuánto le costaba aquella discrecion.

— Ven aquí hermana mia, dijo Margarita rodeando con su brazo el cuello de Feliciano.

Luego, la condujo al jardin y se sentaron sobre un banco. Á pesar del tono alegre y de la amable y dulce sonrisa de su hermana, Feliciano experimentaba

una emoción muy semejante al miedo. Margarita cogió una de sus manos y notó que temblaba.

—Señorita Feliciano, le dijo al oído, estoy leyendo en vuestra alma. Pierquin ha venido aquí frecuentemente; durante mi ausencia ha venido todas las noches, os ha dicho palabras lisonjeras y vos las habeis escuchado.

Feliciano se ruborizó.

—No te defiendas, ángel mio, repuso Margarita, si es muy natural que se ame! Tal vez tu alma bondadosa podrá cambiar un tanto el modo de ser de nuestro primo: es egoista é interesado pero hombre honrado al mismo tiempo, y probablemente sus defectos podrán contribuir á tu dicha. El te considerará como la mas linda de sus propiedades. tú vendrás á ser uno de *sus negocios*, Perdona que te hable en estos términos, querida mia! tú corregirás los malos hábitos que ha contraído á fuerza de considerarlo todo bajo el punto de vista del interés, y podrás enseñarle las puras alegrías que emanan directamente del corazón,

Feliciano no pudo contenerse y abrazó á Margarita.

—Además, continuó ésta, él es rico y

su familia pertenece á la mas antigua y distinguida burguesía. ¿Por qué he de oponerme yo á tu dicha; si piensas hallarla en una mediana condicion?...

—Ay, hermana mia! exclamó Feliciana.

—Puedes hablarme con toda confianza, dijo Margarita. ¿No es muy natural que nos comuniquemos nuestros secretos?

Feliciana se decidió á contar todo á Margarita, y cuando ésta, despues de hacer tambien sus confiancias, conoció perfectamente el estado del corazon de su hermana, le dijo:

—Ahora, hermosa mia, debemos enterarnos si es cierto efectivamente que el primo te ama de veras, y entonces...

—Deja eso de mi cuenta, dijo sonriendo Feliciana; tú y Manuel me servireis de modelos.

—¡No seas loca! dijo Margarita besandola en la frente.

Aunque Pierquin pertenecia á esa clase de hombres que sólo ven en el matrimonio la necesidad de cumplir ciertas obligaciones impuestas por las leyes sociales y un modo legal para la trasmision de la propiedad, y aunque le era de todo punto indiferente casarse con Feli-

ciana ó Margarita, toda vez que ambas tenían el mismo apellido y el mismo dote, no dejó de notar que las dos hermanas eran, según él decía, *unas muchachas aromáticas y sentimentales*, dos adjetivos empleados por las gentes sin co-razon para burlarse de los dones con que la naturaleza favorece á sus elegidos. El notario pensó sin duda que era preciso seguir la corriente. Presentose al otro dia en casa de Margarita y la condujo misteriosamente al jardin, para hablarla sentimentalmente, según el plan que habia convenido consigo mismo.

Querida prima, le dijo, no siempre hemos opinado lo mismo en lo que se refiere al modo de terminar felizmente vuestros asuntos; pero hoy debeis comprender que siempre me ha guiado el deseo de seros útil, Es el caso que ayer, llevado de mis *fatales hábitos de notario*, os he hecho un ofrecimiento del modo mas inconveniente que puede imaginarse. ¿Entendeis bien lo que quiero decir? Mi corazon no fué cómplice de mi necesidad. Yo os he amado con toda mi alma, pero nosotros, los notarios, tenemos cierta perspicacia, y he comprendido que os era indiferente, jesto no ha sido culpa mia! Otro ha sido mas afortunado.

Hoy vengo á confesaros á *la pata la llana* que amo de todas veras á vuestra encantadora hermana. Por lo tanto, tratadme como un hermano, y disponed á vuestro antojo de mi bolsillo. Cuanto mas dinero tomeis, mas me probareis vuestra amistad. Soy completamente vuestro, *sin interés*, ni al doce ni al uno por ciento: fijáos bien en lo que os digo. Yo me doy por satisfecho sólo con que Felicianna me quiera. Perdonadme mis defectos, nacidos únicamente del hábito de los negocios; el corazon es bueno, y antes que hacer desgraciada á mi mujer, seria capaz de arrojarme al rio.

—Todo eso está muy bien, primo, dijo Margarita; pero mi hermana depende de sí misma y de nuestro padre...

—Ya lo sé, querida prima, dijo el notario, pero vos sois la madre de toda la familia, y deseo vivamente que juzgueis el estado de mi corazon.

Margarita aceptó la proteccion del notario únicamente para todo lo concerniente á su profesion, con objeto de no comprometer en nada su dignidad de mujer, el porvenir de su hermana y las decisiones de su padre.

Aquel mismo dia confió su hermana á

los cuidados de Josefa y de Marta, las cuales se entregaron en cuerpo y alma á su jóven señora, secundando todos sus planes económicos; Margarita salió sin perder tiempo con direccion á Waignies, en donde comenzó sus operaciones, sábiamente dirigidas por Pierquin; éste intentó por de pronto evitar á Margarita el trabajo de remover y labrar las tierras destinadas á sus granjas. Halló tres jóvenes bien acomodados que deseaban trabajar por su cuenta, púsoles de manifiesto las ventajas que les ofrecia el cultivo de aquellos excelentes terrenos, y logró que tomasen en arriendo las tres granjas que iban á contruirse. Condonándoles el pago del arriendo durante un año, quedaron comprometidos á satisfacer una renta de diez mil francos desde el segundo año, doce mil en el tercero y quince mil en los años restantes, siendo de su cuenta todos los gastos necesarios. Mientras se construian las granjas, los nuevos colonos fueron removiendo las tierras; de modo, que veinte meses despues de la salida de Baltasar, habia ya conseguido Margarita rehacer casi por completo la fortuna de su hermano y de su hermana. Doscientos mil francos fueron bastantes para costear todas las cons-

trucciones. Todo el mundo socorrió y aconsejó á aquella animosa muchacha, cuya conducta excitaba la admiracion de la ciudad. Margarita inspeccionó las obras que se ejecutaban y cuidó de la fiel ejecucion de todos los contratos y arrendamientos, con ese buen sentido, esa actividad y esa constancia que saben desplegar las mujeres cuando se sienten animadas por una gran pasion. Desde el tercer año pudo consagrar cuarenta y cinco mil francos del arriendo de las granjas, las rentas de su hermano y el producto de los bienes paternos, á satisfacer los capitales hipotecados y á reparar los daños que la pasion de Baltasar habia causado en su hacienda. Como los intereses iban disminuyendo, esta amortizacion fué en aumento progresivo. Además, Manuel ofreció á Margarita los cien mil francos que le quedaban de la herencia de su tio, y agregó á esta suma veinte mil mas que tenia ahorrados; de modo que ya desde el primer año de su administracion, pudo la señorita Claes satisfacer un gran número de deudas. Esta vida, llena de valor, de privaciones y de abnegacion, continuó lo mismo durante cinco años. Todo fueron satisfacciones y alegrías en este largo periodo,

Gabriel recibió su título de ingeniero de puentes y caminos, y protegido por su tío Conyncks, hizo una rápida fortuna en la empresa de un canal que llegó á construir, y supo hacerse amar de la señorita Conyncks, su prima, que era una de las mas ricas herederas de todo Flandes.

En 1823 quedaron libres los bienes del señor Claes, y la casa de la calle de Paris habia reparado casi totalmente sus pérdidas de moviliario. El señor Pierquin pidió formalmente á Baltasar la mano de Feliciana, y Solís le pidió por esposa á Margarita. A principios del mes de Enero de 1824, Margarita y el señor Conyncks partieron en busca del padre desterrado, cuyo regreso deseaban todos vivamente, y Baltasar presentó su dimision para permanecer en el seno de su familia, cuya felicidad debia sancionar con su presencia.

Durante la ausencia de Margarita, que en muchas ocasiones se habian lamentado de no poder llenar los desocupados marcos de la galeria y de los salones para el dia en que su padre volviese á la casa, Pierquin y Solís, de acuerdo con Feliciana, prepararon á Margarita una sorpresa que hiciese participar á la her-

mana pequeña en la restauracion de la Casa Claes. Los dos habian comprado á Feliciano algunos hermosos cuadros que le ofrecieron para decorar la galería. El señor Conyncks habia tenido la misma idea. Queriendo demostrar á Margarita la satisfaccion que le causaba su noble conducta y la abnegacion con que habia cumplido los deseos de su madre, le habia remitido cincuenta de sus mas hermosos lienzos y algunos de los que Baltasar vendió en otro tiempo; de modo que la galeria Claes vino casi á quedar en su primitivo estado.

Margarita habia hecho antes á su padre varias visitas, acompañada de su hermana ó de Luciano, y cada vez le encontraba mas cambiado; pero desde su última entrevista, la vejez dejaba ver en Baltasar terribles síntomas, á cuya gravedad contribuia sin duda la económica vida que llevaba con objeto de poder emplear la mayor parte de su sueldo en nuevos experimentos que nunca daban el resultado apetecido. Aunque sólo tenia sesenta y cinco años, ofrecia el aspecto de un octogenario. Sus ojos estaban profundamente escondidos en sus órbitas; sus cejas habian encanecido; los cabellos habian casi completamente des-

aparecido de su cabeza; habíase dejado crecer toda la barba; su cuerpo permanecía continuamente encorvado, y el desórden de sus andrajos vestidos daba á su vejez un aspecto horrible. Aunque la inteligencia brillaba en aquel rostro, cuyas facciones desaparecian bajo las huellas de infinitas arrugas, la fijeza de la mirada, el aspecto desesperado y una constante inquietud reflejaba en él el sello de la locura, ó mas bien el de todas las locuras reunidas. Si su imaginacion acariciaba una esperanza, el rostro de Baltasar expresaba la monomanía; si se impacientaba por no poder hallar el secreto que perseguía como un fuego fátuo, descubriáanse en su fisonomía todos los síntomas del furor, y una repentina carcajada venia á revelar claramente la locura. Un profundo abatimiento le devoraba continuamente y resumía todos los efectos de su pasión, dándole la estúpida melancolía del idiota. Estos síntomas, que las personas extrañas percibían apenas, eran desgraciadamente demasiado graves para todos cuantos conocían la sublime bondad y la grandeza de alma de Baltasar Claes.

Avejado y cansado, como su amo, por un continuado trabajo; Lemulquinier re-

velaba en su rostro una extraña mezcla de inquietudes y de admiración hácia su señor. Escuchaba con el más profundo respecto sus más insignificantes palabras seguía con una especie de amorosa solicitud sus menores movimientos y cuidaba de él como una madre de su hijo, sirviéndole de protector en las vulgares necesidades de la vida en que Baltasar no pensaba nunca. Aquellos dos ancianos, absorbidos por una sola idea, llenos de confianza en la realización de sus deseos y agitados por el mismo impulso, representando el uno la cubierta y el otro el alma de su comun existencia, ofrecían un aspecto horrible y al mismo tiempo conmovedor.

Cuando Margarita y el señor Conyncks hallaron á Baltasar, habíase éste instalado en una posada, porque su sucesor no se había hecho esperar y había tomado inmediatamente posesión de su destino. A pesar de las preocupaciones de la ciencia, hallábase profundamente conmovido y deseaba volver á ver su patria, su casa y su familia; como la carta de su hija le anunciaba faustos sucesos, pensaba coronar su carrera haciendo una serie de experimentos que indudablemente debían conducirle á la solución

de su problema, y esperaba, por lo tanto, á Margarita con una ansiedad sin límites.

La hija se arrojó en los brazos de su padre llorando de alegría; esta vez iba á buscar la recompensa de una vida llena de dolores y la sancion de sus actos como dictador de la familia; porque se juzgaba criminal, como los grandes hombres que violan las libertades para salvar la patria. Al contemplar á su padre y al verle tan cambiado desde su última visita se estremeció de espanto. El señor Conyncks se impresionó del mismo modo é insistió en que su primo se trasladase inmediatamente á Douai, cuya influencia podia hacerle recobrar la razon y la salud, volviéndole á la tranquila vida del hogar doméstico. Despues de las primeras manifestaciones de cariño, mas vivas por parte de Baltasar de lo que Margarita se figuraba, tuvo con ésta las mas vivas atenciones. Manifestó su pena por recibirla en la mala habitacion de una posada; se informó de todo cuanto podia serle mas agradable, le preguntó con la solicitud de un amante apasionado, qué platos le gustaban mas en las comidas, y se condujo, en fin, con ella como un reo que

quiere captarse las simpatías del magistrado que ha de juzgarle. Margarita conocía perfectamente á su padre y adivinó la causa de aquellas atenciones, suponiendo que habria contraído algunas deudas en la poblacion y deseaba satisfacerlas antes de ausentarse. Observó á su padre durante algun tiempo y estudió profundamente su corazon. Baltasar se habia empequeñecido; la conviccion que tenia de su rebajamiento y el aislamiento en que le colocaba la ciencia, le habian hecho tímido como un niño en todas las cuestiones extrañas á sus ocupaciones favoritas. La presencia de su hija le imponia sobremanera. El recuerdo de su abnegacion y del valor que habia desplegado; el poder de que él la habia revestido; la fortuna de que ella disponia, y los sentimientos indefinibles que le dominaban desde el dia en que abdicó sus derechos paternales, la habian engrandecido por momentos á sus ojos. Para él el señor Conyncks carecia de importancia: sólo veia á su hija, sólo pensaba en ella y parecia temerla como temen ciertos maridos débiles á la mujer de un carácter superior que ha logrado subyugarlos. Al verle fijar en ella sus ojos,

Margarita leía dolorosamente en su mirada una expresión de temor semejante á la de un niño que reconoce haber cometido una falta. No sabía como conciliar la majestuosa y terrible expresión de aquel cráneo, devastado por la ciencia y el trabajo, con la sonrisa pueril y el inocente servilismo que descubrían los labios y la fisonomía de Baltasar. Sintióse atormentada por el contraste que ofrecían aquella grandeza y aquella pequeñez, y decidió emplear su influencia en hacer que su padre reconquistase toda su dignidad para el solemne día en que volviese al seno de su familia. En cuanto se vió á solas con él, le dijo al oído:

—¿Debeis algun dinero en la población?

Baltasar se ruborizó y contestó con alguna timidez;

—No sé... pero Lemulquinier te lo dirá, porque él está mas enterado que yo de mis propios asuntos.

Margarita llamó al ayuda de cámara, y al llegar éste, estudió casi involuntariamente la fisonomía de aquellos dos ancianos.

—Señor, ¿deseais algo? preguntó Lemulquinier.

Margarita, que era todo orgullo y nobleza, sintió oprimido su corazón al notar en el tono y en el aspecto del criado, que había llegado á establecerse cierta funesta familiaridad entre su padre y él.

—Creo que mi padre os necesita para hacer la cuenta de lo que debe, dijo Margarita.

—El señor, repuso Lemulquinier, debe...

Al oír estas palabras, Baltasar hizo á su criado una seña de inteligencia, que llegó á observar Margarita y le produjo una tristísima impresión.

—Decidme todo lo que debe mi padre, exclamó.

—El señor debe mil escudos á un droguero que nos ha surtido de potasa cáustica, plomo, y zinc y varios reactivos.

—¿Nada mas? dijo Margarita.

Baltasar hizo una seña á Lemulquinier, y éste, fascinado por su amo, respondió.

—Nada mas, señorita.

—Pues bien, ahora mismo os entregaré esa suma.

Baltasar abrazó alegremente á su hija diciéndole:

—Ere un ángel para mí, hija mia.

Al pronunciar estas palabras, respiró con aire de satisfacción y la contempló con cierta alegría. A pesar de esto, Margarita notó en su rostro una profunda inquietud y comprendió que aquellos mil escudos constituían únicamente las deudas más apremiantes del laboratorio.

—Sed franco, padre mío, dijo sentándose sobre sus rodillas: ¿debeis aún algo más? Confesádmelo todo, regresad á vuestra casa sin conservar ningún temor en medio de la alegría general.

—Querida Margarita, dijo Baltasar cogiéndole las manos y besándoselas con una gracia que parecía ser un recuerdo de su juventud; vas á regañarme...

—Nó, dijo Margarita.

—¿De veras? respondió él dejando escapar un grito de infantil alegría; ¿Conque puedo decirtelo todo? Conque vas á pagar?...

—Sí, dijo Margarita conteniendo las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

—Pues, mira, debo... Vamos, no me atrevo...

—Por Dios, hablad, padre mío!

—Es mucho dinero, repuso.

Margarita juntó sus manos con aire de desesperación.

—Debo... treinta mil francos y los se-

flores Protez y Chiffreville.

—Treinta mil francos! ese es precisamente el dinero que he ahorrado, y tengo una verdadera satisfaccion en ofrecérselo, dijo besándole en la frente.

Baltasar se levantó, cogió á su hija entre sus brazos, y corrió con ella alrededor de la habitacion haciéndola saltar como una chiquilla; luego la dejó sobre un sillón, exclamando:

—Hija mia, eres un tesoro de amor! Yo no podia ya vivir. Los Chiffrevilles me han escrito tres cartas llenas de amenazas, y querian perseguirme. Perseguirme á mí, que he labrado su fortuna!

—Pero, padre mio, dijo Margarita llena de desesperacion; ¿seguís aún buscando?..

—Siempre! dijo sonriendo como un loco. Yo lo encontraré! Si tú supieses á qué punto hemos llegado los dos!..

—¿Los dos?..

—Sí, Lemulquinier y yo. El pobre muchacho me quiere tanto, que ha hacabado por comprenderme y me ayuda á las mil maravillas!

El señor Conynucks interrumpió la conversacion penetrando en la sala, porque Margarita hizo seña á su padre para que se callase, temiendo que su tio llegara á

formar de él un concepto desfavorable. Ella estaba asustada de los estragos que la preocupacion habia causado en aquella privilegiada inteligencia, dedicada exclusivamente al descubrimiento de un problema tal vez irremediable. Baltasar, que no se ocupaba de nada que fuese ajeno á su laboratorio, no presumia siquiera que sus hijos hubiesen reconstituido su fortuna.

Al dia siguiente salieron con direccion á Flandes, y en este largo viaje adquirió Margarita algun dato acerca de la situacion en que se hallaban su padre y Lemulquinier ¿Tenía el criado sobre el amo ese ascendiente que alcanzan sobre los seres superiores las gentes sin educacion cuando comprenden que son necesarias y que, de concesion en concesion, logran hacerse dueños del terreno, con esa persistencia que dá una idea fija? ¿Sentia el amo por su criado esa especie de cariño que nace de la costumore, semejante al que un obrero siente por su herramienta creadora ó un árabe por su valiente corcel? Margarita estudió este asunto antes de formar una opinion, y se propuso sustraer á Baltasar de un yugo humillante, dado que existiese. Permaneció algunos dias en París para satisfa-

cer las deudas de su padre, y rogar á los fabricantes de productos químicos que no enviasen nada á Douai sin avisarle anticipadamente los pedidos que les hiciese el señor Claes. Hizo que su padre cambiase de traje y vistiese como correspondia á un hombre de su rango. Esta restauracion devolvió á Baltasar una especie de dignidad física que fué de buen augurio para un cambio de ideas. En seguida, su hija, que gozaba de antemano con las sorpresas que esperaban á Baltasar en su propia casa, continuó su marcha en direccion á Douai.

A tres leguas de esta poblacion, Baltasar encontró á su hija Feliciana á caballo, escoltada por sus dos hermanos, Manuel, Pierquin y los mas íntimos amigos de las tres familias. Como era natural, el viaje le habia distraido de sus habituales ideas: el aspecto de Flandes habia influido sobre su corazon. Cuando vió el alegre cortejo formado por su familia y por sus amigos, sintióse tan vivamente afectado, que sus ojos se llenaron de lágrimas, tembló su voz, enrojeciéronse sus párpados y abrazó con tal efusion á sus hijos, que los espectadores todos de aquella escena se sintieron profundamente conmovidos. Cuando llegó á su ca-

sa. palideció y saltó del carruaje con la agilidad de un joven; respiró lleno de satisfacción el aire del patio, y se puso à mirarlo todo con un entusiasmo que se revelaba claramente en su fisonomía. Cuando entró en la sala, lloró al ver la exactitud con que su hija había hecho reproducir los antiguos candelabros de plata que él había vendido. Habíase preparado un magnífico almuerzo en el comedor, cuyos aparadores estaban llenos de curiosidades y de objetos de plata de un valor que igualaba, por lo ménos, al de los primeros que encerraban en otra época. Aunque aquel banquete de familia duró largo tiempo, apenas bastó para que cada uno de sus hijos contestase à las infinitas preguntas que Baltasar les dirigía. La impresion que le produjo su regreso le hizo participar de la dicha de su familia y mostrarse buen padre. Volvió à recobrar sus verdaderos hábitos y su antigua nobleza, y como en los primeros momentos se entregó exclusivamente al goce de la posesion sin tratar de inquirir de qué modo se había recobrado todo cuanto él había perdido, su alegría no tuvo límites. Terminado el almuerzo, los cuatro hijos, su padre y Pierquin pasaron à la sala, en donde

Baltasar vió, no sin cierta inquietud, varios pliegos de papel sellado colocados sobre una mesa escritorio. Todos los hijos tomaron asiento, y Baltasar lleno de asombro, permaneció en pié al lado de la chimenea.

—¡Esta es la cuenta que dá el señor Claes de la tutela de sus hijos! dijo Pierquin. Aunque esto no es nada divertido, añadió sonriéndose y queriendo dar un tono festivo al asunto, es de todo punto necesario que escucheis su lectura.

Aun cuando las circunstancias justificaban esta frase, el señor Claes recordó el pasado, y frunciendo las cejas la aceptó como una especie de reprension. El notario comenzó la lectura, y la admiracion de Baltasar fué creciendo á medida que iba interándose del acta. Hacíase constar en ella que la fortuna de su mujer ascendia en la época de su fallecimiento á la suma de un millon seiscientos mil francos, y la parte de cada uno de sus hijos aparecia íntegra como si hubiese sido administrada por un padre bueno y cuidadoso. Resultaba que su casa estaba libre de toda hipoteca, y que sus fincas rústicas estaban tambien completamente rescatadas. Despues de ha

cer firmar las diferentes actas, Pierquin le presentó los recibos de las cantidades que tomó á prestamo en otro tiempo y los documentos que justificaban la liberacion de sus fincas. En aquel momento, Baltasar que recobraba el honor del hombre, la vida del padre y la consideracion del ciudadano, cayó sobre un sillón y buscó á Margarita, que, por una de esas sublimes delicadezas de la mujer se habia ausentado durante aquella lectura, para ver si se cumplian todas las órdenes que tenia dadas para la fiesta que habia de celebrarse. Todos los individuos de la familia leyeron en los humedecidos ojos del anciano el deseo que tenia de ver á su hija y Luciano fué á buscarla. Baltasar, al oir los pasos de Margarita, corrió á su encuentro y la estrechó entre sus brazos.

—Padre mio, le dijo, os suplico que no disminuyais en vuestra santa autoridad. Dadme las gracias delante de toda la familia por haber cumplido fielmente vuestro deseos, y queden todos persuadidos de este modo que sois el autor de lo bueno que aquí se haya hecho.

Baltasar alzó los ojos al cielo, miró á su hija, cruzó los brazos sobre el pecho y dijo despues de una breva pausa, du-

rante la cual adquirió su rostro toda la expresion de sus juveniles años:

—Ah, Josefina, ¡qué no daría yo por que pudieses admirar á nuestra hija!...

Abrazó á Margarita nuevamente sin poder pronunciar una palabra, y volvió á la sala.

—Hijos míos, dijo con acento lleno de nobleza, debemos estar profundamente agradecidos á mi hija Margarita, por el tino y valor con que ha cumplido mis deseos y ejecutado mis planes, cuando demasiado ocupado con mis trabajos la encargué la administracion de nuestros intereses.

—¡Ah! Ahora vamos á leer los contratos de boda, dijo Pierquin mirando la hora. Pero estos contrato no son de mi incumbencia porque la ley me prohíbe firmar tales documentos para mis parientes y para mí. El señor Raparlier debe venir en seguida...

En aquel momento empezaron á llegar amigos de la familia invitados á la comida que debia verificarse para solemnizar el regreso del señor Claes y la celebracion de los contratos, y los criados entraban á cada momento con infinidad de regalos de boda. El numero de los asistentes á la fiesta llegó á ser conside-

nable. Las tres familias que se unían por la dicha de sus hijos, habían querido rivalizar en esplendor. La sala estaba atestada de regalos; el brillo del oro deslumbraba por todas partes; las telas desplegadas, los chales de cachemir, los collares y los adornos producían una alegría tan verdadera en los que los recibían, que apenas si pensaba nadie en el inmenso valor que todo aquello representaba. En seguida comenzó el ceremonial usado por la familia Claes en semejantes solemnidades! Únicamente el padre y la madre debían estar sentados; los asistentes permanecían en pié delante de ellos y á cierta distancia. Entonces, á la izquierda de la sala y en el lado que daba al jardín, se colocaron Gabriel Claes y la señorita Conyncks al lado de Solís y Margarita, su hermana y Pierquin. A corta distancia de estas tres parejas, Baltasar y el señor Conyncks tomaron cada uno asiento en su respectivo sillón, cerca del notario que reemplazaba á Pierquin. Luciano permanecía de pié detrás de su padre. Veinte mujeres elegantemente vestidas y algunos hombres, próximos parientes todos de Pierquin, Conyncks y Claes, el alcalde de Doauí que debía casar á los esposos, los doce

testigos entre los mas íntimos amigos de las tres familias, y hasta el mismo cura de san Pedro, continuaron de pié formando un vasto semicírculo. Esta prueba de respeto dada á los padres por toda aquella asamblea, imprimia á aquella escena cierto sello de antigüedad. En los últimos diez y seis años, este fué el único momento en que Baltasar olvidó por completo la investigacion de *lo Absoluto*. El notario, señor, Raparlier, preguntó á Margarita y á su hermana si estaban ya presentes todas las personas que debian firmar y asistir á la comida: obtenida una respuesta afirmativa, tomó el contrato de boda de Margarita y Solís, que era el primero que debia leerse, y en aquel momento se abrió de improviso la puerta de la sala y apareció Lemulquinier radiante de alegría.

—¡Señor! ¡señor!

Baltasar miró á Margarita con aire desesperado, y, dirigiéndose á ella, la condujo al jardín. Todos los asistentes quedaron estupefactos de asombro.

—Hija mia, yo no me atrevia á decírtelo, exclamó Claes; pero ya que tanto has hecho por mí, sálvame de esta última desgracia. Lemulquinier me ha prestado, para mi último experimento, treinta mil

francos que tenia ahorrados, y sin duda ha sabido que ya soy rico y viene á pedirmelos. ¡Dáselos inmediatamente! Sí, angel mio, él ha salvado á tu padre: él era el único que me consolaba en mi desgracia; él era el único que tenia fé en mí, A no ser por él, yo hubiera muerto...

—¡Señor! ¡señor! gritaba Lemulquimier.

—¿Qué es eso? dijo volviéndose Baltasar.

--Un diamante.

Claos penetró en la sala al ver un diamante en la mano de su criado, el cual le dijo en voz baja.

—He estado en el laboratorio.

Baltasar, que ya lo habia olvidado todo, miró con verdadero asombro á Lemulquimier.

—He estado en el laboratorio, repitió el criado, y he encontrado esto en la cápsula que comunicaba con la pila que dejamos á lo mejor de nuestros trabajos.— Señor, mirad el resultado que ha dado, añadió mostrando un diamante blanco de forma octaédrica, cuyo brillo llamaba la atención de todas las personas reunidas en la sala.

—Hijos míos, amigos míos, dijo Baltasar, dispensad á mi antiguo servidor.

dispensadme à mí mismo. Estoy á punto de volverme loco! La casualidad me ha facilitado el descubrimiento que persigo hace diez y seis años... Yo no sé cómo ha sido esto.—Sí, yo habia puesto el sulfuro de carbono bajo la influencia de una pila de Volta, cuya accion habia que examinar diariamente. Durante mi ausencia, el poder de Dios ha obrado en mi laboratorio, y yo he podido observar sus efectos progresivo. Esto es terrible. Maldito destierro. Maldita casualidad. ¡Ah! si yo hubiese observado esa larga, ó lenta, ó súbita cristalización, mis hijos serian inmensamente ricos. No era esta la solución del problema que yo buscaba, pero de este modo hubiera adquirido para mi pais la gloria de este invento, y el sol de la ciencia hubiese iluminado en estos momentos la dicha de mis hijos.

Todo el mundo escuchó silenciosamente la voz de aquel hombre, nacida de un dolor verdadero y sublime. De repente, ocultó su desesperacion en el fondo de su alma, dirigió una majestuosa mirada à la asamblea, cogió el diamante y se lo ofreció à Margarita exclamando:

—¡A tí te pertenece, angel mio!

Luego, despidió con un gesto à Le-

mulquinier, y dijo al notario:

—Prosigamos.

Todos los concurrentes se sintieron profundamente conmovidos. El señor Baltasar tomó asiento y exclamó en voz baja:

—Hoy sólo debo acordarme de que soy padre.

Margarita, que oyó esta frase, se adelantó, cogió la mano de su padre y la besó respetuosamente.

—No es posible hallar un hombre mas sublime, dijo Manuel cuando su prometida volvió á su lado; otro cualquiera se hubiera vuelto loco en este momento.

Despues de leídos y firmados los contratos, preguntaron todos á Baltasar de qué modo habia llegado á formarse aquel diamante, pero nada pudo responder acerca de tan extraño suceso. Miró hacia la guardilla y la mostró con el dedo haciendo un gesto de rabia.

—Sí exclamó: el terrible poder debido al desquiciamiento del globo, que es lo que tal vez ha ocasionado la produccion de los metales, se ha manifestado allí, por casualidad, durante un momento.

—Esa casualidad debe ser muy natural, dijo una de esas personas que pre-

tenden entender de todo; ¡el pobre hombre habrá dejado por allí algún diamante verdadero, de los muchos que ha devorado á la familia, y ahora juzga que ha hecho un hallazgo!

—Olvidemos todo esto, dijo Baltasar á sus amigos: yo os ruego que no me habléis hoy de semejante cosa.

Margarita cogió el brazo de su padre para dirigirse á los salones en que debía verificarse una lujosa fiesta. Cuando Baltasar penetró en la galería, precedido de todos los invitados, la vió llena de cuadros y de flores de extraordinario mérito.

—¡Qué hermosos cuadros! exclamó. ¡Aquí hay algunos de los que teníamos antes!

Entonces, se detuvo, arrugóse su frente, permaneció pensativo algunos instantes, y comprendió la enormidad de sus faltas por la profunda y secreta humillacion que experimentaba.

—Todo esto es vuestro, padre mio, dijo Margarita adivinando los sentimientos que agitaban el alma de Baltasar.

—¡Hermosa mia! ¡cómo deben aplaudirte los ángeles del cielo! exclamó él; yo te debo mil veces la vida!

—Dejad todos vuestros pesares y todas vuestras penas, respondió Margarita, y así me recompensareis mas de lo que yo merezco. He pensado en Lemulquinier, padre mio; las pocas palabras que me habeis hablado acerca de él, hacen que yo le estime, porque, si he de hablaros francamente, le habia juzgado mal. No os inquieteis por la suma que sois en deberle. Continuará á vuestro lado como un humilde amigo. Manuel tiene ahorrados cerca de sesenta mil francos; se los daremos á Lemulquinier, porque ya que os ha servido con tanta lealtad, es preciso que sea feliz el resto de sus dias. No os inquieteis por nosotros! Solís y yo gozaremos una vida pacífica y tranquila, pero sin lujo; por consiguiente podemos pasarnos sin esa cantidad hasta que vos nos la devolvais.

—Ah! hija mia, no te separes nunca de mi lado! Sé siempre la providencia de tu padre!

Al penetrar en los salones, Baltasar los halló restaurados y con los mismos magníficos muebles que antes los adornaban. Los convidados se dirigieron poco despues al comedor principal, en donde llamó poderosamente su atencion la suntuosa vajilla de plata regalada por Ga-

briel á su padre, y una infinidad de objetos cuyo lujo excedia, si cabe, al fausto tradicional de la familia Claes. Los criados del señor Couyncks, los de Baltasar y los de Pierquin, estaban allí dispuestos para servir aquel suntuoso banquete. Al verse en el centro de aquella mesa rodeado de parientes y de amigos, en cuyos rostros brillaba una verdadera é intensa alegría, Baltasar sintió profundamente impresionado, y todos guardaron ese religioso silencio que se debe á las grandes alegrías ó á los grandes dolores; pero poco á poco llegó á reinar esa bulliciosa animacion propia, sobre todo, de las fiestas de familia:

Terminada la comida, llegaron los invitados al baile, que respondió, como era de esperar, al clásico esplendor, de la antigua casa de los Claes.

Las tres bodas se efectuaron poco despues y hubo fiestas, bailes y comidas que obligaron durante algunos meses al señor Claes á figurar en el torbellino del mundo. Su hijo mayor fué á establecerse en sus propiedades de Cambray, porque el señor Couyncks no queria separarse de su hija. La señora Pierquin tuvo tambien que abandonar la casa paterna para hacer los honores del hotel que Pierquin

habia mandado construir, y en el cual deseaba vivir al uso de los nobles; porque habia vendido su bufete, y su tio Des Rasquets, que acababa de morir, le habia dejado por heredero de su vasta fortuna. Luciano se dirigió á Paris con objeto de terminar su ducacion. Los esposos Solís fueron, pues, los únicos que continuaron al lado de su padre, que les cedió la casa interior. Margarita continuó velando por la dicha de su padre, noblemente secundada por Manuel en esta tarea. La virtuosa jóven recibió de manos del amor la mas preciada corona, la que simboliza la dicha y la constancia. Ningun matrimonio llegó á disfrutar una felicidad mas completa. La union de aquellos dos seres tan animosos en los terribles embates de la vida, y que se adoraban con un puro y santo amor, excitó la respetuosa admiracion de todo el mundo. Solís, que era ya hacia tiempo, inspector general de la Universidad, hizo dimision de su cargo para poder disfrutar mejor de su dicha continuando en Douai, en donde su talento y sus excelentes prendas de carácter, aseguraban anticipadamente su eleccion para diputado tan pronto como llegase á cumplir la edad exigida por la ley. Margarita,

que tan fuerte se había mostrado en la adversidad, continuó siendo en medio de su dicha una mujer dulce y cariñosa.

El señor Claes estuvo todo aquel año gravemente preocupado, y si hizo algun experimento, fué poco costoso; parecia ir olvidando su laboratorio. Margarita que volvió á poner en vigor las antiguas costumbres de la casa Claes, dió todos los meses una fiesta de familia, á la que asistían los Pierquin y los Conyucks, y recibió á la sociedad mas escogida un dia á la semana, celebrando unas reuniones que llegaron á hacerse célebres. Aunque frecuentemente preocupado, el señor Claes asistió á todas estas fiestas, y procuraba animarlas con los abundantes recursos de su talento, sólo por complacer á su hijo. Tres años transcurrieron así, y todos sus hijos creyeron que había ya renunciado para siempre á la resolución de su problema.

En 1823, un acontecimiento favorable para Solo le obligó á marchar á España. Aunque había entre los bienes de la casa de Solo y él, tres ramas numerosas, la fiebre amarilla, la vejez, la esterilidad y todos los caprichos de la fortuna parecia querer ponerse de acuerdo para que á nadie jamás llegase á ser el heredero de los títu-

los y de las ricas sucesiones de su casa. Por una de esas casualidades que sólo son inverosímiles en los libros, la casa de Solís había adquirido el condado de Nourbo, de que los Claes fueron en otro tiempo desposeidos. Margarita no quiso separarse de su marido, que debía permanecer en España todo el tiempo que exigiesen aquellos asuntos; tenían además, grandes deseos de ver el castillo de Casa Real, en donde su madre había pasado su infancia, y la ciudad de Granada, cuna de la familia Solís. Ausentóse, pues, confiando la administración de la casa á los cuidados de Marta, Josefá y Lematquiúier que estaban ya bien acostumbrados á ocuparse de esta gestión; porque Baltasar, á quien Margarita propuso el viaje á España, se negó á ponerse en camino pretestando su avanzada edad; pero la verdadera causa de esta negativa fué que el señor Claes meditaba hacia mucho tiempo varios trabajos que debían realizar de un modo indudable sus esperanzas.

VII

El descubrimiento de lo Absoluto

Solís y su esposa permanecieron en España mucho mas tiempo del que hubieran deseado. Margarita dió á luz allí un niño. A mediados del año 1830, hallábanse en Cádiz dispuestos ya á embarcarse con rumbo á Francia, cuando recibieron una carta en que Feliciano les daba tristísimas noticias.

En los últimos diez ó ocho meses, el señor Claes se habia arruinado completamente. Gabriel y Pierquin se habia visto en la necesidad de entregar á Lemulquiner una cantidad mensual para subvenir á los gastos de la casa, porque el antiguo criado habia sacrificado una vez mas su fortuna en obsequio de su amo.

Baltasar no queria recibir ⁿⁱ y nadie, ni ánn á sus propios hijos. Josefa y Marta habian muerto; el cochero, el cocinero y los otros criados habian sido todos despididos, y vendidos los caballos y los carruajes. Aunque Lemulquinier no hablabá á nadie una palabra de las ocupaciones de su amo, era de presumir que los mil francos dados por Gabriel y Pierquin se empléaban en experimentos. Las escasas provisiones que el criado compraba en el mercado, hacian suponer que aquellos dos ancianos se alimentaban con lo estrictamente necesaria. En fin, para impedir que se vendiese judicialmente la casa paterna, Gabriel y Pierquin pagaban los intereses de las cantidades falcitadas á Baltasar sobre dicha finca, sin conocimiento de ninguno de sus hijos. Nadie podia ejercer ninguna influencia sobre aquel anciano que, á los setenta años, desplegaba una extraordinaria energia para llegar á realizar todos sus caprichos, por absurdos que estos fuesen. Margarita era la única persona que podia recobrar el imperio que en otro tiempo habia ejercido sobre él, y por esta razon, Feliciano la suplicaba que regresase inmediatamente, porque temia que su padre hubiese firmado algunas

letras de cambio, y Gabriel, Conyncks y Pierquin, asustados por la continuacion de aquella locura que habia devorado cerca de siete millones sin resultado alguno, estaban decidido á no pagar las deudas del señor Claes.

Esta carta hizo que Margarita apresurase su viaje yendo directamente á Douai. Los ahorros y su nueva fortuna le permitian fácilmente satisfacer otra vez mas las deudas de su padre, pero no le bastaba todo esto; queria obedecer á su madre, no permitiendo que Baltasar bajase á la tumba deshonorado. Indudablemente, ella era la unica que podia tener bastante ascendiente sobre aquel anciano para impedir que continuase arruinándose, á una edad en que no podia esperar ningun buen resultado de sus debilitadas facultades. Pero deseaba corregirle sin lastimarle ni ofenderle, para no imitar á los hijos de Sófocles, en el caso de que su padre estuviese á punto de resolver el problema científico que tantos sacrificios le habia costado.

Solis y su esposa llegaron á Flandes á los últimos del mes de Setiembre de 1830 é hicieron su entrada en Douai un dia por la mañana. Margarita hizo detener

el carruaje en su casa de la calle de Paris, y halló la puerta cerrada. Tiró violentamente de la campanilla, y nadie respondió. Entonces salió de su tienda un comerciante y dijo al cochero de Solís que hacia una hora que el señor Claes habia salido de casa, y que probablemente estaria paseándose con Lemulquiner por las afueras de la población. Margarita hizo llamar á un cerrajero para que abriese la puerta, con objeto de evitar la escena á que habia de dar lugar la resistencia de su padre, si era cierto, como le habia escrito Feliciana, que Baltasar se negaba á recibirla en su casa. Durante este tiempo, Solís fué en busca del desgraciado anciano para anunciarle el regreso de su hija, en tanto que su criado corria á avisar á los esposos Pierquin.

La puerta fué abierta inmediatamente. La señora Solís entró en la sala para depositar allí su equipaje, y se estremeció de horror al verla completamente desamueblada. Todos los muebles y objetos de arte habian sido vendidos. El comedor estaba igualmente vacío y sólo encerraba dos sillas de paja y una mesa ordinaria, sobre la cual se veian dos platos, dos tazas, dos cubiertos de plata, y una fuente con los restos de un arenque

salado que habia servido sin duda de almuerzo al señor Claes y á su criado. Margarita recorrió en un momento toda la casa y vió en todas las habitaciones el mismo horrible espectáculo que acababa de presenciar en las anteriores habitaciones. La idea de lo absoluto habia pasado por todas partes como un devastador incendio. En la alcoba de su padre no habia mas muebles que una cama, una silla y una mesa, sobre la cual se veia un candelero de cobre con un cabo de vela de sebo; en fin, era tan grande la miseria que allí reinaba, que ni siquiera se veia una cortinilla en ninguna de las ventanas. Todos cuantos objetos de algun valor habia en la casa, todo, hasta los mas insignificantes utensilios de la cocina, habian sido vendidos.

Llevada de esa curiosidad que no nos abandona ni aún en la desgracia, entró Margarita en la habitacion de Lemulquiner y la halló en el mismo miserable estado que la de su amo; en el cajon, á medio cerrar, de la mesa habia una papeleta del Monte de Piedad, que atestiguaba que el pobre criado habia empeñado su reloj pocos dias antes. Dirigióse al laboratorio, y halló la guardilla atestada, como en otros tiempos, de instrumentos

científicos. Mandó abrir su habitacion y vió que su padre habia respetado todo cuanto allí existia. La señora Solís se deshizo en llanto al contemplar este espectáculo, y todo se lo perdonó á su padre. En medio de aquel furor devastador Baltasar se habia visto detenido por el cariño paternal, y por el agradecimiento que debia á su hija. Esta prueba de cariño, recibida en un momento en que la desesperacion de Margarita llegaba á eu colmo, determinó una de esas reacciones morales contra las cuales son impotentes áun los mas frios corazones. Bajó á la sala y esperó allí la llegada de su padre. llena de horribles dudas y de una mortal ansiedad. ¿En qué estado iba á encontrarle? Aniquilado, decrépito, enfermizo y debilitado por el ayune que le imponia su orgullo. ¿Habria perdido la razon? Lágrimas abundantes corrian por sus mejillas al contemplar la devastacion de aquel santuario. El recuerdo de toda su vida, sus esfuerzos; sus inútiles precauciones, su infancia, la felicidad y la desgracia de su madre, todo constituió para ella un poema de desgarradora melancolia.

El estado en que se hallaba el señor Claes no era un secreto para nadie, y,

para vergüenza de los hombres, no había en Douai dos corazones generoso que hiciesen justicia á la perseverancia de aquel hombre ilustre. A los ojos de la alta sociedad, Baltasar era un hombre incapacitado, un mal padre que había devorado cuatro fortunas, una porción de millones, y que buscaba la piedra filosofal en el siglo XIX; este siglo de las luces este siglo incrédulo, este siglo... ¡Por qué no ha de elogiarse este siglo en que, lo mismo que en los anteriores, sucumbe el talento bajo una indiferencia tan brutal como la de los tiempos en que murieron Dante, Cervantes, el Taso *e tutti cuanti*? Este modo de pensar había pasado de la alta sociedad á la clase media, y de la clase media al populacho. El químico septuagenario excitaba, pues, una profunda compasión entre las gentes bien educadas, y una curiosidad burlesca entre las gentes del pueblo. dos maneras que empleaban las masas para despreciar á los hombres desgraciados. Muchas personas acudían á ver su casa, y contemplaban desde la calle la guardilla en que tanto oro y tanto carbon se había consumido. Cuando Baltasar salía á dar una vuelta, todo el mundo le señalaba con el dedo, escuchábase, alguna palabra bur-

lona ó compasiva que Lemulquinier cuidaba de traducirla como un elogio, engañándole impunemente; porque áun cuando los ojos de Baltasar habian conservado aquella sublime lucidez que nace de los grandes pensamientos, el sentido del oido habia llegado á debilitarse en él considerablemente. Para muchos rústicos y gentes groseras y supersticiosas, aquel anciano era un hechicero, una especie de brujo. La noble y grande casa de Claes era designada en los arrabales y en los campos con el nombre de la casa del diablo.

Todo, hasta el rostro de Lemulquinier se prestaba perfectamente á dar pábulo á los ridiculos rumores que corrian acerca de su amo. Así es que cuando el pobre hombre iba al mercado á hacer la compra, todo el mundo se burlaba de él y le insultaba, y hasta se daba el caso de no querer algunas mujeres venderle nada, temiendo que su conducta pudiese llevarlas al infierno. Por regla general, toda la poblacion era declaradamente hostil á aquel ilustre anciano y á su criado. El desorden de los vestidos de ambos personajes, contribuia tambien á este estado de cosas, porque iban vestidos como esos pobres vergonzantes que conservan un

aspecto decente y vacilan en pedir limosna. Más pronto ó mas tarde aquellas dos personas podian ser insultadas, y Pierquin, comprendiendo lo que dehonraria á la familia una injuria hecha en público; enviaba siempre, durante los paseos de su suegro, á dos ó tres de sus criados para que le custodiasen á cierta distancia y pudiera protegerle.

Por una de esas fatalidades que no se explican, el señor Claes y Lemulquinier habian salido muy de mañana, evitando así, sin saberlo, la vigilancia secreta de los esposos Pierquin, y recorrian la ciudad completamente solos. Al regresar de su paseo, fueron á sentarse al sol en un banco de la plaza de Santiago, en ocasion de pasar por allí algunos muchachos que se dirigian á la escuela. Al ver de lejos á aquellos dos ancianos indefensos, los muchachos empezaron á hablar de ellos. Generalmente los diálogos de los niños van casi siempre mezclados de risas suelen acabar en burlas, cuyas crueles consecuencias no saben preveer. Siete ú ocho de los primeros que llegaron se colocaron á alguna distancia y se pusieron á examinar á los dos viejos, sin poder contener grandes carcajadas que llamaron la atencion de Lemulquinier.

—Mira, ¿ves á ese que tiene la cabeza calva como un melon?

—Sí.

—Pues has de saber que es un sabio de nacimiento.

—Dicen que fabrica el oro, dijo otro.

—Por donde? Por ahí, ó por aquí?, añadió un tercero indicando maliciosamente la parte posterior de su individuo.

Entonces, el mas pequeño de la cuadrilla, que tenia su cartera llena de provisiones, se adelantó hácia el banco y dijo á Lemulquinier:

—Señor mio, ¿es verdad que haceis perlas y diamantes?

—Sí, picaruelo!, respondió Lemulquinier sonriendo. Luego, dándole un golpecito en la mejilla, añadió:—Ya te regalaremos algo de eso cuando aprendas muchas cosas.

—Ay, señor dadnos tambieu á nosotros!, dijeron todos en coro. Los muchachos, como banda de pájaros, rodearon á los dos quimicos. Baltasar, que hasta entonces habia permanecido ensimismado, oyó aquella algazara é hizo un gesto de admiracion, que promovió una risa general.

—Vaya, granujas, respetad á un gran

hombre!, dijo Lemulquinier.

—A la cárcel! gritaron los muchachos.
A la cárcel estos brujos!

—Sí, brujos, brujos, brujos del demonio! brujos, brujos, aaaah!...

Lemulquinier se puso en pié y amenazó con su baston á los muchachos, que echaron á correr y empezaron á coger algunas piedras. Un trabajador, que almorzaba cerca de allí, vió á Lemulquinier levantar su baston para hacer que los muchachos se alejasen, y creyendo que les habia pegado, tomó su defensa gritando:

—¡Mueren esos brujos?

Los muchachos, viéndose apoyados por aquel hombre, lanzaron algunos proyectiles é hirieron á los dos ancianos en el momento mismo en que Solís, acompañado de los criados de Pierquin, aparecia por una de las bocacalles. A la llegada de este auxilio, el venerable anciano y su criado habian sido ya maltratados y cubiertos de barro. El daño estaba ya hecho. Baltasar comprendió la causa de aquella escena, y su cuerpo enfermo no pudo resistir la horrible reaccion que acababa de experimentar. Cayó herido de un ataque de parálisis en los bra-

zos de Lemulquinier, y fué conducido á su casa en una camilla, escoltado por su yerno y sus criados.

La entrada en la casa de aquel anciano que luchaba con la muerte y con el horrible dolor de ver á sus hijos penetrar el secreto de su miseria, fué un lastimoso espectáculo. Colocóse una cama en el centro de la sala y se prodicaron todos los cuidados posibles á Baltasar, cuya situación, á la caída de la tarde, hizo concebir alguna esperanza de poder salvarle. La parálisis fué hábilmente combatida, pero dejó al enfermo casi completamente alelado y acabó por concentrarse en la lengua. La escena de los muchachos produjo en la ciudad una profunda indignacion é hizo que todo el mundo se interesase de la suerte del señor Claes. Todos empezaron á considerarle como un gran hombre, y excitó la admiracion y obtuvo todo el cariño que poco antes se le rehusaba. Las gentes salababan su paciencia, su perseverancia, su valor y su génio. Las autoridades quisieron perseguir á los que habian tomado parte en aquel atentado, pero el mal no tenia remedio; la familia Claes fué la primera que pidió que se echase tierra al asunto.

Margarita habia mandado á mueblar

la sala, que quedó alhajada como antes.

Cuando Baltasar recobró sus facultades y vió á Margarita, se sonrojó de vergüenza, quiso llorar y no pudo. Estrechó con sus dedos helados la mano de su hija, expresándole de este modo todo cuanto no podía manifestar la entorpecida lengua. Fué una especie de solemne y santa despedida, porque aquel gigante humillado iba pronto á exhalar su postrer aliento. Todos sus hijos rodeaban respetuosamente su lecho, y sus ojos pudieron recrearse en la contemplacion de la riqueza, de la abundancia y del cuadro conmovedor que le ofrecia su cariñosa familia. Margarita pagó las deudas de su padre, y devolvió en pocos dias, á la casa Claes todo su antiguo esplendor. No abandonó un solo momento la cabecera del enfermo, adivinando todos los pensamientos de éste y realizando sus mas insignificantes deseos.

Baltasar luchó entre la vida y la muerte durante algunos meses. Sus hijos iban todas las mañanas á verle, permanecian todo el dia á su lado, comian en su misma habitacion y no se separaban de él hasta que le dejaban entregado al sueño. Gustábale sobre manera, que le leyesen los periódicos, por las interesan-

tes noticias políticas que traian en aquella época. El señor Claes escuchaba con profunda atencion estas lecturas hechas por Solís en voz alta y sentado al lado de su lecho.

A principios del año 1831, Baltasar pasó una noche en un estado bastante grave, y hubo necesidad de llamar al médico con toda urgencia. El facultativo, temiendo que espirase de un momento á otro, se quedó á velarle. El enfermo hacia violentos y supremos esfuerzos como queriendo sacudir el yugo de la parálisis; deseaba hablar y movia la lengua sin poder articular ningun sonido; sus ojos chispeantes reflejabau infinidad de pensamientos; sus contraidas facciones revelaban horribles dolores, sus dedos se crispaban con desesperacion, y sudaba copiosamente.

Al ser de dia, sus hijos fueron á verle y le abrazaron, como siempre, con la mayor efusion, pero él no reveló la alegría que habitualmente le causaban estas pruebas de cariño. Manuel, por indicacion-del médico, cogió un periódico para ver si con su lectura lograba distraer el ánimo de Baltasar. Al desdoblar el diario, vió escrita la palabra *Absoluto*, y leyó á Margarita un artículo que trata-

ba de un litigio relativo à la venta de lo *Absoluto*, hecha por un matemático de origen polaco. Aunque Manuel leyó en voz baja, Baltasar oyó la lectura de todo el artículo. De repente el moribundo se incorporó en su lecho; dirigió á sus asustados hijos una mirada que les produjo el efecto del rayo; crispáronse sus escasos cabellos; arrugóse su frente; animóse su rostro con el fuego sublime del géuio, levantó una mano, crispada por la rabia, y gritó con potente voz, imitando á Arquímedes.—EUREKA!

Dejóse caer sobre el lecho, produciendo el ruido sordo de un cuerpo inerte, y murió exhalando un horrible gemido. Sus ojos parecían denotar aún una profunda pena por no haber podido legar á la Ciencia la solución de un enigma, cuyo velo habían roto los descarnados dedos de la muerte.

FIN



